

**Del Mutualismo  
al Navarrazo**



**Roberto A. Ferrero**

**DEL MUTUALISMO AL  
NAVARRAZO**

**Breve Historia del Movimiento Obrero  
de Córdoba**

**Ediciones del Corredor Austral y Unión de  
Educadores de la Provincia de Córdoba  
(UEPC)**

**Córdoba - 2021**

Ferrero, Roberto A.

Del mutualismo al Navarrazo: breve historia del Movimiento Obrero de Córdoba / Roberto A. Ferrero. - 1a ed - Córdoba: Ediciones del Corredor Austral; Córdoba: Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba, 2020.

220 p. ; 19 x 13 cm.

ISBN 978-987-1553-16-7

1. Historia. I. Título.

CDD 982.54

El presente libro “*Del Mutualismo al Navarrazo-Historia del Movimiento Obrero de Córdoba*” es una reedición con modificaciones. Es la única obra sobre el tema compendiado en una prosa breve.

## INDICE

Prólogo .....	7
Presentación .....	9
1. La etapa preparatoria. Artesanos y Mutualismo .....	11
2. Surgimiento del proletariado. Huelgas y Sindicatos...16	
3. Inmigrantes y criollos. La condición obrera .....	25
4. El Movimiento obrero a principios de siglo .....	34
5. Contraofensiva y unidad del movimiento obrero .....	40
6. La FOP y la Unidad obrero-estudiantil .....	46
7. La lucha de los trabajadores rurales.....	53
8. Las grandes movilizaciones del Año '21 .....	59
9. Orígenes del Movimiento obrero en Río Cuarto, San Francisco y Villa María .....	65
10. La experiencia electoral y las nuevas luchas agrarias.....	70
11. El Tampierazo y el Soviet de San Francisco.....	82
12. Los trabajadores del bosque y de la carne .....	89
13. Los Conservadores hacen la Legislación social .....	95
14. Reorganización y política bajo los gobiernos sabattinistas.....	102
15. La clase obrera en los orígenes del peronismo cordobés.....	112
16. La Resistencia Peronista y la recuperación de los Sindicatos .....	127
17. Bajo Zanichelli Huelgas y Democracia sindical.....	133

18. Legalidad, reorganización y Planes de Lucha .....	142
19. La lucha contra el Onganiato. La “CGT-A” de Córdoba.....	159
20. El Cordobazo y su significado.....	165
21. La emergencia del Clasismo .....	172
22. Alza y derrota del Sindicalismo combativo .....	184
Notas Complementarias .....	193
Bibliografía .....	201
Testimonios .....	215

## PRÓLOGO

Ha escrito Rodolfo Walsh: “Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas”.

Para evitar las pérdidas y los olvidos de que habla el escritor desaparecido es que se ha escrito este pequeño libro, que dedicamos al movimiento obrero de Córdoba y a todos sus sindicatos.

No se trata de un trabajo de investigación ni de una monografía erudita sino de una simple obra de divulgación. Por ello hemos obviado las citas bibliográficas, pero hemos agregado al final una lista de los libros y artículos más importantes que nos han servido para su redacción, así como los testimonios que generosamente se nos brindaron.

El autor.





## PRESENTACIÓN

La historia del movimiento obrero argentino, en su extensión temporal, ocupa algo más de dos tercios de la historia de la Argentina independiente.

Desde sus comienzos, el movimiento sindical ha sido un actor constitutivo y transformador de la sociedad, con mayor o menor incidencia, pero siempre presente. No se entiende el siglo XX sin la visualización de este actor social persistente, que tiene aciertos y errores, héroes y mártires, proyectos y programas, éxitos y derrotas, pero fundamentalmente, multitudes anónimas que fueron construyendo el presente y diagramando el futuro con la determinación de las grandes causas.

Al decir del maestro Lucio Garzón Maceda, el resultado ha sido un movimiento sindical exitoso, un ejemplo y guía para otros movimientos sindicales de la región.

El movimiento gremial cordobés no escapa a esta regla, y si bien existen numerosos trabajos monográficos sobre su desarrollo, este libro es el único que compendia su historia. Es un trabajo muy cuidado de su autor Roberto Ferrero que con palabras justas y concisas, en forma breve y contundente, ha logrado un material indispensable en estos *“tiempos de confusa urgencia”*.

La memoria es el componente indispensable de la identidad: somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos y con ese bagaje, diseñaremos lo que seremos. Esta historia conserva la memoria colectiva, y decidimos plasmarla en este formato para rememorarla y discutirla, para hacerla propia y revisar las acciones y decisiones que se tomaron, como un método responsable para decidir el “qué hacer” en los años por venir.

Este texto indispensable se encontraba agotado, motivo más que suficiente para reeditararlo. La tarea ha sido allanada por la generosidad de su autor y el compromiso de la Editorial, que ha trabajado con profesionalidad, esmero, pero por sobre todas las cosas por el compromiso con la historia de nuestro movimiento sindical. Vaya para ellos, nuestro agradecimiento.

El material editado está dirigido al público en general, pero especialmente a las compañeras y compañeros de la Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba. Este libro será incorporado como bibliografía obligatoria al programa de formación político sindical de nuestros militantes y delegados.

Córdoba, verano de 2020

*Juan B. Monserrat*  
Secretario General UEPC

# **DEL MUTUALISMO AL NAVARRAZO**

## **BREVE HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO DE CORDOBA**

### **1. LA ETAPA PREPARATORIA. ARTESANOS Y MUTUALISMO.**

El movimiento obrero de Córdoba surge con retraso en relación al de Buenos Aires e incluso al de Rosario y es también más débil que éstos. Situación que se explica por la pereza del desarrollo económico de la provincia y la aparición relativamente tardía del capitalismo industrial, matriz del proletariado y sus organizaciones.

Al comenzar el último cuarto del siglo XIX, Córdoba presentaba aún una estructura económico-social caracterizada por el predominio de la ganadería extensiva de naturaleza precapitalista, la agricultura doméstica principalmente de autoconsumo y la presencia del artesanado urbano, conjunto

hegemonizado por el gran capital mercantil con sede en la capital provincial. Comparativamente, inmediatamente después de Caseros, mientras en la Capital de la República se contaban 850 talleres y fábricas y casi 2.000 obreros, en Córdoba sólo había en 1869 siete (7) empresarios “industriales”, muy probablemente dueños de talleres y manufacturas elementales. Recién alcanzaría aquella cifra -exactamente 2.310 operarios- en 1890, cuando en Buenos Aires ya se elevaban a varias decenas de miles. En la economía urbana de capital y pequeñas ciudades del interior -Río Cuarto, Bell Ville, Villa María, etc.- predominaba absolutamente el Modo de la Pequeña Producción Mercantil, encarnado en miles de artesanos que trabajaban con sus propios instrumentos de trabajo, de los que el lento avance del capitalismo los separaría para transformar al productor directo en asalariado.

Existían entonces algunos escasos bolsones de capitalismo, que explotaban mano de obra asalariada, pero eran una ínfima proporción del total de los productores directos. Por ejemplo, las estancias de los departamentos de Colón y Santa María, que habían sido de los jesuitas, lo mismo que la de San Ignacio en Calamuchita, se manejaban con mano de obra libre ya desde principios del siglo. Igualmente ocurría desde antaño en el comercio de alguna importancia, cuyos dependientes cobraban su sueldo en moneda corriente. Pero en este caso, debido a la gran movilidad social ascendente, a los casos numerosos de “habilitación” a los empleados (convertidos así en pequeños socios) y a su mentalidad pequeñoburguesa, estos dependientes del sector terciario, lo mismo que los empleados de la administración pública, no obstante ser todos asalariados, participaban más bien de la condición de la clase media que del proletariado en trance de formación. También eran trabajadores asalariados los pocos tipógrafos de las imprentas y periódicos de la ciudad. Pero eran los artesanos quienes proporcionaban la casi totalidad de la producción de los rubros de alimentación, vestido y

productos químicos de la provincia; pastas, pan y galletas, dulces regionales, tejidos, tinturas vegetales y otros.

La organización prototípica de los artesanos de Córdoba en esta etapa de su desarrollo eran las Asociaciones Mutuales, organismos de asociación voluntaria sin fines reivindicativos ni huelguísticos, orientadas especialmente a proporcionar a sus afiliados servicios médicos, de farmacia, de sepelio y hasta de pequeños préstamos, subsidios por enfermedad y actividades culturales, como conferencias y mantenimiento de escuelas para los hijos de los socios. Se solventaban con la cuota societaria, cuya masa se depositaba en algún banco para acrecentarla con sus intereses. Característica de estas asociaciones era el agrupamiento por igual de patrones capitalistas o manufactureros, comerciantes, profesionales, artesanos y asalariados. Esto era especialmente cierto en las sociedades mutuales de extranjeros: “la Sociedad Española de Socorros Mutuos”, fundada en 1872, las italianas “Unione e Benevolenza” de 1874 y la “Unione e Fratellanza” de 1893, la “Sociedad Francesa de Socorros Mutuos” (1875) o la “Sociedad Helvética”, suiza, del año 1875.

Los artesanos criollos -descendientes de mulatos y mestizos que a principios y mediados de siglo constituían las despreciadas “castas”- optaron por agruparse en mutuales por oficios, como la “Sociedad Tipográfica”, la “Unión de Sastres”, la “Unión de Peluqueros” y la “Unión de Zapateros”, fundadas en la década de los '70, o en otras que –a diferencia de las nombradas- admitían pluralidad de oficios: “Unión y Progreso” (de 1852), “Sociedad de Artesanos”, “Sociedad Católica de Socorros Mutuos”, “Asociación Católica de Obreros”. No obstante proporcionar el artesanado la masa de los afiliados, la dirección estaba casi siempre –con excepción de las dos últimas mutuales mencionadas- en manos de comerciantes o profesionales liberales. Entre éstos últimos,

los casos del escritor y periodista italiano Eugenio Troisi y del médico-ingeniero catalán Juan Biolet Massé son los más conocidos e indicativos de la inmadurez de la situación y el respeto jerárquico y dependencia paternalista imperante entre los artesanos.

Data también de este período de intensa efervescencia organizativa la creación en 1874 de una filial de la I<sup>o</sup> Internacional, muy probablemente obra del abogado belga Raymond Wilmart, socialista enviado especialmente a Buenos Aires para crear la seccional porteña de la Internacional, quien por razones de salud pasaba largas temporadas en Córdoba y con posterioridad desposó a una dama de la sociedad local. Estaba compuesta mayoritariamente de argentinos, pero tuvo una vida de corta duración.

Había, finalmente, “clubes” de artesanos que no eran mutuales ni gremios, sino asociaciones políticas promovidas por los distintos sectores de la clase dominante para organizar el apoyo popular a cada una de sus respectivas posiciones, sobre todo en vísperas electorales. Tales la “Unión de Artesanos”, creada en 1874 para apoyar la candidatura presidencial de Dardo Rocha contra la de Avellaneda; el “Club de Artesanos San Martín”, fundado por el periodista Armengol Tecera en 1877 con clara finalidad anti-juarista, el “Centro Social de Artesanos”, con la misma orientación, y otro club patrocinado en septiembre de 1890 por la flamante Unión Cívica católica, antecesora de la UCR.

Un desarrollo prácticamente similar hubo en las ciudades más importantes del interior. En **Río Cuarto**, segunda concentración urbana de la provincia, aparecen tres sociedades mutuales que agrupan por nacionalidad a comerciantes, artesanos y obreros extranjeros, con exclusión de los criollos: la “Sociedad Francesa de Socorros Mutuos” en 1875, la “Sociedad Italiana Porta Pía” en el mismo año, y la “Sociedad Española” en 1876. Entre esos artesanos y pequeños

manufactureros dispensadores de trabajo en la ciudad, pueden mencionarse a los mallorquinos Andrés López y Daniel Blanch, fabricantes de calzado; a los españoles Francisco Martínez y Francisco Rey, molineros, y a los hermanos Bertti, italianos y fabricantes de mosaicos. Los artesanos argentinos tendrán recién en 1889 su propia asociación mutual: la “Sociedad Unión y Progreso de Artesanos Criollos”, que toma el nombre de su similar de Córdoba capital. Pero es en el año 1895, como indica Gabriela Quiroga, cuando se “marca un hito en la historia de la lucha por las reivindicaciones laborales en Río Cuarto”, porque se produce la primera huelga de la ciudad, protagonizada por los obreros tipógrafos del periódico “El Demócrata”. En otro registro —el de la pequeñoburguesía— se anota a fines del mismo año la rebelión fiscal de los contribuyentes de clase media, tales como los colonos agricultores, abastecedores, carreros, cocheros, verduleros y tamberos, que invaden el Palacio Municipal cuando su titular, Bernardo Lacase, presenta un proyecto de ordenanza con fuertes aumentos en los impuestos comunales.

En **San Francisco**, en cuya identidad demográfica predominan completamente los italianos (especialmente piamonteses), naturalmente la primera sociedad de socorros mutuos es de esa nacionalidad: la “Società Italiana di Mutuo Socorro Venti Settembre e Lavoro”, creada en 1897 por Alfredo Mantero, Juan Pavesio y Luis Torricini, entre otros. Varios años más tarde, el 6 de octubre de 1901, los residentes españoles —muchos menos— formalizan la “Sociedad Benéfica Española”, cuyo primer presidente será José María Villar. Más al sur, en la ciudad de Villa María —con un número de pobladores prácticamente igual a la de San Francisco— aparecen también las mismas entidades mutuales: la de los italianos en 1887 y la de los inmigrantes españoles tres años después. Con el tiempo, se irán desprendiendo de ellas los artesanos o trabajadores, que se agruparán independientemente de su nacionalidad y según su oficio.

## 2. SURGIMIENTO DEL PROLETARIADO. HUELGAS Y SINDICATOS

La situación económico-social comienza a cambiar en la década siguiente, adquiriendo un mayor dinamismo. Es que –como escribe Ofelia Pianetto- “a partir de 1880 los talleres artesanales son reemplazados por modernos establecimientos fabriles, equipados con maquinaria altamente tecnificada y con capacidad para absorber un número considerable de trabajadores, fenómeno que cobra mayor impulso a partir de 1896 con la instalación, por capitales norteamericanos, de una usina eléctrica”. Para entonces estaban ya instaladas una fábrica de papel y dos de fósforos. Les seguirían refineries de sal, una segunda fábrica de fósforos, panaderías tecnificadas con máquinas eléctricas y, sobre todo, establecimientos que absorben gran cantidad de obreros: el gran molino “Leticia”, de la firma Minetti y Cía. de 1898, la fábrica de cerveza “Río Segundo” y varios establecimientos fabricantes de calzados, de los cuales, en 1904, uno (el de los hermanos Farga, luego “Céspedes, Tettamanti y Cía.”) daba empleo a 493 obreros, a 380 otro y el último a 150. Las curtiembres –casi todas de San Vicente- darán igualmente trabajo a gran número de operarios. Lo mismo sucedía con las carpinterías de la calle Rivadavia (algunas con hasta 80 obreros) y de otros lugares, que sumaban 14 establecimientos, cuyos asalariados constituirán en octubre de 1904 la “Unión Obrera de Carpinteros”. La industria de la alimentación -17 empresas en 1908- dispondrá en este año de 540 trabajadores.

A esta transformación de la industria se suman por entonces la instalación de las aguas corrientes y el gas en la ciudad capital, la aparición de la industria calera en Malagueño, el tendido de vías férreas, las obras de riego de los Altos de Córdoba de 1885, la erección de grandes edificios públicos



y la posterior construcción del gran dique San Roque, todo lo cual atrae gran número de trabajadores de la propia Córdoba y de las provincias vecinas, sobre todo del sector de la construcción. El carácter efímero de la mayor parte de estos emprendimientos –algunos ya terminados para 1890-, la crisis económica desatada en ese año y la afluencia de peones de las tareas estacionales del cinturón agrícola que quedan en la ciudad, determinan la constitución de una desocupación estructural que supera los límites normales del ejército industrial de reserva habitual. Se establece una población supernumeraria que aparece como una especie de “mendicidad de masas”, que preocupa a las autoridades provinciales y municipales y al conjunto de la prensa cordobesa, desde “La Carcajada” que dirige Armengol Tecera a “La Libertad” de Pedro C. Molina, liberales ambos, hasta “Los Principios” ortodoxamente católico.

En estos años, las pésimas condiciones de trabajo y los abusos de las patronales, llevan a los trabajadores a movimientos de protesta y huelgas aún antes de tener sus organizaciones sindicales organizadas. La primera de estas manifestaciones es debida a los tipógrafos del diario “El Porvenir” que ya en 1879 denuncian la falta de pago de sus salarios; casi diez años después, es este mismo grupo proletario –el más consciente por la combinación de sus tareas manuales con intelectuales- el que arranca a los patrones el asueto para los carnavales. En 1889, el empresario Miguel Crisol, que se hallaba en plena tarea de construcción del elegante barrio de Nueva Córdoba, debe enfrentar la enérgica protesta de sus peones –unos 400, la mayor parte italianos- quienes enfrentan en batalla campal a la policía, sufriendo después la dura represión de ésta y del ejército. Hay más de 30 trabajadores heridos. Tal magnitud adquieren los sucesos que determinan la protesta de la Legación de Italia en defensa de sus compatriotas.

En 1890 aparece en Córdoba el “Club Vorwärts”, sostenedor del socialismo marxista –creado en Buenos Aires ya en 1882-, que organiza la celebración del 1° de Mayo sin mucho éxito. El resto del año quedará ocupado por los resultados y comentarios de la “Revolución del Parque” que en Buenos Aires llevan adelante los radicales de Leandro N. Alem aliados a los mitristas y la posterior renuncia del gobernador Marcos N. Juárez, pero en 1891 los actos y manifestaciones obreras tienen buena respuesta, pese a la parálisis del “Vorwärts”, producto de las disensiones ya presentes entre socialistas y sus competidores anarquistas. Precisamente uno de estos –Alfredo Moretti- es detenido al ser sorprendido por la policía realizando uno de los trabajos preparatorios del 1° de Mayo. Debido a la deserción del club marxista, un llamado “Sindicato de Obras” toma entonces a su cargo la organización del acto, que alcanza gran significación: habla Eugenio Troisi y se realiza una manifestación protagonizada por unos 500 obreros extranjeros, a los que acompañan “gran número de gente del pueblo”, según informaría “La Libertad” del día siguiente.

Poco más de dos semanas más tarde estalla un conflicto –pacífico- de los foguistas del Ferrocarril Central Norte por las grandes rebajas de sueldo que se les habían realizado. La huelga, ante la inexistencia en Córdoba del gremio de maquinistas ferroviarios “La Fraternidad” –que en Buenos Aires databa de 1887- fue dirigida por una Comisión Obrera, pero se perdió por la intransigencia del Administrador del FCCN y 130 trabajadores quedaron sin trabajo. Como resulta habitual, las clases dominantes trataban de descargar la crisis del Noventa sobre los hombros de los trabajadores de todo el país y éstos, obviamente, lo resistían. La protesta de los ferroviarios era, por ello, sólo una de las tantas manifestaciones de resistencia que aparecieron en 1891 y 1892. Ya en enero de aquel año 1891, Crisol trató de rebajar los sueldos de \$50 a \$30 por mes, con la consiguiente resistencia; en

agosto se desata la huelga de los carteros por exigirles una fianza de \$200 y a principios de octubre hasta bomberos y vigilantes deliberan sobre un posible paro debido a que se pagaban los sueldos en bonos. En diciembre, después que en Buenos Aires los socialistas fracasaran en crear la “Federación de Trabajadores de la República Argentina”, los empleados de Correos y Telégrafos de nuestra ciudad organizan una sociedad de resistencia sindical, que gira aún bajo el nombre de “Sociedad de Socorros Mutuos”, pero que en noviembre de 1892 revelará su verdadero carácter al declarar una huelga de todo el servicio.

Los dos años siguientes fueron de desmovilización de los obreros cordobeses, salvo que “de cuando en cuando un grupito de anarquistas celebraba algunas asambleas”, según asegura el socialista Pedro S. Linossi. Pero también, fueron la época de la contraofensiva clerical-patronal, cuyos protagonistas, para contrarrestar la naciente actividad de la clase obrera, crean desde arriba y con apoyo gubernamental, el “Círculo de Obreros Católicos” (mayo 1894), similar a los que aparecerían en las principales ciudades del país por iniciativa del sacerdote redentorista Federico Grotte. En Córdoba encabeza el Círculo David O. Lapido y actúa como asesor espiritual el padre Agapito Nogueira. De la ideología y los propósitos castradores de estos círculos dan una idea las palabras que su presidente de 1901, Luis Santillán Vélez, escribía en “Los Principios”: “Eternamente habrá ricos y pobres, porque siempre habrá trabajadores y ociosos, inteligentes e ignorantes [...] Los pobres son los preferidos de Dios... por lo que si las puertas de la Gloria están abiertas de par en par para vosotros ¿Por qué os desesperáis tanto por estos bienes fugaces y pasajeros de la vida?”. El Círculo local organizaba fiestas “obreras”, a las que concurrían las autoridades civiles y eclesiásticas y familias “bien” de la más alta sociedad cordobesa: Garzón, Cuestas, Perea Muñoz, Laje, Sala, Capdevila y otras...

Por reacción a estas iniciativas de la Iglesia destinadas a desarmar ideológicamente al naciente proletariado es que los socialistas organizan en una reunión en el Café Lafayette, en febrero de 1895 el primer sindicato propiamente tal: la “Sociedad Cosmopolita Unión Obreros Panaderos de Córdoba” (que lanza una huelga por mayores salarios en agosto) y crean en septiembre el “Centro Obrero Socialista Internacional”, encabezado por el joven poeta Leopoldo Lugones, que acaba de mantener una polémica contra la dirección del diario liberal “La Libertad” en defensa del socialismo. Se proponía el “Centro” –parte del movimiento socialista en el que Juan B. Justo trataba de organizar el PS en Buenos Aires– actuar como órgano político de la clase obrera cordobesa y como tal “realiza una intensa campaña de propaganda ideológica mediante reuniones, conferencias y mítines de festejos del 1° de Mayo”, tratando de influenciar a los gremios ya constituidos, según informa Marta Sánchez. Acompañaban a Lugones el mecánico Pedro S. Linossi y los obreros panaderos Hermógenes Ramallo, Castelló y Labat. El último francés y el anterior español. Al año siguiente se radica en Córdoba el encuadernador socialista español Mariano García –amigo del fundador del P. S. Español Pablo Iglesias– y realiza una intensa actividad proselitista hasta 1904, fecha en que regresa a su país. Queda al frente del “Centro Socialista” Domingo Hernández

En la década posterior no dejarán de aparecer nuevos sindicatos o “sociedades de resistencia”, como se les llamaba, algunos de orientación anarquista y otros –la mayoría socialista, y menudearán los conflictos de los gremios demandando “aumentos de salarios, disminución de la jornada de trabajo, reconocimiento de las organizaciones obreras, descanso dominical, mejoras de las condiciones de trabajo en las fábricas y supresión del trabajo a destajo”, según el relevamiento de motivos hecho por Ofelia Pianetto. En 1901, cuando socialistas y anarquistas constituyen nacionalmente

la “Federación Obrera Argentina” (FOA), los sindicatos cordobeses de talabarteros y panaderos concurren al Congreso constitutivo y los socialistas de la provincia participan en septiembre de tratativas con los católicos y los liberales para crear un partido opositor que se llamaría “Unión Provincial”, al que abandonan casi de inmediato; al año siguiente –al producirse el retiro de los socialistas en el II° Congreso de la FOA- optarán por permanecer en la ahora central puramente anarquista dos de las tres delegaciones de los panaderos cordobeses: las que encabezan Albizú y Castro, mientras que la que representa Adrián Patroni, socialista, debe retirarse. En ese mismo año 1902 los gremios socialistas preparan el lanzamiento de su propia organización nacional: la “Unión General de Trabajadores” (UGT) –que concretarán meses después- y el Congreso de la Nación dicta la infame “Ley de Residencia” N° 4144, cuya derogación exigirán de ahora en adelante todos los movimientos reivindicativos lanzados en Córdoba y en el resto de las provincias y metrópolis. El disparador de la ley había sido la gran huelga general activa de noviembre de aquel año, que alarmó a las clases dominantes y motivó al diputado Miguel Cané para presentar el proyecto, que tuvo rápida aprobación del Congreso. Los gremios de todo el país manifestaron su repudio, que dio origen en Córdoba a la primera gran huelga de carácter político.

Pero el segundo gobierno del general Roca (1898-1904) pronto comprendió que era imposible mantener la paz social confiando sólo en la fuerza y dejando sin reconocimiento los derechos de los trabajadores. Así que en enero de 1904 designó al Dr. Juan Bialet Massé –aquel catalán-cordobés que había construido con Carlos Casaffousth el Dique San Roque- para que produjera su gran informe sobre “El Estado de las clases obreras en el Interior de la República Argentina”, y en mayo, después de los graves hechos de una nueva represión del Día de los Trabajadores en Buenos Aires, el gobierno presentó al Congreso su proyecto de Có-

digo del Trabajo. Habían colaborado en su redacción socialistas como Ingenieros, Manuel Ugarte, Bunge y del Valle Ibarlucea, además del propio Lugones. Era uno de los más avanzados del mundo para la época, pero el juego de pinzas entre el sectarismo izquierdista y el reaccionarismo patronal lo esterilizaron: anarquistas y socialistas lo rechazan por “reaccionario”, mientras que la Unión Industrial Argentina (UIA) pide “que no se sancione con apresuramiento”, porque la ley “nos colocaría de improviso en pleno régimen de socialismo de Estado” (j). Cuarenta años deberían esperar los trabajadores para ver reconocidos legalmente sus más elementales derechos de seres humanos y productores de la riqueza nacional.

En lugar de leyes laborales tendremos entonces un aumento de la persecución a la clase obrera: más de 50 muertos en la represión a la huelga de los dependientes de comercio de Rosario, en noviembre de 1904, aunque ahora la responsabilidad no es del gobierno nacional, sino del provincial a cargo del Dr. Rodolfo Freyre y de su Jefe de policía rosarino, coronel Martín Hernández. Se produce un paro nacional de repudio de 48 horas, organizado por la UGT, la FORA (nueva denominación de la FOA) y el Partido Socialista. Los gremios cordobeses, que por entonces ya eran 15, adhieren enérgicamente a la medida y organizan el 2 de diciembre una gran manifestación de repudio. Es su segundo paro político, más allá de las luchas meramente económicas que eran su pan diario.

En el período que arranca en 1895 y termina en 1904, en Córdoba se habían producido sólo nueve huelgas, todas derrotadas, sea por la vuelta al trabajo de los obreros o porque la patronal se apresuró a despedirlos y reemplazarlos con crumiros, generalmente traídos desde Rosario. Pero en este año de 1904 la conflictividad obrero-patronal sufre una importante aceleración, ya que se producen cuatro paros

obreros (incluido aquél de solidaridad con sus pares rosariños), de los cuales el más importante es el de los tipógrafos, que dura del 12 al 19 de diciembre y termina con el acuerdo para que los trabajadores cobren en adelante “setenta pesos por columna y media, cuerpo ocho”. En 1905, por completo ajenos a la gran revolución cívico-militar yrigoyenista que en nuestra provincia encabezará el Teniente Coronel Daniel Fernández, los trabajadores protagonizan siete huelgas: panaderos, conductores de carros, gastronómicos, oficiales peluqueros, electricistas, carpinteros y del calzado. Esta última, desatada en abril de 1904 por el despido de 200 operarios de una fábrica que se maquiniza, da lugar a la aparición de tres gremios distintos: la “Sociedad de Cortadores de Calzado” de Pedro Giráldez, la de “Aparadoras, aparadores y Anexos” y la “Sociedad de Resistencia de Obreros del Calzado”, que se unifican en 1905 bajo esta última denominación, con la dirección de un joven y enérgico aparador socialista: Francisco Mulet. Al calor de estas luchas, aparecen nuevos sindicatos, que se suman a los ya existentes (los últimos de los cuales eran el segundo gremio de los Tipógrafos del 7/7/ 1900 y el “Centro de Empleados de Comercio” de 1901), tales como la “Sociedad de Conductores de Carros y Anexos” (dirigida por Francisco López), la “Sociedad Cosmopolita de Obreros Albañiles” (Marciano Rodríguez), la “Unión Obrera de Carpinteros”, la “Unión Cosmopolita de Mozos y Cocineros” y la de “Obreros Sastres” (Vicente Gallípoli) la “Sociedad de Resistencia de Cigarreros” y sus similares de “Talabarteros y Anexos” (Ramón F. Cabrera), “Cortadores de Ladrillos y Anexos” (Mariano Barrientos), “Cosmopolita de Constructores de Carruajes y Anexos” (Eulogio Mauriac), la “Sociedad de “Obreros Fideeros”, la de los “Horneros de cal” y la “Sociedad Cosmopolita de Obreros Panaderos”, que dirige el socialista Isidro Oliver (luego tranviario). Son varios flamantes gremios, a los cuales se agrega en 1905 la “Sociedad de Hojalateros”. Los ferroviarios, aún sin sindicato propio,

se suman informalmente –igual que los de Bahía Blanca y Rosario- a la “Confederación Ferrocarrilera” organizada en Buenos Aires y responsable de la huelga de marzo de 1904. Para este año, en cambio, “La Fraternidad”, que desde 1887 agrupa separadamente a la elite de los obreros del riel (los conductores y foguistas), tiene ya en la provincia siete Secciones organizadas (de 52 en todo el país). Más adelante aparecerán los gremios que agruparán a los obreros de la alimentación y a los de las curtiembres, los canasteros y los de Oficios Varios.

También la mujer trabajadora se hace presente en la esforzada sindicalización de la época: Lucinda Toledo será en 1904 Secretaria General de la “Sociedad de Obreras Costureras” y, el mismo año, las amas de leche de la Casa de Expósitos realizan una huelga solicitando mejores sueldos y “mejor trato”, triunfando de sus reivindicaciones, aunque desapareciendo al poco tiempo. Este fenómeno de la participación femenina no escapó a la aguda observación de Biallet Massé, quien escribía en su Informe que es dable “ver en Córdoba grupos de mujeres de cien y de doscientas y más tomar parte en las huelgas y manifestaciones públicas, y aisladamente oír las protestar que ellas no dejan de ser religiosas, pero que, aunque se los diga el padre, no aceptan estar obligadas a dejarse matar de hambre, ni trabajar en el taller hasta concluirse; lo que indica un principio de rebelión, más extendido de lo que se cree”.

A fines de de 1904 se reúnen representantes de 14 sindicatos en lo que es históricamente el primer congreso obrero de la provincia, constituyendo tras sus deliberaciones una federación de orientación socialista: la “Unión General de Trabajadores, Sección Córdoba”, cuya definición política ocasiona el retiro de los anarquistas que respondían a la FORA nacional. Este Congreso –narra Oliver- protestó por la sanción de la ley de residencia y aprobó varias resolucio-



nes a favor de las leyes limitativas del trabajo de mujeres y niños, de la jornada de ocho horas y del descanso dominical, y otras.

Otra federación cordobesa enviará sus representantes al célebre “V Congreso” de la FORA, que se declarará a favor del “comunismo anárquico” como fin y la “huelga general revolucionaria” como medio, despreciando la actividad política, las luchas reivindicativas de los trabajadores y su unidad organizativa. En el VI Congreso de la FORA, el movimiento anarquista cordobés, muy minoritario en relación a los socialistas de la UGT, se hará presente a través de tres gremios: “Cigarreros y Anexos”, “Canasteros Unidos” y “Oficios Varios”. Los cerveceros también serán anarquistas.

### **3. INMIGRANTES Y CRIOLLOS . LA CONDICIÓN OBRERA**

Estos trabajadores, que en los años finales del siglo XIX y principios del XX sostenían estas ásperas luchas en defensa de sus derechos, en su inmensa mayoría eran de origen criollo.

En **Buenos Aires**, la población se multiplicaba cada quince años. Si en 1869 los extranjeros importaban la mitad del total, con el arribo del aluvión inmigratorio ella se hará claramente mayoritaria, ya que se empina hasta el 52 % en 1887, supremacía que aún subsistía en 1895. En este año, en efecto, hay más de 345.000 extranjeros y sólo 318.000 argentinos, pero la realidad que estas estadísticas no describen es aún más grave, porque “los nativos de la ciudad –apunta Guy Bourdé- son en su gran mayoría hijos de inmigrantes”. Y concreta: “de cada cuatro habitantes, dos son extranjeros, uno es hijo de inmigrantes en la primera generación y el último descende casi siempre de una familia de inmigrantes en

la segunda o tercera generación”. La ciudad se hace europea por arriba y por abajo, por decir así. Por arriba, porque la joven burguesía industrial y manufacturera es completamente europea, ya que el 95% de este rubro está en manos de italianos, franceses, españoles, judíos e ingleses; en el mismo año –1895- los inmigrantes de diverso origen controlan el 81% del transporte, el 70% del comercio y el 58% de las profesiones liberales de la Capital Federal. Por abajo, porque no menos extranjera **era la población obrera** y popular, que encontraba trabajo en la construcción, el puerto, los ferrocarriles, los servicios públicos, los tranvías y la naciente industria. En 1887 y todavía en 1895 los trabajadores extranjeros “constituyen más del 87% de los obreros, 80 % de los artesanos, casi el 80% del personal de los transportes y 70 a 75 % de los comerciantes y sus empleados”.

**Rosario**, de quieto villorrio criollo pasó a ser en el curso de algunos lustros la segunda ciudad de la Argentina: de 3.000 habitantes en 1851 a cien mil al terminar el siglo XIX. De ellos, la mayor parte eran italianos, los cuales, junto a los inmigrantes españoles, superarían en 1906 a la población nativa. Por eso diría, en ese mismo año, el periodista y viajero francés Jules Huret que “en Rosario no hay *viejas familias*. Los italianos dominan, genoveses sobre todo: los Chiesa, los Castagnino, los Muzzio, los Brusaferrí. La mayor parte de ellos, grandes importadores, hicieron sus fortunas en diez o quince años”. La nueva burguesía mercantil y agropecuaria, que gira alrededor de su gran puerto fluvial exportador, impone el tono itálico a la edificación, a las costumbres y a los gustos. Pero la **fuerza de trabajo** que era el músculo activo de la ciudad también era, obviamente, de origen inmigratorio: en 1910, por ejemplo, según Alicia Megías, de 10.000 jornaleros rosarinos (estibadores portuarios, peones, trabajadores de la construcción, etc.), casi la mitad eran italianos; entre los zapateros y sastres, eran **más** de la mitad. Por su parte, la clase obrera de los ferrocarriles, de la electricidad,

de los tranvías y de las 943 fábricas y manufacturas existentes en 1900, era mayoritariamente extranjera.

En **Córdoba** la situación era distinta, por el menor peso que tenía la inmigración en el caudal demográfico. Así, es notable que nuestra provincia, en 1895, tuviese apenas un 10% de población extranjera, es decir, menos que la criollísima Catamarca, donde ascendía al 12%. Eran 35.574 miembros de la inmigración internacional sobre un total de 351.223 pobladores en toda la provincia. En la capital, el porcentaje era un poco- muy poco- mayor: un 12% sobre el total de 54.763 habitantes que tenía la ciudad. Una década después, el Censo municipal de 1906 indicaba para Córdoba capital una población estable de de 92.776 personas, de las cuales 12.754 eran extranjeros, especialmente españoles e italianos. La mayor parte de éstos constituían ya para esta última fecha el grueso de la pequñoburguesía rural de los departamentos del Este y Sur: chacareros, arrendatarios y pequeño comercio. El resto de los italianos y gran parte de los españoles, así como franceses, ingleses y alemanes se radicaban en la capital, donde conformaban las filas de la nueva clase media y de la burguesía mercantil y manufacturera en rápido ascenso. Para 1914, los extranjeros controlaban ya dos tercios (4.117 establecimientos sobre 6.477) del comercio provincial. Su dominio era aún mayor en la ciudad capital. Aquí, la nueva burguesía en desarrollo controlaba la mayor parte del gran comercio, las manufacturas y las altas finanzas, con el consiguiente poder social y político que tal circunstancia le proporcionaba: muchos de sus miembros ingresaban a la aristocracia cordobesa por la vía de matrimonios de mutua conveniencia y ejercían su derecho constitucional a elegir y ser elegidos en las elecciones municipales, de manera que siempre tuvieron entre dos y cinco representantes directos en el Concejo Deliberante. Crearon, además, para defender sus intereses corporativos, influyentes instituciones como el

“Club de Residentes Extranjeros, el “Centro Industrial” y el “Club Unión Comercial”.

En este nivel de su estructura social, Córdoba se asemeja a Buenos Aires y Rosario, pero la conformación de los estratos obreros y populares es distinta. Miguel Contreras señala en sus “Memorias” que en 1895 el 70% “de los asalariados urbanos de Córdoba era de origen nativo”. En la industria, el porcentaje de trabajadores criollos era aún superior: Ofelia Pianetto indica que “la fuerza de trabajo industrial está integrada, fundamentalmente, por individuos de origen nativo”, que el Censo de 1906 marca en un 90%. Se trataba de trabajadores cordobeses provenientes de los sectores humildes de la ciudad, del artesanado en decadencia y de las zonas rurales de la provincia, mientras que otros eran migrantes llegados de las provincias del Norte y del Oeste marginadas del proceso expansivo de la nueva economía agroexportadora: santiagueños, riojanos, tucumanos y catamarqueños, esencialmente, atraídos por el vigoroso desarrollo capitalista iniciado en Córdoba. Incluso había uruguayos (3.585), chilenos (240), brasileños (92), bolivianos (18) y paraguayos (69), según el Censo anterior de 1895. Los trabajadores provenientes de Europa –en general, italianos– estaban circunscriptos a emprendimientos puntuales: los peones de Revol que ya mencionamos, los empleados en las obras de emplazamiento del Ferrocarril Central Norte porque su constructor era también italiano, los ingleses administrativos o personal calificado de los ferrocarriles británicos y cierta cantidad de españoles. En la industria alimenticia, indica Vera de Flachs, en 1914 los obreros argentinos eran 375 y los extranjeros sólo 16, y en las manufacturas textiles “los inmigrantes sólo llegaban a la tercera parte de los argentinos” (Norma D. Riquelme). Entre los maquinistas y foguistas de los ferrocarriles, completa Mónica R. Gordillo, de un total de 1.468 trabajadores y pese a la especialización mecánica de las tareas, los nativos componían casi el 57%. Biale Massé

señala un caso puntual pero paradigmático: en Río Cuarto, en 1904, “visité –dice- el taller de confecciones del señor José Mauro [...] Hay 16 obreras, todas criollas, todas saben leer y escribir, de 13 a 23 años”. En Villa Maria, observaba el mismo Biolet, “los obreros de taller podían estimarse en 40 % de italianos y 60% criollos; y en los peones agrícolas 15% de los primeros y 85% de los segundos”

Provenientes prácticamente en su totalidad de un medio rural que no había fomentado en ellos el disciplinamiento laboral, estos obreros criollos sufrían dolorosamente el proceso de adaptación a unas relaciones de producción burguesas fundadas en el trabajo regular y sistemático, el horario estricto, la dirección centralizada en los talleres o manufacturas y el esfuerzo agotador. Ante esas exigencias, estos trabajadores reaccionaban, antes de adaptarse, utilizando diversas clases de resistencias directas e indirectas: abandono intempestivo de sus empleos, desobediencia pasiva, ausentismo, alcoholismo, rotura de los instrumentos de trabajo o de los artículos manufacturados, etc.

No obstante estas deficiencias en sus labores, una vez aceptada su nueva condición, esos mismos trabajadores se volvían los mejores obreros, como señaló repetidamente Biolet Massé en su famoso “Informe”. Habiéndolos tratado de cerca en sus grandes obras hidráulicas (los diques de Mal Paso y San Roque), el médico y empresario catalán podía afirmar con autoridad que el trabajador nativo, contrariamente al prejuicio corriente entonces, “por su fuerza muscular y por su superioridad notable, y la experiencia del taller, del ferrocarril y de la agricultura demuestran que no es extraño ni refractario a ningún arte ni oficio, y que sus defectos y vicios provienen de causas que le son perfectamente extrañas”. “Yo los he visto –agrega más adelante- entrar en mis talleres como peones o arrima-leñas, con aire perezoso y retobado, mirar el manómetro y a los órganos de la máquina una hora

y otra, fijarse en lo que hacían los oficiales y maestros, hacer una pregunta breve, siempre pertinente y oportuna, y luego otra y otra, e imitar como monos lo que habían visto: al cabo de seis meses eran obreros industriales”. En Villa María, todos los dueños de taller le manifestaron que “encuentran al obrero criollo muy inteligente, fuerte y moderado”.

Este origen del proletariado daba, obviamente, un carácter más nacional al naciente movimiento obrero, pero no dejaba de tener su lado oscuro, ya que el atraso cultural de sus integrantes, su respeto tradicional a las clases propietarias y a la religión católica y su pertenencia a redes patriarcales y clientelísticas lo hacían presa fácil de la Iglesia, que trataba de encuadrarlo dentro de los “Círculos” clericales para “enseñarles a respetar a los sacerdotes y a los patrones”. Sin embargo, la exacerbación de la lucha contra la burguesía los llevaría bien pronto a buscar una posición de clase, como se aprecia en un revelador episodio ocurrido durante la huelga del calzado de abril de 1904: el Dr. Santillán Vélez, dirigente del “Círculo de Obreros Católicos” que exhibía la representación obrera ante la patronal, pretende excluir de una asamblea a los dirigentes socialistas Galletti y Pinto, pero los trabajadores repudian la pretensión, abandonan el local y tiempo más tarde renuncian al “Círculo” y se integran a la UGT.

Los primeros organizadores del sindicalismo de Córdoba son, debido a su mayor experiencia adquirida en Europa y a su conciencia de clase, de origen inmigratorio, trabajadores radicados en Córdoba misma o “destacados” —como se decía entonces— desde Buenos Aires por la FORA o la UGT. Algunos eran anarquistas como el italiano Moretti, el yugoslavo Paulo Buratovich, el activista de las canteras David Skornicoff; otros, la mayoría, socialistas italianos como César Nicoletti, Pío Piantansesi, Luis Ruggiero, Pedro S. Linossi y demás miembros del “Centro Socialista” de

Leopoldo Lugones o dirigentes de los ferroviarios de Cruz del Eje, como el español Fernando Fort o el calero de Deán Funes Juan Pallas, el francés Labat o el catalán Castelló. Pero los dirigentes y militantes de origen criollo o argentinos de primera generación estarían desde muy temprano al lado de aquellos heroicos gringos, como Hermógenes Ramallo y Eleodoro Medina de los panaderos de 1895, Lucinda Toledo de las costureras o Ramón F. Cabrera de los talabarteros de 1904, que mencionamos arriba, o Pablo B. López, cordobés auténtico, tipógrafo y líder del proletariado de Córdoba desde 1913 hasta su muerte en 1929, o la generación más joven fundadora del PC, como Miguel Contreras (molinero), Rufino Gómez (curtidor) o los hermanos Jesús y José Manzaneli, o José Cardozo de canillitas y Pedro Magallanes, zapatero remendón o el chileno Ovejero, anarquista del gremio de los panaderos.

En la lucha de tendencias, tal como sus pares de Buenos Aires, anarquistas, socialistas y comunistas de Córdoba sostendrían muchos debates públicos o “controversias”, ante un público obrero siempre numeroso y entusiasta. Una de las más recordadas fue la que enfrentó en 1919 a los anarquistas García Jiménez y Juan Lazarte con Miguel Contreras. Duró tres noches y según Contreras, él resultó el vencedor. Otra forma, bien criolla, de propagandizar las ideologías de cada tendencia era la actuación pública de payadores y guitarristas que exponían a su modo las virtudes del anarquismo, el comunismo o el socialismo. Así como el yrigoyenismo tuvo para sus fines la participación del inmortal payador negro Gabino Ezeiza, así los anarquistas contaron en Córdoba con la colaboración de otros intérpretes, no por menos famosos menos efectivos, como José Rodríguez, obrero panadero libertario, que actuaría en las grandes huelgas agrarias de 1919. Lo mismo los comunistas, en La Calera tenían un camarada que en los actos del partido o de la Federación Obrera “se lo pasaba tocando los himnos proletarios en la

guitarra”, recuerda Contreras. En cuanto al socialismo, es revelador este episodio ocurrido durante una gira propagandística de Miguel J. Ávila a la criolla localidad de Chancan, en el departamento Pocho: privados de público por una carrera cuadrera organizada por el comisario del pueblo, de pronto “dos de los compañeros que me acompañaban –cuenta el propio Avila- toman una guitarra que estaba a la vista y se ponen a templarla e interpretar varias piezas de música y se pusieron a cantar a dúo: había transcurrido un rato y, cuando nos dimos cuenta, el salón estaba casi colmado de público; esto fue una gran sorpresa y entonces de inmediato aprovechamos para iniciar nuestra propaganda socialista”.

En la última década del siglo XIX y las primeras del XX en que actuó esta pléyade de esforzados dirigentes, las masas trabajadoras de Córdoba sufrían terribles **condiciones de trabajo** y graves carencias en materia de viviendas, alimentación, vestuario y atención sanitaria. Como ha puesto de relieve Marta Sánchez, las jornadas eran extenuantes, de hasta 16 horas, desempeñadas en locales reducidos y poco ventilados e iluminados, y no estaban exentos de ellas mujeres y niños, que encima percibían la mitad de los salarios de los hombres. Los sueldos, bajos, eran aún recortados hasta en un 10% por multas arbitrarias, como en los ferroviarios; los aumentos pactados y conseguidos con huelgas y sacrificios, no eran pagados por la patronal, que por lo demás, no aplicaba medida alguna de higiene o seguridad. No existía organismo estatal que hiciese respetar los ingresos ni la salud de los trabajadores ni leyes que los estableciesen.

Fuera de las fábricas o manufacturas, según los datos aportados por Beatriz Moreyra y la misma Sánchez, no eran menos penosas las condiciones de vida de los trabajadores. Una familia obrera **consumía** preferentemente maíz en diversas formas, fideos y grasa en lugar de aceite, y pocas cantidades de leche, carne y pan, artículos estos últimos que para



colmo habían venido aumentando de precio constantemente entre 1900 y 1919. "En estas circunstancias, el mate pasaba a ser un componente fundamental detectable en el alto consumo de yerba", dice Moreyra. Esta dieta escasa, unida a deplorables condiciones de higiene y falta de atención médica, determinaban la generalización entre las masas empobrecidas de la ciudad de **enfermedades** como la gastroenteritis, la fiebre tifoidea, la neumonía, la bronquitis, la tuberculosis y las enfermedades respiratorias. Para tratarlas, por supuesto, no existían más que unos pocos centros asistenciales en Capital (Hospital de Niños, Hospital Italiano y Hospital San Roque) y uno por cada población en Río Cuarto, Villa Dolores, Río Segundo, La Carlota, Laboulaye y Villa Huidobro. La mortalidad obrera era por tanto más alta que la general. En la cuestión de la **vivienda**, un salario promedio de un trabajador especializado, en la época del "Informe" de Bialek Massé, era de 65 pesos mensuales, lo que le impedía absolutamente alquilar una casa de varias habitaciones en los suburbios, por la que se pagaban \$50. Debía resignarse entonces a habitar en ranchos de barro y techo de paja o zinc, oscuros y sin ventilación, que constituían el 40% de las viviendas y se concentraban en las seccionales 7<sup>a</sup>, 16<sup>a</sup> y 12<sup>a</sup>; en esta última seccional, en lo que ahora es el cotizado barrio de Cofico, por su cercanía con la estación del FCCC, "entre matorrales y charcales, vivían los ferroviarios", recuerda Contreras. Si no vivían en ranchos, los más afortunados podían hacerlo en los inquilinatos municipales de barrio Pueblo Nuevo y los más carecientes –sobre todo los obreros no especializados– en los terribles conventillos urbanos, como el de Deán Funes esquina Jujuy, donde sobrevivían hacinadas cien personas con cuatro baños y un solo pico de agua.

Esas pésimas condiciones de vida y de trabajo daban lugar, entre los menores obligados a contribuir a la subsistencia familiar desde la más tierna edad, a un gran ausentismo escolar, del que resultaba que en 1914 el **analfabetismo** lle-

gaba ya al 55,4% de la población total. Entre los trabajadores adultos, el alcoholismo, el juego y la concurrencia a burdeles y piringundines eran **los vicios** más difundidos, por lo que los sindicatos se esforzaban por alejarlos de ellos mediante la creación de bibliotecas obreras, coros y “veladas” que comenzaban siempre con una conferencia, seguían con la puesta en escena de una obra teatral y concluían con un baile. Todo protagonizado por los trabajadores y sus familias

#### **4. EL MOVIMIENTO OBRERO A PRINCIPIOS DE SIGLO.**

El período 1904-1910, que corresponde a las presidencias de Manuel Quintana y José Figueroa Alcorta, fue de años difíciles para el movimiento obrero argentino, que tuvo que batirse reiteradamente para la obtención de mejores salarios y condiciones más dignas de trabajo y de vida, frente a la obstinada resistencia del régimen oligárquico. Menudearon en este período huelgas perdidas por intransigencia patronal y complicidad de las autoridades, declaración del Estado de Sitio en cuatro oportunidades, disolución de los actos y manifestaciones de los trabajadores mediante el uso de la fuerza policial e incluso por tropas del Ejército; clausura de locales sindicales, destrucción de las instalaciones de los diarios proletarios, como “La Protesta” (anarquista) y “La Vanguardia” (socialista), persecución a los dirigentes obreros, muchos de ellos asesinados o deportados en virtud de la Ley de Residencia, protección a los esquirols rompeshuelgas, etc.

Para colmo, la clase trabajadora no conseguía –por sectarismo de los anarquistas- llevar a buen puerto a las varias tentativas de unidad encaradas desde el socialismo, el sindicalismo revolucionario y varios sindicatos autónomos desencantados de la intransigencia de la FORA. Así, en

1906, el movimiento permanecía dividido entre la FORA, que celebra su VI Congreso, y la UGT, que el mismo año realiza el suyo N° IV, donde la fracción del “sindicalismo revolucionario”, ya expulsada del PS, consigue imponer su dirección sobre los militantes de este partido. El Congreso de fusión de 1907 fracasa y la FORA procede a realizar su propio Congreso, el N° VII, con predominio anarquista, al que no concurren los gremios de Córdoba (15 de diciembre). Éstos estaban controlados en gran parte por los socialistas, que en 1908 lanzan –dirigida por Armengol Giuliani Deanquín, oficial sastre- una hoja periodística llamada “La Unión”, que en 1909 dirigirá Isidro Oliver.

Aunque el peso de la contraofensiva patronal-estatal recae sobre los obreros de Buenos Aires, donde se encuentra la mayor concentración proletaria, Córdoba, igual que las otras provincias mayores no deja de sentir sus efectos y de adherir a la resistencia de sus compañeros de la Capital de la República. Prácticamente la única conquista laboral obtenida de la Legislatura cordobesa fue la “Ley de Descanso Dominical” de octubre de 1907 –gobierno del roquista Ortiz y Herrera- aprobada no obstante la cerrada oposición de las patronales, especialmente la de los molinos harineros. Esta pequeña conquista, de todas maneras, quedó más que compensada por las represiones que también sufrieron los trabajadores de Córdoba por su adhesión a los grandes movimientos de protesta de sus hermanos de Buenos Aires. Así, cuando la feroz represión de la “Semana Roja” (2 a 8 de mayo de 1909), toda la clase obrera cordobesa –anarquistas, socialistas y sindicalistas- adhirió firmemente a la gran protesta nacional que causó el infausto acontecimiento. E igual cosa sucedería al año siguiente, con el dictado de otra infame ley antiobrera (la Ley de Defensa Social) y las represiones simultáneas que se conocieron como las “del Año del Centenario”.

No obstante sus dificultades, los obreros cordobeses de los gremios de Carpinteros, Albañiles, Constructores de Carros y Panaderos envían sus delegados al 2° Congreso de Fusión obrera de septiembre de 1909, que vuelve a fracasar porque la FORA se niega a participar en él, aunque socialistas, sindicalistas y autónomos dan a luz la “Confederación Obrera de la República Argentina” (CORA), que reemplaza a la UGT. La FORA realizará su VIII° Congreso en Buenos Aires el 23 de abril de 1910, pero ningún gremio de Córdoba lo honrará con su presencia, dominados como estaban por los socialistas y los sindicalistas.

La asunción de la Presidencia por Roque Sáenz Peña en 1910 no significará cambio alguno para el movimiento obrero argentino. Sáenz Peña, representante del sector más lúcido de la oligarquía, comprende que ya no se le puede seguir cerrando el paso mediante el fraude y la coacción a las nuevas clases medias que habían mostrado ya su ominosa presencia en la Revolución de 1890, seguida de las de 1893 y 1905. Prepara así la participación comicial ordenada y pacífica del radicalismo para que éste comparta el poder y las responsabilidades de gobierno, objetivo que se concreta en la Ley electoral que lleva su nombre y que en 1916 permitirá el triunfo de Hipólito Irigoyen. Sin embargo, para los trabajadores, la situación seguirá siendo la misma bajo la presidencia de Sáenz Peña, que como sus antecesores sigue considerando a la lucha reivindicativa de los sindicatos como una mera cuestión policial, pese al “Informe” de Biallet Massé, que seis años antes había explicado su naturaleza social y humana. El nuevo mandatario, muy por el contrario, ratificará la política represiva de Figueroa Alcorta y dirá en su Discurso de asunción del cargo que la nefasta Ley de Residencia era “un derecho de la soberanía”, mientras que los saqueos a los locales gremiales, el empastelamiento de las imprentas obreras y los salvajes castigos propinados por las

bandas pre-fascistas oligárquicas eran “deslumbramientos y esplendores” y “vibraciones simples del alma nacional”.

De allí que en los meses finales de 1910 los trabajadores de todo el país sostengan huelgas parciales o aisladas, mantenidas como siempre heroicamente, entre ellas la de los canteristas de Deán Funes. Pararán nuevamente en 1911, pero ahora los acompañan los de La Calera, Mal Paso, Casabamba, Cosquín y la Falda. También habrá un importante paro en San Francisco.

La recesión del período de Guerra, que ya se insinúa en 1912/13 y durará hasta fines de 1917, va deteriorando lentamente las condiciones de vida de los trabajadores y determina que en 1912 y 1913 el movimiento obrero protagonice importantes movimientos de protesta: huelgas, movilizaciones, actos públicos, etc. Otras veces, la sola amenaza del paro logra doblegar la resistencia de las empresas, como sucede en la lucha de la recién creada -1912- “Federación Obrera Ferrocarrilera” nacional (FOF), que logra la reincorporación de trabajadores del riel despedidos o disminuidos en su derecho. Tal el caso de los trabajadores de Villa Mercedes (San Luis), a los que la empresa ferroviaria se niega a pagar las horas extras: logran la solidaridad de sus compañeros de Rufino y Beazley y de los cordobeses de Laboulaye, Villa Dolores y Huinca Renancó y la compañía inglesa debe ceder. El despertar de los obreros del riel de Córdoba, empujado por los más enérgicos e inteligentes foguistas y maquinistas de “La Fraternidad” que conducían sus trenes por los rieles de la provincia, aunque no llegó por estos años a materializarse en una nueva entidad ferroviaria local, dio lugar a una intensa correspondencia –que fructificaría en 1916- con las autoridades de la FOF y a la formación de las 12 Secciones que “La Fraternidad” tendría en Córdoba en aquel año. Sin embargo, la “gran huelga del año 12” de los ferroviarios no pudo triunfar en todos los ferrocarriles y las patronales

despidieron a centenares de activistas y simples obreros en todo el país, afectándose en Córdoba sobre todo a los que trabajaban para las empresas inglesas: el Ferrocarril Central Argentino y el Ferrocarril Central Córdoba.

En cuanto a los actos y manifestaciones obreras, hay que mencionar la gran movilización de la capital de Córdoba de 1913, que Miguel Contreras (entonces un joven de apenas 15 años), describe así: Los viejos sindicatos “organizaron una gran demostración de desocupados como yo no he visto otra igual en la provincia, bajo la consigna de *Pan y Trabajo*. A su frente iban, con sus banderas argentinas y rojas y carteles, los sindicatos de obreros panaderos, gráficos, curtidores, zapateros, la bandera de la FORA y el Partido Socialista. (Todos los obreros fueron con sus herramientas de trabajo de cada oficio, [porque] a cada obrero, para encontrar trabajo en la fábrica o taller, los patronos le exigían tener sus herramientas propias, fuere del oficio que fuere). La gran manifestación desfiló desde la Plaza General Paz hasta el centro de la ciudad. Eran varias cuadras de desocupados que fueron hasta la Casa de Gobierno a reclamar que se tomaran medidas como la iniciación de obras públicas, para que hubiera trabajo. Era impresionante ver esa multitud, con una gran cantidad de obreros y mujeres, con sus herramientas en alto, gritando sus consignas y cantando los himnos obreros: Hijos del Pueblo, La Internacional y La Marsellesa.”

Mientras tanto, un nuevo Congreso de Fusión había fracasado en diciembre de 1912 otra vez por la obstrucción de los anarquistas, que temerosos de perder el control del nuevo movimiento, aconsejaron a sus sindicatos afiliados no proseguir en el Congreso, ya que –argumentaban, “la fusión de las fuerzas obreras es un hecho dentro de la FORA.” (j)

En estos mismos años, en Córdoba, contrastando con los duros esfuerzos narrados arriba de la clase obrera industrial y los trabajadores del riel y las canteras para mantener

y acrecentar sus conquistas laborales, los asalariados “White collar” reciben una serie de beneficios de distinto tipo. Se trata de los empleados de gobierno y docentes –base electoral urbana del Partido Demócrata conservador gobernante- a los que el Gobernador Ramón J. Cárcano (1913-1916), un conservador progresista discípulo de Miguel Juárez Célman, otorga la jubilación para empleados de la provincia, una mejora para los salarios de los maestros, el reconocimiento de su organización gremial (la “Asociación de Maestros de la Provincia”) y la creación de la Oficina Provincial de Trabajo, encargada de vigilar que se cumpliera la legislación obrera por parte de las patronales. Reconocería además Cárcano que “hay que mejorar las condiciones de vida del obrero: la modesta, pero cómoda habitación es un factor concurrente a la felicidad; el rancho antihigiénico, el conventillo donde hoy se dan la inmoralidad y la miseria, deben desaparecer como resabios de una época de atraso”. Sin embargo, poco haría su administración en este sentido.

Es también en los años de Ramón J. Cárcano, pero en el ámbito nacional, que se lograría la ansiada unidad del movimiento obrero argentino, a la que sólo permanecería ajeno un reducido núcleo de contumaces dirigentes del “comunismo anárquico”. Efectivamente, la CORA convocó para junio de 1914 a otro congreso de unidad –el cuarto-, pero ante el sabotaje de la FORA, resolvió autodisolverse e incorporarse en masa a la central anarquista junto con los sindicatos autónomos, decisión que se hizo efectiva en el IX° Congreso Nacional de la FORA de abril de 1915. La mayoría anarcosforista los aceptó y concedió tres cargos en su Concejo Federal directivo, pero once gremios libertarios, fogoneados por el periódico “La Protesta”, se pronunciaron contra la unidad, declarándose partidarios de las resoluciones puramente anarquistas del V° Congreso y eligiendo su propia comisión dirigente, por lo cual fueron conocidos en adelante como la “FORA del V°” o “FORA quintista”. La unidad alcanzada,

pese a esta leve disidencia, “levantó considerablemente la moral y las actividades de la clase obrera, que afluyó –dice Iscaro- con mayor entusiasmo a los sindicatos, otorgándoles fuerza y autoridad”, fuerza y autoridad que se harían sentir también en Córdoba en la siguiente etapa de ascenso y conflictos provinciales.

Señalemos, para cerrar, que dos dirigentes de los obreros canteristas de Deán Funes alcanzaron, por méritos de sus luchas, las más altas posiciones en estas reuniones: Juan Pallas integró la Mesa Directiva del Congreso de unidad de 1914, y David Schornikoff fue elegido para el nuevo Consejo Federal nacional de la “FORA del IX° Congreso”.

Para entonces –Censo nacional de 1914- el número de obreros había aumentado en la provincia hasta los 20.243, que trabajaban en las 2.836 empresas censadas.

## **5. CONTRAOFENSIVA Y UNIDAD DEL MOVIMIENTO OBRERO**

En 1916 llega al gobierno de la Nación y de varias provincias el movimiento nacional yrigoyenista, que no pudo en sus dos gestiones (1916-22 y 1928-30) satisfacer totalmente las aspiraciones de las grandes masas que lo habían plebiscitado, condicionado como estaba por cuatro poderosos factores: su llegada al poder por la vía electoral, que castró la fuerza revolucionaria demostrada en 1890, 1893 y 1905; la oposición inmisericorde de los sectores terratenientes anti-nacionales; el mantenimiento del aparato represivo heredado del “Régimen”, y el sabotaje interno del alvearismo, que era la cuña oligárquica en el propio seno partidario. De todas maneras, el movimiento obrero obtuvo del radicalismo mejores condiciones para su desenvolvimiento, drástica disminución de las represiones policiales, salvo excepciones, intervencio-



nes del propio Presidente laudando en los conflictos a favor de los trabajadores, duplicación de los sueldos promedio (de \$ 3,50 en 1916 a \$ 7 en 1922), disminución de los precios de los alimentos de primera necesidad, aumento libre de la sindicalización de 70 gremios a 750 entre 1916 y 1920, leyes de jubilaciones, de jornada de 8 horas, salario mínimo, seguro social y otras, sin considerar los proyectos laborales que no se aprobaron por el boicot de los conservadores en el Parlamento. La “cuestión social” había dejado de ser a nivel nacional una cuestión policial, reglada por el código penal y los códigos de faltas de la reacción.

Sin embargo, en el mismo período, con los gobiernos radical de Loza-Borda (1916-19) y demócrata de Nuñez-del Barco (1919-22), en Córdoba la situación era exactamente la contraria. Los conservadores y los radicales “azules” no habían tomado noticia de la Nueva Era que se había abierto en el país y seguían manteniendo con los trabajadores y sus sindicatos la misma tesitura de deslegitimización y persecución que reinaba hasta entonces.

Triunfantes en la lucha interna sobre los radicales “rojos”, el binomio compuesto por los Dres. Eufrasio Loza y Juan C. Borda –ambos clericales de derecha y miembros de la hermandad secreta ultracatólica “Corda Frates”- asumen el gobierno de la provincia en mayo de 1916, en la mitad de la recesión 1913/1918. Bajo su administración –y con su hostilidad- tienen lugar dos acontecimientos de relevancia histórica: la Reforma Universitaria y la unidad del movimiento obrero de Capital.

Esta última se debió en gran parte al ala izquierda revolucionaria del Partido Socialista, que en Córdoba era mayoritaria y controlaba los Centros de Jesús María, Malagueño, Las Varillas y La Calera, y en Capital los de la seccional Segunda, Sexta y Décima. Esta corriente del PS realizó desde los primeros días del estallido de la Guerra Mundial (1914)

una intensa agitación en mitines y manifiestos en contra del conflicto y comenzó a dirigir desde sus inicios mismos el llamado “Comité de Propaganda Gremial” del PS. Era éste un organismo nacional que la corriente revolucionaria había arrancado en mayo de 1914 a la dirección reformista y pro-oligárquica de Juan B. Justo y Nicolás Repetto con el objetivo de organizar a los trabajadores aún no sindicalizados, acercar los gremios al Partido Socialista y recomponer su base obrera, muy disminuida desde la expulsión de los “sindicalistas” ocho años atrás. El CPG cumplió una gran tarea en todo el país, creando en Córdoba gremios como el de los municipales de Capital, el de los obreros caleros, el de las curtiembres, el del personal de los flamantes tranvías eléctricos y varios de obreros rurales, así como la “Unión General de los Obreros del Calzado”, que unificó a los maquinistas, aparadores y cortadores, que tenían cada uno su sindicato por oficio, como dijimos; el 14 de mayo de 1917 se fundó el “Círculo de la Prensa”, que agrupaba a los periodistas locales y que presidió Eduardo S. Martín. Igualmente, el “Comité de Propaganda Gremial” actuó como centro de unificación de las luchas obreras y populares frente a la ausencia de un organismo gremial único. Logró la concurrencia de todos los sindicatos locales, sobre la base de que cada uno era libre de adherir nacionalmente a la Federación que quisiese y permanecer unidos en la escena local. Los anarquistas del gremio de panaderos, por ejemplo, adherían en Córdoba al CPG y nacionalmente a la “FORA quintista”, mientras que otros se sumaban a la “FORA del IX Congreso” y otros permanecían autónomos.

Los años 1917/1918 –este último, año de liquidación del CPG por parte del socialismo juanbejustista comprometido en el mero juego parlamentario- son de una gran conflictividad social y de ascenso de la luchas populares y obreras en todo el país, que tenían un antecedente lejano en 1912 con el “Grito de Alcorta” de la pequeñoburguesía agraria y que

se había iniciado políticamente con el ascenso apoteótico de Yrigoyen a la Presidencia en octubre de 1916. En la ciudad capital de Córdoba, una serie de huelgas **municipales** se desataron en 1917 y 1918 contra los Intendentes del momento, Henoch Aguiar y León S. Morra. Al primero de ellos los trabajadores le exigían la implantación de la jornada de 8 horas, el descanso dominical y un aumento de salarios, que les fueron concedidos por el Concejo Deliberante por la Ordenanza 2146. Aguiar -también miembro de la “Corda”- presentó entonces su renuncia el 6 de octubre “porque no le es dable, decía, promulgar y ejecutar esa ordenanza sin contrariar mis principios”... que no eran seguramente los de justicia y caridad. También se declararon en huelga los ferroviarios, los tranviarios, los telegrafistas y varios sindicatos más. Los movimientos de mayor importancia fueron, si dudas, los de los trabajadores de los ferrocarriles.

Los **obreros del riel** vivían agobiados por los constantes despidos, la disminución de las horas trabajadas, el deterioro de sus salarios por el aumento del costo de vida, las sanciones por cualquier hecho considerado transgresión o desobediencia, los atrasos en el pago y, en fin, la falta de una reglamentación del trabajo que evitara las arbitrariedades de las empresas. Para combatir contra estas conductas de los ferrocarriles -producto de la crisis aún en curso- “La Fraternidad” y la “Federación Obrera Ferrocarrilera” (FOF) firmaron en 1916 un “Pacto de Solidaridad”, que se pondría a prueba en 1917 en todo el país, incluyendo naturalmente a Córdoba, que tenía una importante red ferroviaria, ya que se encontraba cruzada por cinco líneas: el Ferrocarril Central Argentino, el Ferrocarril Central Córdoba, el Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico (los tres ingleses), el FC Santa Fe de San Francisco a Villa María (francés) y el FC Central del Norte, estatal, que iba de Córdoba a Tucumán, trecho despreciado por los británicos porque no atravesaba zonas ubérrimas como las del FCCA o el FCCC. La primera huelga

estalló en los talleres de Tafi Viejo del FCCN y logró el 20 de julio de 1917 la plena solidaridad de los obreros de los talleres de Cruz del Eje. Poco después, en agosto, el “Comité Conjunto de Huelga” (LF+FOF) presenta un pliego de peticiones a la empresa del FCCA, pero ante la negativa de ésta a satisfacerlo, la FOF declara la huelga general el 12 de agosto, a la que adhiere “La Fraternidad”. Todas las líneas de Córdoba y de Santa Fe están paralizadas hasta el 16, cuando se da por finalizada gracias a la mediación del Ministro de Obras Públicas de la Nación. Pero el asunto no está terminado del todo: 30 días justos después, la sección Alta Córdoba del FC Central Córdoba se declara en huelga en adhesión a la misma medida tomada en la provincia de Buenos Aires por grupos de obreros de la FOF. Los trabajadores de Cruz del Eje —pertenecientes a la empresa estatal FCCN— adhieren espontáneamente a la huelga; paran también los tranviarios y telegrafistas y se producen desórdenes en algunos lugares de la provincia: destrucción de barreras de paso a nivel, incendio de vagones, choques con la policía de Córdoba. En Alta Córdoba, los socialistas del CPG realizan mitines y actos de apoyo, en los que participan ferroviarios llegados de Jesús María, Cruz del Eje y otras localidades. Pero como las empresas continúan sin ceder, el “Comité Conjunto” declara —el día 24— la huelga general en todos los ferrocarriles y se producen otra vez tiroteos e incendios en Alta Córdoba y una gran represión del Escuadrón policial de Seguridad contra dirigentes cordobeses del CC de H. El 6 de octubre los trabajadores paralizan además toda la línea del ferrocarril estatal al Norte y el gobierno nacional se ve obligado a intervenir: lo hace en favor de los obreros del riel, estableciendo por decreto la Reglamentación del trabajo que las empresas extranjeras no quieren realizar. Así se levanta el 18, con este triunfo, la segunda gran huelga ferroviaria. Los obreros festejan con un gran mitin que parte del local de la FOF y recorren encolumnados las calles de la ciudad hasta la casa de gobierno pro-

vincial, donde se detienen “pronunciando exaltadas palabras a favor del Presidente de la República”.

Montada sobre esta ola de beligerancia obrera, se constituye en septiembre la primera organización federativa duradera de clase de la provincia: la “Federación Obrera Local de Córdoba” (**FOLC**), compuesta por los 15 sindicatos existentes (panaderos, calzado, conductores de carruaje, pintores, mozos, tranviarios, ferroviarios del Central Córdoba, ferroviarios del Central Argentino, molineros, mosaístas, carpinteros, Oficios Varios, sastres, albañiles y gráficos), a cuyo frente están los dirigentes más combativos del proletariado cordobés: el anarquista Domingo Ovejero, (que es elegido Secretario General), Pablo B. López, Carlos Juliani Deanquín, Eduardo González, Pedro Magallanes, Miguel Contreras, Salvador Gurrieri y el chileno Olivares, quienes debutan el día 30 con un manifiesto y un gran mitin de apoyo a la huelga ferroviaria y a otros gremios en conflicto.

Antes de que termine el año se produce un acontecimiento que conmoverá a la humanidad: el triunfo de la **Revolución de Octubre** en Rusia, que despierta un entusiasmo mesiánico entre los trabajadores de todo el mundo y dividirá irremisiblemente a sus organizaciones –anarquistas, sindicalistas revolucionarios y socialistas- en torno a la cuestión de apoyar o rechazar la revolución y el gobierno bolchevique. El ala izquierda del PS se pronuncia a su favor y es expulsada del partido, pero los rebeldes no se conforman: llaman a un Congreso de la fracción de izquierda en el Teatro “20 de Septiembre” de Buenos Aires y dan por fundado el “Partido Socialista Internacional” (**PSI**-luego **PC**) en enero de 1918. Los seguidores de López y Contreras, en razón de su sacrificada estrechez económica, se ven impedidos de concurrir, pero se manifiestan públicamente a favor de la disidencia pro-bolchevique y otorgan poder para que los representen a Ernesto Sardi, Francisco Docal e Isaac Palcos. Prácticamente todo el

partido, en masa, con su sector proletario y su ala juvenil, se pasó a la nueva organización, que por ello no tuvo en Córdoba ni siquiera necesidad de ser formalmente fundada: le bastó con agregar una palabra a las de Partido Socialista. El ala reformista, casi extinta, reconstruyó dificultosamente el PS a partir de elementos esencialmente pequeñoburgueses y algunos dirigentes obreros reformistas, como Isidro Oliver, Francisco Perez Marcén, José María Cambor, José Guevara y Miguel Ávila, este último sastre de profesión y Secretario General del “Sindicato de Sastres y Costureras” de San Francisco en 1923/24.

Días después de aquel congreso fundacional de la FOLC, se declaran en huelga los empleados del F. C. Central Norte, movimiento que tiene su foco inicial en Quilino y que dura 20 días, terminando también por la intervención del gobierno nacional.

Hasta el momento, como se aprecia, el radicalismo yrigoyenista había satisfecho las expectativas depositadas en él, tratando con respeto y simpatía al movimiento obrero, imponiendo algunas de sus reivindicaciones, como hemos visto en el caso de los ferroviarios. Sin embargo, los límites burgueses de su obrerismo paternalista quedarían patentes en las represiones de la Semana Trágica de 1919 y en la Patagonia en los años siguientes, que fueron toleradas y dejadas impunes por el caudillo radical.

## **6. LA FOPC Y LA UNIDAD OBRERO-ESTUDIANTIL**

Muy distinta a la de Irigoyen fue la relación entre el movimiento obrero y el reaccionario gobierno provincial de Loza-Borda (hombres de la “Corda”, como dijimos), que intervino en todas las luchas de aquellos años para reprimir

y desalentar a la acción sindical de los trabajadores cordobeses. Los movimientos de la clase obrera –dice Efraín U. Bischoff– eran “sofocados a fuerza de sablazos del Escuadrón de Seguridad”. Entre esas luchas del período radical 1916-1919, Miguel Contreras recuerda la de **los caleros** de los “Hornos Combes”, a la entrada de San Vicente; la de los trabajadores de las **cervecerías** “Córdoba y “Río Segundo”, conducidas por los anarquistas; y la de los obreros de las **curtiembres**, de la que surgirían destacados dirigentes obreros comunistas como Rufino Gómez. Los **tranviarios** de la empresa del tranvía eléctrico –inaugurado en agosto de 1909 por una compañía inglesa de la que era abogado el Dr. Arturo M. Bas, también radical clerical de la “Corda Frates”– exigían igualmente la jornada “científica”, como se la llamaba, de ocho horas, ya que trabajaban hasta 12 por día. La empresa no quiere otorgarla y reemplaza los coches parados por otros a tracción a sangre, vigilados por tropas del Escuadrón. Se producen choques en el puente Avellaneda, con 9 trabajadores heridos, y otros en la esquina de Alvear y Catamarca, de los que resultan dos muertos. Con las mismas exigencias estalla la huelga en el **Molino Leticia**, de Juan y Domingo Minetti, donde 120 huelguistas son atacados por la policía, con un saldo de varios molineros heridos de bala.

Este Año '18 es también el año de la **unidad obrero-estudiantil**. De hecho, esta unidad había comenzado a gestarse ya desde 1914, cuando Pablo B. López, en su periódico “Nueva Vida”, planteaba los problemas universitarios junto a los de la clase obrera y cuando los sindicatos influenciados por los socialistas apoyaron en 1915/16 a los nacientes Centros de Estudiantes de Medicina y de Derecho. Al estallar el 15 de junio de 1918 el movimiento de la Reforma Universitaria, orientado a erradicar de la Universidad una educación elitista y reaccionaria, el PSI y la FOLC se pronunciaron repetidamente a favor de los estudiantes. La central obrera realizó con ellos actos de masas y explicó incansablemente

a los trabajadores que estos universitarios eran muy distintos a los miembros de la “juventud dorada” que en 1909 y 1910 colaboraban con la policía en el asalto a sus locales, por lo que debían adherir a su programa de renovación de las Casas de Estudios. A diferencia de los anarquistas de la FORA y algunos sindicalistas que veían con cierta sorna a la Reforma Universitaria, los socialistas de la FOLC no mezquinaron su solidaridad a los muchachos, que frecuentaban asiduamente el local de la entidad en Ituzaingó 56, mientras que los dirigentes obreros se juntaban con los reformistas –Enrique Barros, Horacio Valdez, Saúl Taborda y otros- en el famoso sótano de Deodoro Roca en la calle Rivera Indarte para discutir los temas del momento y coordinar sus acciones. Cuando los reformistas preparan la ocupación de la Universidad para el 9 de septiembre de 1918 para forzar la intervención a la Universidad, envían una delegación de 40 estudiantes a la Federación Obrera, que en asamblea plenaria resuelve darle su apoyo total. Como contraprestación, en cada huelga obrera los estudiantes colaboran con oradores y piquetes de huelga que recorren la ciudad para hacer cerrar los negocios y empresas remisos a hacerlo.

Es después de estos sucesos que tiene lugar “una de las huelgas más memorables del movimiento obrero de Córdoba”, como dice Miguel Contreras. Fue la huelga que protagonizaron los **obreros del calzado** de “Céspedes, Tettamanti y Cía.”, la fábrica más grande de las 37 entonces existentes en la provincia, que proveían a todo el centro y norte del país. Había comenzado primero en las fábricas más pequeñas y culminaría con el paro en la de Tettamanti, donde estaba el grueso de la fuerza sindical de la rama. El movimiento duró casi dos meses, estuvo mantenido por continuas movilizaciones y mítines y triunfó por el decidido apoyo de la FOLC, los estudiantes y los profesionales liberales. La Federación organizó la ayuda para los huelguistas y declaró una Huelga General que paralizó totalmente a la ciudad por 48 horas:



“uno de los movimientos más grandiosos que haya visto Córdoba”, recuerda Contreras. No había transportes, energía ni alimentos; sólo a las farmacias se les permitía atender. Hasta los sacristanes adherían calladamente al movimiento, pero la “patronal” clerical, a cargo del Arzobispo Monseñor Zenón Bustos lo rechazaba porque sus protagonistas –decía– eran obreros “enfermos” de “las zonas endémicas de esta ciudad [...] lisiados ya de socialismo y con su corazón lacerado por el odio a la burguesía y al capitalismo”.

Desde el primer día, habían adherido a la huelga los jóvenes profesionales reformistas de la Asociación “Córdoba Libre” y los estudiantes de la Federación Universitaria de Córdoba, quien lo hizo –según nota hecha llegar a la Federación Obrera– por entender que la huelga tenía “su más amplio justificativo en las más inicuas exacciones soportadas por la clase obrera” y porque la FOLC, “mientras se desarrollaron los recientes acontecimientos universitarios, acompañó a los estudiantes con su adhesión enérgica y decidida”. Invariablemente, un estudiante hablaba en los actos públicos junto a dirigentes de cada tendencia del movimiento obrero: “eso era ley”, dice Contreras, quien asegura que a esos mítines asistían entre 15 y 20.000 personas. Finalmente, dividida la patronal –los establecimientos menores ya no podían aguantar el paro– y presionado Tettamanti por el gobierno, las patronales del calzado accedieron a todo cuanto pedían sus obreros.

Este movimiento selló por muchos años la unidad obrero-estudiantil, la primera de América Latina, quebrada por el estudiantado en 1945 al pasarse al frente oligárquico-imperialista que enfrentó al peronismo. Sólo años más tarde se constituyó, en el Perú, en el seno del APRA, el “frente de los trabajadores manuales e intelectuales”, como les llamaba su jefe, Víctor Raúl Haya de la Torre.

Por lo demás, ambas alas del movimiento popular –estudiantes y obreros- sentían enorme simpatía por la Revolución Rusa, y se aprestaban a celebrar el 1° aniversario de su triunfo. José Ingenieros, numen de una fracción del reformismo, dicta en Buenos Aires, el 22 de noviembre de 1918, su célebre conferencia sobre “La significación histórica del movimiento maximalista”, mientras que los militantes del PSI y los “anarco-comunistas” de la FORA realizan huelgas y manifestaciones de adhesión. El PSI, hegemónico en la FOLC, realiza la suya en Córdoba en los primeros días de diciembre. Comienza a caldearse en todo el país el ambiente que llevará a la “**Semana Trágica**” de Buenos Aires de enero de 1919.

Como es sabido, esta es la culminación sangrienta de la huelga de los obreros de las industrias Vasena y de la decisión de los anarquistas “quintistas” de lanzar la “huelga revolucionaria”, que alarma a las clases dominantes y al propio gobierno yrigoyenista, quien permite los pogroms antijudíos y antobreros y la sangrienta masacre del 7 de enero de 1919. La “FORA del IX Congreso” declara entonces la huelga general de repudio, que se extiende a toda la nación y durará una semana.

En el noroeste de Córdoba, un grupo de alrededor de mil trabajadores ferroviarios de **Cruz del Eje** –con la adhesión de maquinistas y foguistas que desacatan la moderación aconsejada por su propio gremio- se declaran en huelga el día 11, ocupan la ciudad ondeando banderas revolucionarias, crean órganos de administración de los alimentos esenciales y derrotan a la policía local. Sólo mediante la utilización de las fuerzas del Regimiento 15 de Infantería de la vecina Rioja consiguen las autoridades recuperar la ciudad “roja” el día 13.

En esta misma fecha, en Córdoba, la FOLC y la FUC repudian los hechos en un comunicado conjunto y lanzan la huelga de solidaridad por 48 horas, que es prohibida por las

autoridades pero igual se lleva adelante. Se completa con la manifestación del día siguiente, a cuya finalización la policía carga contra los integrantes sable en mano. También se producen enfrentamientos frente a la redacción de “La Voz del Interior” –que sostenía la huelga- en ocasión de una contra-manifestación propiciada por el gobierno radical para, dice Bischoff, apoyar “a la política gubernativa y patronal”. Elementos civiles de la oligarquía y fuerzas policiales atacan al matutino a balazos y penetrando en la redacción arrestan a las víctimas del atentado: Director, secretario de redacción y periodistas. Otro enfrentamiento tiene lugar frente al diario “La Tarde”. Como los demás, el gremio ferroviario adhiere al paro, pero “La Fraternidad” se declara prescindente.

Por su parte, la oligarquía cordobesa reacciona rápidamente, creando el “Comité Patriótico de Córdoba” para oponerse al “maximalismo exótico y disolvente”, al que sigue la creación de una filial de la siniestra “Liga Patriótica Argentina” de Buenos Aires. Desde entonces, los “liguistas” estarán presentes en todas las represiones a los trabajadores como auxiliares de la policía y organizadores de crumiros y rompeshuegas. Sus dirigentes y principales activistas no eran, como podría creerse, únicamente miembros de la reacción conservadora de Córdoba: así como la “Liga” era presidida nacionalmente por un radical, el Dr. Manuel Carlés, así también la filial de Córdoba encuadraba a muchos miembros del ala derecha de la UCR local, como Andrés Rampoldi. En el interior –en General Roca, Leones, Laborde, Bell Ville, Villa Maria, Morrison...- los Jefes departamentales organizan a los comerciantes y propietarios temerosos del “maximalismo” y ponen la organización a disposición del Gobernador..

En los meses siguientes, aún bajo el gobierno de estos radicales de derecha (conocidos como “azules), el proletariado de Córdoba llevará adelante algunas importantes huelgas en el interior, en cuya estela se crea la “Federación Obrero

Provincial de Córdoba” (**FOPC**), impulsada por la FOLC de Capital, que durante meses había venido organizando Federaciones Obreras Locales en varias localidades de la provincia: Río Cuarto, Villa María, Marcos Juárez, San Francisco y otras. Terminado este trabajo preparatorio, se reúne en Córdoba los días 17, 18 y 19 de abril de 1919 el Congreso Constitutivo de la Central provincial, cuyo Manifiesto dice que la FOPC se propone “el derrumbe de la sociedad capitalista para establecer el Patrimonio Universal [...], la propiedad en común de la tierra, de los intereses de producción, del arte y de la ciencia”. A su frente se coloca al dirigente más querido de la clase obrera cordobesa: Pablo B. López, cordobés él mismo, tipógrafo, periodista y dirigente del PSI y del sindicalismo local, organizador sacrificado del gremialismo rural de su provincia, a la que había vuelto en 1913 después de una larga ausencia. Fundador y editor de “Nueva Vida” en 1915, como vimos, había creado también en febrero de 1918 el periódico “Acción Proletaria” como órgano del PSI Sección Córdoba. Fallecerá en esta ciudad en 1929.

En la nueva central producto de sus empeños, convivirían la corriente marxista de López y Contreras –hegemónica-, algunos sindicalistas, socialistas (como los tranviarios) y los combativos anarquistas de los sindicatos de panaderos, cerveceros, ferroviarios “autónomos” de Cruz de Eje y otros. Entre los principales dirigentes que acompañan a López en su gestión están Miguel Contreras, Lindor Morénigo, José María Cambor, José Gigena, Jacobo Arrieta, Francisco Núñez, Pedro Rodríguez y otros. En Córdoba capital, los obreros del riel estaban agrupados en el “Sindicato Autónomo Ferroviario de Tráfico y Talleres”, dirigido por I. Vallejos, respetado anarquista proudhoniano, tornero-ajustador del Depósito de Locomotoras del FCCA (después F.C.G.Mitre).

Así va llegando a su término el gobierno clerical de Julio C. Borda (Loza había renunciado años atrás). El 17 de

mayo de 1919 Borda debería entregar el gobierno a la fórmula del Partido Demócrata vencedora en los comicios del 17 de noviembre anterior (Rafael Núñez- Jerónimo del Barco), pero aún así, como se ve, se había dado tiempo para impulsar las últimas represiones de su administración.

El nuevo gobernador, representante del ala más reaccionaria de su partido, proseguirá y acentuará aún más la política represiva de su antecesor. “Nos persiguió mucho”, recordaría Miguel Contreras medio siglo después. Serían sobre todo los trabajadores rurales los más castigados por la administración de Rafael Núñez.

## **7. LA LUCHA DE LOS OBREROS RURALES**

Cárcano, como vimos, había hecho una serie de concesiones a determinados sectores pequeñoburgueses de los asalariados. El mismo gobierno de Rafael Nuñez, pese su brutalidad, hizo dictar –claro que bajo la presión y la continua lucha de los trabajadores- la ley de la jornada de ocho horas en dos turnos (3-9-1919), limitó el trabajo de mujeres y niños (16-10-1919) y empezó la construcción de un barrio de viviendas obreras (10-12-1921). Como los terratenientes *torys* en Inglaterra, que impulsaron la legislación laboral porque no los afectaba directamente, así en Córdoba la elite política que representaba a la aristocracia latifundista no tuvo mayor inconveniente en dictar leyes de protección al trabajo cuyo peso recaería sobre industriales y manufactureros urbanos, especialmente, y no sobre los dueños de estancias y latifundios, que ejercían en las zonas rurales un dominio que no estaban dispuestos a recortar ni compartir, y menos con los trabajadores rurales. Para este ámbito no habría tolerancia alguna ni leyes de protección al trabajo rural. Los obreros del campo cordobés deberían esperar, como los del resto del

país, el advenimiento del peronismo para obtener el “Estatuto del Peón”, escándalo y *bete noire* de la oligarquía latifundista.

Estos trabajadores eran un producto histórico de las nuevas condiciones económicas y sociales que se desenvolvían por entonces en la Pampa húmeda cordobesa, según una distinción básica: en las zonas del Este, Centro-este y Sureste, estaba prácticamente terminado en la época de Núñez el proceso de poblamiento y colonización capitalista que había llevado al predominio de la pequeña y mediana propiedad agraria, mechada de grandes estancias en algunas regiones excepcionales; en cambio, en los departamentos meridionales –en el gran espacio al sur de río Cuarto, digamos– la hegemonía pertenecía al latifundio ganadero o baldío de la oligarquía porteño-cordobesa, la cual había adquirido por centavos vastas extensiones después de la Conquista del Desierto (1879-1880). En estas ubérrimas llanuras, el criollaje que era su antiguo dueño y morador, había perdido su libertad sin límites o sus pequeñas posesiones agrarias para convertirse, en la prolongación de su descendencia, en una capa de trabajadores que penaba en condiciones cuasi-serviles, lo mismo que la masa de los migrantes argentinos nativos que bajaban desde los empobrecidos departamentos del Norte para conchabarse en las tareas estacionales de la producción cerealera, así como los peones italianos “golondrinas”.

Algunos tenían carácter permanente, como los peones de las estancias o de algunas chacras gringas, los estibadores del ferrocarril, los empleados de patio de los Almacenes de Ramos Generales, los conductores de carros y luego de camiones, etc.; otros, en cambio, eran sólo temporarios; recolectores de maíz, cosechadores, obreros de las máquinas trilladoras, etc. Podríamos incluir, con criterio amplio –ya que su existencia dependía de la expansión de la economía agropecuaria– los trabajadores de las pequeñas ciudades,

como San Francisco, Villa Maria, Bell Ville, Marcos Juárez, Leones y cien localidades más, como ser molineros, ladrilleros, panaderos, gráficos, costureras y hasta metalúrgicos, como los de las Industrias Miretti de San Francisco.

Muchos estudiosos del tema se han preguntado porqué siendo la Argentina un país fundamentalmente agro-exportador, no existieron casi conflictos obreros rurales ni visos de agremiación en gran escala prácticamente hasta los años 1917/18. Indudablemente el hecho obedece, al menos en Córdoba, a los altos salarios rurales (hasta seis veces superiores a los urbanos), producto de una gran expansión económica agraria combinada con una oferta insuficiente de mano de obra; al carácter disperso y atomizado del proletariado rural; a la inexistencia de tradiciones de sindicalización previas, y a la paralela ausencia de líderes agrarios locales, que debían ser suplidos por los sindicalistas de la ciudad de Córdoba, que entonces debían “atender” —así se decía— a las nuevas situaciones que se iban planteando en el ámbito rural. Es notable que en 1904, cuando ya estaban surgiendo los primeros sindicatos modernos en la capital, en Río Cuarto —como lo comprobó Biale Massé— “no hay más sociedades obreras que el Círculo Católico y las de socorros mutuos”. Ni hablar de pueblos menores o zonas netamente rurales. Por excepción, aparece en 1911 un “Centro de Estibadores” en Inrville (Departamento Unión) y en 1914 un “Sindicato de Carreros” en Corral de Bustos, porque hasta 1917 las resistencias laborales de los trabajadores son espontáneas, dispersas y sin dirección: multitudinario asalto de los braceros a los trenes para ser transportados a los lugares de labor, como en San Francisco en octubre de 1914, o asambleas de igual carácter en las calles o plazas del pueblo para ponerse de acuerdo en los salarios a exigir, como en Morteros todavía en 1920, etc.

Las **condiciones de trabajo** en el agro cordobés eran entonces brutales y, a la vez, frágiles: las labores se hacían “de estrella a estrella” (15 horas), con un breve descanso para comer; la atención sanitaria era inexistente, igual que la jubilación o las indemnizaciones; los accidentes, frecuentes, y no eran raras las muertes por explosiones de las calderas de las trilladoras; la alimentación era insuficiente e inadecuada, tanto que los empleadores cerealistas proporcionaban a sus peones la famosa damajuana de “agua con caña” para compensar la energía que les faltaba; los estibadores debían cargar y descargar todo el día bolsas de 70 kilos; el descanso nocturno se hacía en los galpones o “cuadras” directamente en el suelo, pero si los trilladores eran sorprendidos en el campo por una fuerte lluvia, debían refugiarse en un nicho a contraviento que debían cavar apresuradamente en la parva que estaban levantando; la cosecha del maíz se realizaba manualmente, mazorca por mazorca, y al pasar de una chacra trillada a otra por trillar, toda la cuadilla cosechadora (alrededor de 20 obreros) debía atravesar los campos por largos kilómetros a pie y al rayo de un sol abrasador detrás del “vapor” (motor tractor) y la maquina trilladora. Estos peones no tenían protección alguna contra el dañino polvillo de la paja del trigo, y no existían ni descanso dominical ni sábado inglés para nadie.

Cuando la inquietud por estas condiciones y por aumentar los salarios comenzó a hacerse notar en los campos cordobeses en el verano del año agrícola 1917/18, todas las tendencias ideológicas se lanzaron a organizar a fines del último año mencionado a los braceros, estibadores, carreros y demás trabajadores rurales tratando de sumarlos a sus respectivas perspectivas. **Los anarquistas** de la FORA quintista crearon a esos efectos la “Unión de Trabajadores Agrícolas” (UTA) y, teniendo un desarrollo particularmente fuerte en Rosario y su zona circundante, comenzaron a sindicalizar a los trabajadores de los departamentos cordobeses cercanos



(Unión y Marcos Juárez), logrando así grupos organizados en Bell Ville, en Álvarez, en Leones (donde constituían la Agrupación “Rebeldía”) y en algunos pueblos con sus “Sindicatos de Oficios Varios”. “En Córdoba y La Pampa la UTA tuvo escasa presencia”, resume Eduardo Sartelli. **Los socialistas** juanbejustistas, como partido, actuaron gremialmente sobre todo en el norte de Buenos Aires y en Córdoba prácticamente sólo en Río Cuarto y en la zona de San Francisco. Mayor actividad tuvo la **“FORA del IX Congreso”** (sindicalistas y socialistas) que consiguió agremiar a los trabajadores rurales de Chañar Ladeado, Mattaldi, Jovita, Marcos Juárez, General Levalle, Peyrano, y Arroyito, El Tío, La Francia y Devoto. Estos cuatro últimos sobre la línea del FC Central Córdoba. Pero fueron **los hombres de la FOPC**, y dentro de ella los socialistas internacionalistas (en breve comunistas), quienes desplegaron la mayor actividad en los campos y organizaron la mayoría de los sindicatos rurales, desde su centro en la Capital cordobesa. Miguel Contreras ha descripto la heroica metodología empleada entonces para realizar esta actividad: “No fue fácil: para trasladarse sólo había servicio de trenes, y la Federación se sostenía con las cotizaciones –muy pocas– que aportaban los sindicatos [...] Todas las giras al interior de la Provincia se hacían así: Nosotros salíamos de Córdoba, por ejemplo hasta Oliva. Y ahí los compañeros hacían una suscripción y nos daban la plata para ir un poco más lejos, hasta Marcos Juárez. Y en Marcos Juárez, por ahí nos decían: para el otro lugar es cerca, comemos un asado y nos vamos en sulky. Algunas veces se perdía el tren y había que ir a pie. Eso nos pasó muchas veces. Le pasó a Pablo López que fue a atender una huelga en Fotheringham y como la plata le alcanzó para dos estaciones antes, se largó a caminar. Llegó a las 12 de la noche, pero llegó. Con él llegaba la Federación Obrera, poderosa pero sin plata. A mí también me sucedió varias veces, y a la demás gente”.

Los resultados fueron óptimos para la Federación Obrera: se fortalecen las Federaciones Obreras Locales (Río Cuarto, Marcos Juárez, etc.), se organizan sindicatos como la “Unión General de Estibadores” de Hernando, la “Sociedad de Estibadores y Carreros” de Leones, la “Sociedad de Estibadores Unidos” de Oncativo, y las sociedades de resistencia de Jovita, de Mattaldi y de tantos otros lugares de la llanura pampeana donde hay peonadas rurales y estibadores decididos a hacer valer sus derechos. De modo general puede decirse que los trabajadores rurales, en el álgido periodo 1918/1921, exigían –aparte de peticiones específicas según el lugar- reducción de la jornada de labor, mejor alimentación, Bolsa de trabajo, reconocimiento de sus organizaciones gremiales y aumento de salarios, que habían quedado retrasados por los años de desocupación soportados en la época de la Guerra Mundial que está terminando. Las reclamaciones se dirigían a los empresarios cerealeros, a los chacareros gringos y a los propietarios de las máquinas cosechadoras, todos los cuales en gran parte no podían acceder fácilmente a esas demandas porque la economía agraria recién comenzaba a recobrase de los años de recesión. De allí la dureza de los enfrentamientos habidos en toda la pampa cerealera en todo este período.

Waldo Ansaldi ha recopilado prolijamente las huelgas y movimientos de protesta que alteraron la tradicional tranquilidad del medio rural, y que aquí sólo citaremos rápidamente: en enero de 1919, huelga en Leones; en febrero/marzo: tareas de propagandización del sindicato de Hernando; marzo, abril y mayo: van a la huelga los trabajadores de Laguna del Monte, Camilo Aldao y General Baldissera; julio: huelga de los estibadores de Hernando, que se repite en agosto; en septiembre se declara una huelga general en Río Cuarto en solidaridad con sus estibadores y molineros, con mitines de 2.500 personas, enfrentamientos con la policía y decenas de detenidos; a fines de este mes, se sienten las re-

percusiones de los sucesos riocuartenses en Isla Verde, Arias, Oliva y Villa María cuya FOL declara una huelga general; el 14 de noviembre se declara la Huelga general por tiempo indeterminado en toda la provincia, que instrumentan la FOL y la FOPC, que han formado el “Consejo Federal Mixto”. Muy reprimido en Capital, aunque acatado en los pueblos de la llanura agraria, el paro debe levantarse el 26. La FOL sale de él bastante debilitada. También en este mes paran los estibadores y carreros de Oliva y de la vecina Oncativo y en diciembre los de Tancacha.

Ante la proliferación de los conflictos y el carácter violento que la intransigencia patronal les otorga, el gobernador Núñez, ratificando su doctrina no escrita de que los asuntos sociales son meras cuestiones delictivas a cargo de la policía, solicita a la Legislatura, en noviembre, una ley que lo autorice a aumentar los efectivos del tristemente célebre Escuadrón de Seguridad, persecutor de obreros y estudiantes.”La Voz del Interior” comentará: “El gobierno que preside el Dr. Núñez es enemigo del obrero, perseguidor sistemático del hombre que tiene una conciencia honrada”. Pero no pudo conseguir la anuencia del Presidente Irigoyen para sus persecuciones, porque cuando en 1919 le preguntó si el gobierno nacional enviaría fuerzas para reprimir una de las huelgas del período, el caudillo radical le hizo contestar por el Ministro del Interior: “Me permito insinuar a V.E. la conveniencia de encuadrar la acción hacia las soluciones conciliatorias entre el capital y el trabajo, llenando así el gobierno por sobre todo su esencial función de poder regulador” [...] La solución de las emergencias sociales de cualquier orden no se halla jamás en las medidas de violencia”

El año agrícola 1919/20, que tanto preocupaba al gobernador, no sería efectivamente un período de calma, sino de “emergencias sociales”: “En enero de 1920 -escribe Ansaldo- toda la zona agrícola del sur y del este de la provincia

están afectadas por actos de violencia, incendios de parvas y de sembrados. Los disturbios se incrementan, preludiando la huelga general agraria”. En ese mes de enero, paran los obreros de las trilladoras en Corral de Bustos y Las Perdices y los estibadores, carreros y braceros en Canals, Laborde, Gigena y Laboulaye, mientras se producen desórdenes y protestas en Las Varas, Las Varillas, La Carlota, Alejandro, Bell Ville y Leones. En mayo, junio y julio menudean las denuncias de trabajadores y vecinos por otros tantos atropellos policiales en General Roca, Las Perdices, Oncativo, Río Cuarto, Moldes, Baigorria, Gigena y Elena. En Julio/agosto, los anarquistas “quintistas” dirigen una violenta huelga de carreros y estibadores de Corral de Bustos, que termina con la contratación masiva de esquirols reclutados por la “Liga Patriótica”, y 30 jornaleros detenidos y enviados a las cárceles de Córdoba.

Al iniciarse el año agrícola 1920/1921, reaparece la agitación rural con movimientos huelguísticos en noviembre de 1920 en los departamentos de General Roca y Marcos Juárez, principalmente, y las localidades como Monte Maíz, Inrville, Colonia Italiana, Corral de Bustos e Isla Verde, donde la “Liga Patriótica” dispone de una agresiva brigada de “scuadristi”. El 30 de este mes se desata en **Hernando** (Departamento Tercero Arriba) la que Contreras llamará “una huelga histórica” de estibadores y trabajadores de las trilladoras. Se producen manifestaciones de más de mil obreros, actos de disuasión contra los *crumiros* y se resisten los ataques de la policía, con el resultado de un agente muerto y varios heridos. Los líderes del movimiento, los anarquistas Lucas Buratovich y Eugenio Hassanán, son remitidos presos a Río Cuarto junto con 70 obreros. Los delegados de la FOPC que tratan de interceder son también detenidos.

En diciembre del ‘20, paran estibadores y carreros de Idiazábal y braceros de Morteros.

## 8. LAS GRANDES MOVILIZACIONES DEL AÑO '21

En enero de 1921, hay largos conflictos en Los Surgentes y San Marcos Sud -con hechos de represión policial en ambos- y reclamos del sindicato de estibadores de **Leones**.

Esta última movilización, que durará hasta el 17 de febrero, está también dirigida por los anarquistas “quintistas” que conforman la “Agrupación Rebeldía” de esa localidad, terminando también por la acción de las fuerzas de represión al servicio de los patrones. En esta protesta obrera puede observarse con claridad meridiana una constante que en mayor o menor medida está presente en todos los movimientos que dirigen los anarquistas: los trabajadores no huyen frente a la policía y los “liguistas” ni se dejan apalear como mansos corderos, sino que, por el contrario, enfrentan con armas de fuego al Escuadrón de Seguridad y otros efectivos policiales. En el caso de Leones, 200 huelguistas armados, a pie y a caballo, enfrentan resueltamente a los soldados que llevan detenidos a un grupo de compañeros, en un encuentro que dura casi una hora y donde se intercambian dos mil disparos. Con los refuerzos que recibe, la policía hace retroceder después a los trabajadores, que se parapetan en el local sindical, y allí resisten a los balazos durante dos horas el ataque de las fuerzas represivas. Finalmente, con varios heridos graves en sus filas, los anarquistas levantan bandera blanca y se entregan. Tres muertos, varios heridos y 90 obreros encarcelados es el saldo de la “batalla de Leones”, donde la tradición soterrada pero viva de las montoneras criollas se une al heroísmo anti-autoritario del anarquismo combatiente.

La concepción de **la autodefensa armada obrera y popular**, instrumentada por los anarquistas pero no desdénada por los militantes comunistas y hasta por algunos

socialistas de izquierda, tendrá aún vigencia por años en la provincia. Tanta que en el acta-acuerdo entre empresarios y trabajadores rurales firmado el 16 de febrero de 1929 para poner fin a la huelga en Alcira Gigena (dep. Río IV), se establece en su artículo 7°: “Queda terminantemente prohibido la portación de armas...”. Es también conocido el célebre episodio de Plaza de Mercedes, en noviembre de 1935, cuando bajo la consigna de Sabattini de que “hay que defender el comicio”, un grupo de radicales provistos de armas largas se traslada a dicha población para impedir el fraude que planeaban los conservadores en las elecciones complementarias que lo consagrarían Gobernador, con un saldo de varios muertos y heridos.

Tres días después de los sucesos de Leones se da el último gran movimiento agrario del año '21: la huelga de obreros cerealeros, carreros y estibadores de **Oncativo** que exigen el reconocimiento de sus sindicatos por la patronal. Enconado el enfrentamiento, interviene otra vez la policía local, reforzada por el Escuadrón de Córdoba. Los trabajadores resisten con sus armas y matan a un represor, mientras que sus mujeres, después de haber organizado la solidaridad, colaboran ahora arrojando piedras al enemigo. Otra verdadera batalla se ha desatado en el pueblo y en la estación ferroviaria, pero al final los obreros deben rendirse y son encarcelados en alto número.

Aparte de las huelgas agrarias de principios de 1921 que hemos visto, se dieron todavía en capital y provincia otras memorables movilizaciones: la de los molineros y las de los **ferroviarios**. Esta última fue una huelga general declarada por los obreros del riel el 3 de febrero en el Ferrocarril Central Córdoba, empresa con la cual los trabajadores tenían un problema de arrastre desde agosto del año anterior por las suspensiones arbitrarias de algunos guardas y la demora en tratar el Escalafón ferroviario. Por ello, los ferro-

viarios comenzaron a trabajar a reglamento desde el mes de enero, terminando el conflicto con una nueva mediación del Ministerio de Obras Públicas de la Nación, que presionó a la empresa inglesa para reincorporar a los guardas suspendidos y abonar los días no trabajados por ellos. Pero como el Central Córdoba se negara reiteradamente a cumplir esta parte del arreglo, la Sección Alta Córdoba declaró la huelga el 3 de febrero, como dijimos. A su vez, “La Fraternidad” ordenó volver al trabajo a reglamento desde el día 7. Intervino entonces otra vez el Presidente Yrigoyen que prometió que el Estado ayudaría a redactar el Escalafón solicitado y ordenó a la empresa pagar los salarios caídos, con lo cual se levantaron las medidas instrumentadas.

La otra huelga importante, la de **los molineros**, se produjo cuando los dueños del “Molino Leticia” desconocieron el pliego de condiciones de trabajo y despidieron al Secretario General del gremio —que era Contreras— y a la mayor parte de los afiliados más decididos y activos. El sindicato, reaccionando rápidamente, declaró la huelga en cinco molinos de la ciudad: el mismo Leticia, el Centenario, Córdoba, Río de la Plata y Minetti. La patronal, con el apoyo del gobierno provincial, contrató esquiroleros que mantenían la producción de harina comiendo y durmiendo en el interior del molino, pero los trabajadores bloquearon los portones y los caminos aledaños para evitar la circulación de los camiones cargados con el producto. Ello llevó a grandes y sangrientos enfrentamientos con el Escuadrón de Seguridad, que atacaba a mansalva a los obreros que lo enfrentaban en las barrancas del Pucará, vecinas al establecimiento. De todas maneras, la huelga se perdió y debió ser levantada para evitar la destrucción completa del sindicato, que los dirigentes del CPG habían ayudado a organizar en 1916. En San Francisco, la huelga de los trabajadores del “Molino Río de la Plata” es derrotada mediante los métodos aconsejados por la “Liga Patriótica”: la gerencia solicita el auxilio del gobierno pro-

vincial y éste remite al temible Escuadrón de Seguridad, que apalea ferozmente a los obreros sanfrancisqueños.

También se hallaban en conflicto en Capital los cerveceros, conductores de carros y obreros del calzado. Como la FOPC trataba de coordinar éstos y otros movimientos parciales, la policía de Núñez allana el 21 de febrero el local de la Federación y detiene a su plana mayor, desde López y Cambor (su Subsecretario General) para abajo. La FUC cede su local en la Casa del Estudiante para nuevas asambleas obreras —algunas de hasta 2.000 personas— pero las autoridades ordenan de inmediato su allanamiento y clausura. Con razón Núñez proclamaría altaneramente en mayo: “Tengan la seguridad que bajo mi gobierno no triunfará ninguna huelga”. Para eso estaba el Escuadrón de Seguridad y las cárceles.

Pero antes tendría que soportar todavía un último disgusto: las manifestaciones y mítines de la FUC y de las organizaciones obreras durante los días 2 y 3 de marzo, especialmente, que reúnen hasta 10.000 concurrentes. Naturalmente, son disueltas a sablazos por el Escuadrón de Seguridad. El 3, se declara la huelga general en toda la provincia, con gran acatamiento en el interior y menor en Córdoba, pidiendo la devolución de los locales sindicales y la libertad de los presos, que se consigue finalmente a mediados del mes.

En estos días estaba en pleno desarrollo la larga huelga de los conductores de **carros** (nombre genérico de los coches fúnebres, coches “de librea o media librea”, servicio de remises y de “viajes al campo”), que solicitaba un aumento de salarios. Pese al acuerdo de la patronal —el “Centro de Propietarios de Carruajes”, que pensaba pagarlos con un aumento de la tarifa— las autoridades municipales se negaron a satisfacer las demandas de unos y otros. La huelga fue derrotada: los conductores fueron volviendo lentamente al trabajo y para el 20 de marzo ya estaba terminada.



Como dice Waldo Ansaldi, “Marzo de 1921 marca, prácticamente, el final de la movilización y conflictividad proletarias urbana y rural en Córdoba”.

## **9. ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO EN RÍO CUARTO, SAN FRANCISCO Y VILLA MARÍA.**

Al terminar el tercer lustro de del siglo XX , Río Cuarto –primera ciudad del interior provincial- tenía alrededor de 30.000 habitantes, según el censo nacional de 1914, y era un verdadero emporio regional, donde ya surgía entre los trabajadores la inquietud por agremiarse para la defensa de sus intereses. Precursoramente, se había creado ya en 1903 la “Sociedad de Obreros Panaderos”, posiblemente antecedida por la de los tipógrafos. Casi una década después –y seguimos en adelante a Gabriela Quiroga- aparece la primera filial local del Partido Socialista, autopropuesto como el partido de los trabajadores, que realiza una manifestación en agosto de 1912 exigiendo el abaratamiento de la carne. Después, “con la aparición de *El Nivel* el 4 de noviembre, se cristaliza el primer órgano de la clase obrera local, aunque de vida limitada”. Militantes del PS serán quienes impulsen la creación, en 1914, de la “Sociedad de Obreros Albañiles y Anexos”

En 1915, expulsado Alfredo Palacios de su partido por la camarilla de Juan B. Justo y Repetto por sus posiciones socialistas nacionales, un grupo de jóvenes dirigentes y militantes riocuartenses deciden en diciembre del mismo año organizar el “Centro Socialista”, filial local del Partido Socialista Argentino de Palacios. Presidirá este Centro Juan B. Segat, quien explicará que el Socialismo Argentino busca “alcanzar una finalidad superior de fundamental transformación social [...] para que los medios de producción y cambio

sean de propiedad colectiva, y el predominio y la explotación de clase no tengan razón de ser”. En 1918-21 –primera presidencia de Irigoyen- activistas locales y enviados de la Federación Obrera Local de Córdoba (FOLC) impulsan la creación de varios sindicatos: la “Sociedad Unión General de Mozos” y la “Sociedad de Chauffeurs y Mecánicos” en 1918; y la “Sociedad Unión Empleados de Comercio”, la “Sociedad Unión de Cocineros y Anexos”, la “Sociedad de Propietarios y Conductores de Carruajes”, “la Sociedad de Resistencia Unión de Obreros Sastres” y la “Sociedad Unión Obreros Carpinteros” en 1919. Sumados, todos estos gremios o “sociedades de resistencia”, constituyen la “Federación Obrera Local” de Río Cuarto (FOLRC), que junto con la de Córdoba capital y otras federaciones departamentales que los “socialistas internacionalistas” del PSI consiguen estructurar, dan lugar en abril de 1919 a la aparición de la Federación Obrera Provincial de Córdoba (FOPC), como ya mencionamos antes.

En septiembre de este año, con el patrocinio de la FOLRC, la “Liga de Resistencia” de los hombreadores y estibadores de la ciudad lanza una huelga de dos semanas reclamando aumentos de salarios y la vigencia de la jornada de 8 horas. Con ellos se solidarizan molineros, barraqueros y trabajadores de la electricidad, por lo que el Intendente Luis Daguerre se ve obligado a mediar para que las partes enfrentadas llegaran finalmente a un acuerdo. Un segundo conflicto importante se daría el año siguiente con la huelga de los tipógrafos riocuartenses de la “Sociedad Unión Gráfica Riocuartense”, que perjudicó por un tiempo la aparición de los periódicos locales, como “El Pueblo”.

En 1921 se registra el surgimiento de la “Sociedad Lecheros Unidos de Río Cuarto” y la “Sociedad de Obreros Municipales”, y dos años más tarde la huelga que declara la FOLRC en repudio al asesinato de un militante anarquis-

ta y la que a continuación mantiene durante casi un mes el gremio de Albañiles hasta conseguir la satisfacción de sus reivindicaciones.

Para finalizar esta etapa primigenia del sindicalismo rioquiense, cabe mencionar el movimiento de los empleados municipales de la ciudad, que en 1926 ven rechazado por las autoridades comunales su petitorio de fijación de salario mínimo, pago de horas extras y seguro de vida, que habían presentado al Intendente Vicente Mójica.

**San Francisco** –fundada recién en 1886- experimentaba en las primeras décadas del siglo XX un gran desarrollo económico, impulsado por el crecimiento del sistema agropecuario exportador en el que se hallaba inserta la ciudad y su entorno. Ese desarrollo, se expresaba en una gran cantidad de talleres artesanales y comercios de las más variadas especies, pero sobre todo en la hegemonía de varias grandes empresas, empleadoras de decenas y aún de centenares de trabajadores italianos y criollos, tales como la elaboradora de cales de Alfredo Patrucco, que vendía en todo el país; los grandes molinos harineros de Iturraspe y de Boero, este último el más importante del Interior; las fábricas de carruajes de Curtino y de Carrá, el emporio fideero de Tampieri y Bavio, la fábrica de elementos para máquinas agrícolas y de máquinas agrícolas mismas de Miretti y Cia, las curtiembres, aserraderos, licorerías, confecciones y otras semejantes. El nivel de industrialización alcanzado entonces puede medirse por ser San Francisco la segunda ciudad industrial de la provincia, antes que Río Cuarto y Villa María, aunque su población era menor que la de estas ciudades.

Sin embargo, las primeras manifestaciones obreras no se deben a los trabajadores urbanos, sino a los peones rurales que desde otras zonas se desplazan a esta zona de San Francisco en épocas de cosechas, encontrándose a veces con la ingrata sorpresa de que sus servicios no son demandados. Tal

sucedió para la cosecha de 1911, cuando la plétora de mano de obra privó de ocupación a cientos y cientos de trabajadores, que a fines de noviembre de aquel año, empujados por la desesperación, asaltaron los trenes del Ferrocarril Francés para trasladarse y protagonizaron hechos de violencia. Encabezados por inmigrantes “golondrinas” italianos, no pudieron obtener ayuda alguna del Cónsul de Italia en la ciudad, pero el Comisario Ezio Belloni obtuvo para ellos que se carnearan 4 vacas y se distribuyeran 2.000 kilos de pan, remitiéndolos luego por tren a Rosario y Buenos Aires

El grado de concentración de los trabajadores de la ciudad —a los que hay que sumar todavía los de los tres ferrocarriles que convergían en la ciudad— y la acción organizativa de activistas llegados desde Córdoba facilitaron la aparición del movimiento obrero local, en el que predominó en un principio la ideología anarquista traída por algunos inmigrantes europeos. Se le sumaría luego el socialismo, que para 1914 contaba ya con un “Centro Socialista” local y después de 1918 se hará presente el comunismo, a través de la FOPC, que se encontraba bajo su control. En su zona influencia, aparecerán “Centros” socialistas incluso en pequeños pueblos como Arroyito y Porteña.

En el conflictivo período 1917-1921 que atravesó la provincia menudearon también los movimientos de fuerza de los trabajadores sanfrancisqueños. En 1917 se declararon en huelga los operarios de la Usina eléctrica, los fideeros y los molineros (que reciben la solidaridad de los caleros) y los obreros del riel. Estos últimos se enfrentaron el 22 de septiembre con tropas de la Marina (sic) enviadas en tren, con un saldo de varios heridos y la muerte del obrero Stuardi. En 1919, otro movimiento huelguístico de los ferroviarios —parte de uno nacional, como el anterior— volvió a conmover a la ciudad, lo mismo que el de los obreros del “Molino Meteoro” de Carlos Boero Romano, que terminó con una victoria,

incompleta por cierto, porque el reconocimiento del sindicato no fue admitido por la patronal. Tanto el sindicato de fábrica de este molino como los que se organizaban en las otras grandes empresas, como los que agrupaban respectivamente a los obreros de la construcción y de la confección (sastres y costureras), constituían un único "Sindicato de Oficios Varios" (SOV) de San Francisco, que en 1921 volvió a apoyar una durísima huelga de los trabajadores del "Molino Río de la Plata", comenzada en enero y reprimida por tropas policiales enviadas desde Córdoba, en un anticipo de lo que sería el "Tampierazo" de 1929. De 1921 hasta esta última fecha no hubo otras grandes movilizaciones obreras, salvo la que se produjo a mediados de los '20 cuando un Comité de huelga, compuesto por 14 activistas de todas las ideologías, reunidos en la Biblioteca Popular que llevaba el sugestivo nombre de "Máximo Gorki", resolvió poner en práctica una huelga de solidaridad y protesta por la muerte de un trabajador.

**Villa María** era definido en 1904 por Bialet Massé como "un pueblo por demás interesante, compuesto de agricultores, comerciantes y talleres, lugar de confluencia de cuatro ferrocarriles", donde únicamente los obreros del riel estaban representados sindicalmente, a través de la seccional local de la "Federación Obrera Ferrocarrilera", mientras que el resto de los trabajadores sólo disponía de organizaciones que tenían más bien el carácter de asociaciones de socorros mutuos que de gremios de resistencia. Pertenecían estos asalariados al gran Molino Fénix, a los tres grandes comercios de Ramos Generales y otros más modestos, a muchos pequeños talleres de distinta naturaleza, a la fábrica de cal y a otras ramas de la construcción y al trabajo agrícola. En los años subsiguientes fueron surgiendo, en parte debido al influjo de los socialistas internacionalistas de Córdoba, diversas organizaciones sindicales, que finalmente confluyeron en la "Federación Obrera Local" de Villa María (FOLVM), fundada el 27 de abril de 1916. Esta central se sumaba al

preexistente “Centro Católico Obrero de Villa María”, cuya personería legal databa de julio de 1914. Aparece también, bajo la influencia de los Dres. Juan B. Justo y Nicolás Repetto –dueños de una estancia vecina en jurisdicción de Tío Pujio desde 1909, de una extensión de 1.053 Hs.- un activo “Centro Socialista”. Entre las huelgas importantes en la ciudad cabe mencionar a la de los obreros del ferrocarril de 1917 y la de los ladrilleros de 1929, que triunfó después de dos meses de lucha.

## **10. LA EXPERIENCIA ELECTORAL Y LAS NUEVAS LUCHAS AGRARIAS**

Los seis o siete años que siguieron a éstos de grandes enfrentamientos coinciden con los de la presidencia radical de Marcelo T. de Alvear (1922-1928) y las dos gobernaciones demócratas en la provincia: Julio A. Roca hijo (1922-1925) y Ramón J. Cárcano, por segunda vez, en 1925-1928. Es la época de la relativa prosperidad de la postguerra, la reabsorción de una parte del desempleo y una reducción de la conflictividad social, lo que se aprecia en la disminución del número de huelgas y de huelguistas en la estadística nacional: del pico de 116 huelgas en 1922, se pasa a 93 en 1923, 77 en 1924, 89 en 1925, 67 en 1926 y 58 en 1927. Muchos de estos movimientos huelguísticos se produjeron en Córdoba, pero reducidos también en la proporción de la media general del país. Entre ellos, los de orden reivindicativo, como el de enfermeros, que dirigieron los hermanos Jesús y José Manzanelli, ambos militantes del Partido Comunista (antes PSI) y de la FOPC, Además, deben contabilizarse los mitines y actos públicos organizados por las centrales obreras y la FUC en el mismo año en repudio a las matanzas de peones rurales y dirigentes de la Patagonia realizadas por el Teniente Coronel Héctor P. Varela, y las tres huelgas que en 1927 lle-

vó adelante la FOPC, con apoyo de la FUC, en protesta por el juzgamiento y posterior ejecución de Sacco y Vanzetti en EE.UU en un despreciable simulacro de juicio legal.

Sin embargo, la característica original de la época fue la experiencia electoral hecha por los sedicentes partidos obreros, únicamente Socialista y Comunista, obviamente, ya que los anarquistas seguían rechazando la actividad política y reivindicando la acción directa. La participación en sucesivos comicios provinciales a partir de la gobernación de Roca (h) se debió no tanto a la fuerza política de ambos partidos capaz de imponer su intervención, sino a las necesidades de legitimación política del gobierno demócrata. En efecto, el hijo del Conquistador del Desierto había sido elegido por un reducido porcentaje de votantes y con la abstención masiva del radicalismo, disconforme con una ley electoral de Núñez que era una verdadera maniobra fraudulenta. Para compensar entonces el no concurrencismo de la UCR y el peligro de una intervención federal del gobierno de Yrigoyen, Roca incentiva la participación de los demás partidos, que no eran muchos: el PS, el PS y grupos católicos que se organizaban esporádicamente para concurrir a cada comicio importante. Así, la administración demócrata, variando la táctica de persecución y enfrentamiento de los gobiernos anteriores, actúa con mayor tolerancia hacia las organizaciones sindicales y los partidos proletarios, otorgándoles un cierto reconocimiento institucional.

Los partidos de izquierda aprovechan entonces la abstención del yrigoyenismo cordobés para obtener, con un mínimo de votos, representantes que jamás habrían obtenido de haber participado la UCR en los actos comiciales. El primero de ellos es el de la elección de constituyentes para modificar la Carta Magna de la provincia, que en 1923 brindan a los socialistas reformistas algunos convencionales, entre ellos Juan B. Justo y Nicolás Repetto, quienes, aunque eran porte-

ños, son elegidos en virtud de la ubicación geográfica de su estancia “La Verde”, que mencionamos arriba, en el Departamento General San Martín. Los secundan en la Convención Fermín P. Rivoire, Francisco P. Súnico, Ricardo Belisle y Edmundo S. Tolosa. Lo mismo ocurrió al año siguiente en la elección de diputados nacionales cuando la concurrencia es de apenas el 19% del padrón, suficiente empero para que el PD obtuviera seis diputados por la mayoría con 27.626 votos y el PS tres por la minoría (Ricardo Belisle, Juan F. Remedi y Edmundo S. Tolosa) con sólo 1.858 votos. El mismo año se realizaron las elecciones para diputados provinciales, por un mandato de un año, y el Socialismo, sobre la misma base de la no concurrencia de las mayorías populares, obtuvo dos legisladores -Isidoro Oliver y Angel Isern- y los comunistas uno: Miguel Burgas, que de este modo será el primer diputado comunista de América Latina. Los clericales, liderados por el Dr. Antonio Nores —el rector repudiado por la Reforma Universitaria en el 18- organizan para este comicio de marzo del '24 una agrupación *ad hoc*, el “Partido Popular de Córdoba” para disputarle a las organizaciones de izquierda el aprovechamiento de la abstención radical, obteniendo también él representación legislativa.

Burgas, sin dejar de lado los fines sociales últimos de su partido, aprovechó la banca legislativa como escenario del debate de varios proyectos que presentó en beneficio inmediato de la clase trabajadora: Inclusión de los trabajadores rurales en el régimen de las 8 horas y salario mínimo, por ejemplo. La utilizó también como tribuna para denunciar abusos y escándalos varios: la mutilación del derecho de reunión y expresión del propio PC al manifestarse contra el fascismo; la oposición a un proyecto de ley de los demócratas que suprimía las multas por falta de pago del impuesto inmobiliario, ya que los principales deudores eran los terratenientes de la provincia; igual oposición a destinar fondos oficiales para el entierro del represor ex-gobernador Rafael



Núñez; disidencia con un artículo de la ley de prohibición del trabajo nocturno en las panaderías que fijaba la posibilidad de que la Oficina del Trabajo autorizara excepcionalmente dichas actividades; oposición a la privatización del servicio eléctrico y formulación del concepto de la *municipalización* del mismo; rechazo a un empréstito interno por catorce millones de pesos, porque su pago recaería fatalmente sobre las espaldas de los trabajadores, rectificaciones al proyecto de Ley Orgánica Municipal, etc. De los proyectos de ley e intervenciones de Miguel Burgas el PC cordobés hizo millares de copias que se distribuyeron entre los trabajadores, con tan buena acogida que en las elecciones siguientes de marzo de 1925 los comunistas aumentaron de 400 a 900 votos su caudal, mientras que los socialistas bajaron de 1.800 a 1.100. Sin embargo, al concurrir en esta ocasión el radicalismo, la minoría correspondió a la UCR y los comunistas perdieron su banca.

Para estos comicios, los dos partidos mayoritarios habían tratado de organizar el apoyo de algunas franjas de trabajadores a sus respectivas posiciones políticas, a cuyo efecto crearon agrupaciones sindicales específicamente partidarias: los radicales, el “Sindicato Agrícola de Córdoba”, la “Unión de Empleados de Comercio”, la “Asociación de Maestros de la Provincia”, un grupo entre los ferroviarios y otras, y los demócratas el “Comité de Obreros Ferroviarios”, la poderosa “Unión del Magisterio y Amigos de la Educación”, presidida por el carcanista católico Emilio E. Sánchez, etc.

La dirección nacional del Partido juzgó muy favorablemente la acción legislativa de Burgas porque- según decía el Secretario General del PC, Pedro Romo, en su informe al Congreso partidario del 26/28 de marzo de 1925 en Buenos Aires- “la propaganda hecha sobre la base de las más sentidas necesidades de la clase obrera y campesina de Córdoba

(salario mínimo para todas las categorías de trabajadores, jornada máxima, mejores condiciones de vida en las chacras y estancias, etc. etc. ....) ha dado en el corto plazo de un año los resultados que no nos proporcionaron siete años de propaganda abstracta. Y conste que cuando hablamos de los resultados obtenidos no nos referimos únicamente al aumento de votos, que significan también aumentos de la influencia política y acercamiento a las masas. Nos referimos, también, al aumento de afiliados y lectores de nuestra prensa y, sobre todo, a la conquista de elementos que hasta ayer nomás eran nuestros adversarios en el orden sindical”.

En este mismo Congreso nacional se ratificó la táctica –propuesta por el partido de Córdoba- de avanzar en la formación de los “blocks de obreros y campesinos” para las próximas elecciones, con un doble objetivo: primero, “contrarrestar la circunstancial y activa propaganda de los partidos burgueses”, y segundo “vincular estrechamente en la lucha a los trabajadores de las ciudades y pueblos con los campesinos”. Durante tres años los comunistas prepararían pacientemente esta estrategia, visitando los pueblos del interior y obtendrían un pequeño fruto en 1928, aunque ya antes, en 1925, habían conseguido armar en San Francisco el “Partido Obrero y Campesino”, que compitió sin suerte en los comicios municipales del 15 de noviembre de ese año. Su lista había llevado como candidato a Intendente a Alejandro Toledo, a Concejales Titulares a Bernabé L. Carrizo, Justo Parodi, Roque G. Martínez, Pablo Secchi y Rosario Py, y al Tribunal de Cuentas a Miguel Dantona y Gotardo Niedemayer. Obtuvieron 24 votos contra 947 de la lista ganadora de Serafín Trigueros de Godoy..

Un balance más correcto que el de Romo mencionado arriba indicaría que con su concurrencia a elecciones proscriptivas y tramposas, socialistas y comunistas se desolidarizaban con las grandes mayorías nacionales –que integraban

más obreros y sectores humildes que los raquíuticos partidos de izquierda- y se automarginaban del proceso de liberación nacional que ellas intentaban aún oscuramente. En vez de hacer suyas las banderas históricas del pueblo argentino, presentando al proletariado como el portavoz más consecuente del conjunto de la nación oprimida por el imperialismo y la oligarquía nativa, ambas corrientes adoptaron una actitud estrechamente “obrerista”, que si era pan para hoy sería hambre para mañana. Lo mismo harían un cuarto de siglo después enfrentando al peronismo, pero en un nivel ya más abyecto: como simples lacayos de aquellas clases a las que deberían haber combatido desde la trinchera nacional y popular.

En el orden sindical, los comunistas, como sector mayoritario de la Federación Obrera Provincial, impulsaron una política unitaria para el proletariado argentino, que se encontraba dividido en tres centrales: la **vieja FORA “quintista”**, ahora simplemente FORA; la Unión Sindical Argentina (**USA**), surgida en 1922 por la confluencia de los anarcosindicalistas de la FORA del IX Congreso (que desaparece), los comunistas y los socialistas. Estos últimos se retiran de la USA y sobre la base de La Fraternidad y la Unión Ferroviaria, crean a su vez la Confederación Obrera de la Argentina (**COA**) en 1926. Precisamente en este año, la FOP de Córdoba, en su VI Congreso ordinario de febrero de 1926 adopta la resolución de propiciar un Frente Único, el envío de una delegación a la URSS y “la organización de sindicatos únicos en las localidades del interior, aconsejando su creación a las localidades que lo juzgaran factible”. Presentó las resoluciones al II° Congreso de la USA, que después de este evento comenzó a desgranarse perdiendo importantes sindicatos, hasta que en 1930 se fusiona con la COA socialista para constituir la Confederación General del Trabajo (CGT).

Un hecho de especial importancia para el movimiento obrero se produce el 10 de octubre de 1927: se inaugura **la**

**Fábrica Militar de Aviones**, cuyo personal será el núcleo inicial del moderno proletariado industrial de la provincia. Eran en ese momento –descontados los jefes- 65 obreros especializados, de los cuales 45 habían sido traídos directamente de los Talleres de la Escuela Militar de Aviación de El Palomar: Luis C. Cagnacci, Antonio Muzzopappa, Eduardo M. Caballero, Pablo Parasovchka, Pedro Rielo, Reynaldo Trangone, Carlos Beltrame, Octavio H. Scoppa, Carlos R. Villegas, Rafael Rapa, Ernesto Zatti, Pablo C. Masera, Pedro Carnevale, Juan A. Kobaslki, Augusto Dumestre, Antonio Del Santo, Juan A. Costallat, Enrique Masia, Jaime Barcesat, Héctor Eloy Lana, Elías Tortonessi, Armando Pedro Damo, Hércules Serra, Juan A. Gualdieri, Juan Scemboli, Alfredo Pedetta, L. Elizalt, Eduardo L. Ramos, Marcelino Justo González, Modesto Zárate, Juan Sapa, F. Usubiaga Cortés, Víctor Mazza, Martín H. Etchepare, Enrique D. Bissio, N. Sproviero, Gustavo F. Geröck, Antonio Guillén, Eufemio Barahona, José Francisco Merlo, Nazareno P. Fraticelli, José M. Campos, José María López, Plácido Torga, Tomás Andrada y Hugo Schorz. Este grupo, a medida que crecía la fábrica, resultó insuficiente: faltaban torneros, fresadores, ajustadores, rectificadores, hojalateros, montadores de motor, enteladores, etc. En diversas oportunidades se trató de contratar este tipo de trabajadores especializados en Buenos Aires, pero la falta de mano de obra adecuada amenazaba con hacerse crónica en la FMA, por lo que la superioridad dispuso que se los formara en el propio establecimiento, mediante cursos adecuados para los aprendices candidatos a operarios.

También en 1927, la FOPC y el PC en particular, impulsan las huelgas de solidaridad con Sacco y Vanzetti, como dijimos, mientras que los anarquistas crean las agrupaciones “Sacco y Vanzetti” y “Bandera de Combate” y en 1928 los mismos comunistas realizan una nueva experiencia electoral, obteniendo algunos éxitos parciales: consiguen un concejal

municipal en General Roca, departamento Marcos Juárez (José Caillet Bois, estibador rural) y otro en las Varillas (el peluquero Francisco Vaca). En marzo de ese último año, en los mismos comicios en que la fórmula radical Enrique Martínez-José Antonio Ceballos —en la ola del gran triunfo de Irigoyen— obtienen la gobernación contra el binomio demócrata, el “Block Obrero y Campesino” organizado por el PC, triunfa en la localidad meridional de Villa Huidobro (Departamento General Roca), imponiendo como Intendente a José Olmedo, obrero rural y Secretario General del Sindicato de Oficios Varios. Con mayoría en el Consejo Deliberante, el “Block” designó por primera vez en la historia de la provincia autoridades de neta filiación obrera: Ernesto González y Horacio Doratto (pintores), Casimiro Lure (repartidor de pan) y Andrés López (carpintero). Olmedo aumentó los sueldos del personal municipal, se ocupó de la educación, realizó una rebaja de los impuestos y cambió el nombre de una arteria, que de calle Peluffo pasó a ser “calle Sacco y Vanzetti”.

La victoria electoral del movimiento obrero fue escrupulosamente respetada por el gobernador Ramón J. Cárcano, un liberal progresista que, aun sin compartirlos totalmente, supo comprender los anhelos sociales de su época y satisfacerlos parcialmente, al extremo de reivindicar, en una carta privada de 1946 dirigida a Aguirre Cámara, la “inclinación resueltamente hacia la izquierda” del PD y el “sentido izquierdista” de su segundo gobierno... Pero no resultó lo mismo bajo la administración radical de Ceballos (que en agosto de 1928 había reemplazado al Dr. Enrique Martínez, designado Vicepresidente de la Nación). El gobierno de los trabajadores de Villa Huidobro no alcanzó a durar ni cuatro meses más, porque Ceballos, cediendo a las presiones de los círculos católicos y derechistas que lo rodeaban y a sus propias inclinaciones, intervino rápidamente la “municipalidad roja” del sur.

Este triunfo del PC, en realidad, no era un fenómeno aislado o curioso, sino la expresión a nivel institucional de la reaparición de la conflictividad social y de las inquietudes causadas por el radicalismo gobernante: inquietud por los despidos arbitrarios de empleados públicos, movimientos de protesta de los obreros panaderos por no respetarse la prohibición del trabajo nocturno, de los tranviarios por aumentos de sueldos y colocación de parabrisas protectores en los coches, una huelga de seis días en Arias en julio, que terminó victoriosamente para los trabajadores rurales, etc.

Simultáneamente con estos movimientos, durante el **año agrícola 1928-1929**, cunde de nuevo el enfrentamiento entre trabajadores rurales y empleadores en el agro cordobés, fenómeno similar al que se extiende por toda la llanura pampeana de Santa Fe y Buenos Aires. Desde mediados de 1928 todas las corrientes del movimiento obrero se abocan entonces a la tarea de reconstruir las organizaciones sindicales del campo, que habían quedado en estado de letargo por el descenso de la combatividad de las masas rurales o directamente habían desaparecido de las provincias cerealeras por obra de la gran represión de la etapa anterior. Los **anarquistas**, que predominaban en Rosario y en la campaña de Santa Fe, organizan la “Sociedad Comarcal de Venado Tuerto”, que agrupa no sólo a los nuevos gremios de esta provincia, sino a los que ellos crean en la zona sur de los departamentos Unión y Marcos Juárez: Corral de Bustos, Isla Verde, Monte Maíz, Chañar Ladeado, Arias, Pascanas, Los Surgentes, General Baldissera, Monte Buey, Justiniano Posse, Canals, etc. Luego crean una central específicamente cordobesa, la “Comarcal de Inriville”, que agrupa a los trabajadores de la zona de influencia de esta población del departamento Marcos Juárez. La “Unión Sindical Argentina” (**USA**), con una actitud más moderada y negociadora, organiza a su vez a los braceros, carreros, estibadores, chóferes de camiones y obreros de las máquinas cosechadoras en las localidades del

centro y norte de Unión y Marcos Juárez: Cruz Alta, Alejo Ledesma, Bell Ville, Ordóñez, Morrison, Olazábal, San Marcos, Monte Leña, Leones, Marcos Juárez, General Roca, y otros. Los anarquistas, envalentonados por haber impuesto sus condiciones a los cerealistas de Alejandro, tratan de extender su influencia desde esta localidad a los departamentos Juárez Célman, Río Cuarto y Sáenz Peña, pero allí topan con la acción de los comunistas de la FOPC, que se multiplica enviando a sus mejores cuadros: Pablo López, Miguel Contreras, los hermanos Manzanelli, Antonio Maruenda y otros.

Con centro en Santa Fe, donde comienzan ya en 1927 y alcanzan su mayor envergadura, las exigencias de los nuevos sindicatos y las huelgas de los **trabajadores rurales** se extienden en 1928/ 29 por la llanura bonaerense y la pampa cordobesa. Pero la lucha no es fácil. Hay una sobreoferta de mano de obra, resultado de los avances de la mecanización (trilladoras automatizadas, segadoras mecánicas, camiones, tractores, etc.) que reemplazan con ventajas a los operarios tradicionales, sumado a un resurgimiento de la inmigración “golondrina”, especialmente la que ahora proviene de Europa Central. Haciendo pie en esta circunstancia objetiva, los cerealistas, empresarios trilladores y chacareros se niegan a las exigencias de mayores salarios y recuperación de las condiciones de trabajo perdidas en el lustro precedente. Las Sociedades Rurales y otros agrupamientos de la patronal agraria solicitan la ayuda de la policía y de la “Liga Patriótica”. Hasta la Federación Agraria Argentina se niega a acordar. “Los salarios que piden no guardan relación por lo exagerados, con ningún precedente. No estamos dispuestos a discutir serenamente sobre ellos”, declara Esteban Piacenza, su Presidente, dueño de una chacra en Moldes, (departamento Río Cuarto), casualmente el pueblo de origen de Agustín Tosco, que nace allí en 1930. Si los trabajadores paran, los chacareros y cerealistas contratan obreros no agremiados de otras localidades, a quienes la necesidad convierte en cru-

miros. Es la época dorada del “trabajo libre”, como se denomina entonces al esquirolaje. Las fuerzas de seguridad y los “liguistas” atacan y detienen a los trabajadores, como en Alejandro, Idiazábal o Justiniano Posse; los crumiros chocan con los huelguistas como en Etruria, Coronel Baigorria o Monte Maíz, y son clausurados, atacados y destruidos los locales sindicales, como se hizo en Escalante, Alejo Ledesma o Maquinista Gallini. El gobierno de Ceballos reprime rápidamente cualquier huelga y sólo tolera a los gremios cuando éstos renuncian a la mayor parte de sus pretensiones y firman arreglos más que moderados con las patronales. Los sindicatos que toman esta última actitud –como son casi todos los de la USA- son respetados; los demás, especialmente los anarquistas, son destruidos y sus militantes dispersados o encarcelados. El movimiento de 1928/1929 es así rápidamente sofocado y el levantamiento de la cosecha y la consiguiente trilla se normalizan en toda la provincia.

Pero la contraofensiva patronal, en una época signada por la inoperancia del segundo gobierno yrigoyenista y la complacencia del radicalismo gobernante en la provincia, no se limitaba obviamente al ámbito rural. La jornada de ocho horas era desconocida en numerosas actividades urbanas: entre los empleados tranviarios, los de los mercados y los del alumbrado público eran habituales las jornadas de hasta 15 horas; en las panaderías se violaba la prohibición del trabajo nocturno, y no se respetaban las reglamentaciones sobre la labor de mujeres y niños, accidentes de trabajo y trabajos a domicilio casi en ninguna empresa. “En Córdoba, las leyes obreras no se cumplen” decía terminantemente el vespertino “Córdoba” del 10 de enero de 1929. Los sindicatos estaban en una situación de extrema debilidad e incapacitados para revertir el estado de cosas. La cantidad de trabajadores agremiados era mucho menor que la de los no sindicalizados. Antonio Maruenda, secretario general de la FOPC, diría por esos días, con realista pesimismo, que “existe todavía mu-



cha inconsciencia en la clase obrera”. Lo que hace -agregaba pensando en los esquiroles- que “muchas veces, el obrero tenga que luchar no sólo contra el capitalista y el patrón, sino contra sus mismos compañeros”, para terminar llamando a los trabajadores a “constituir el sindicato allí donde no existe, para empezar de inmediato la lucha por la defensa de sus intereses”.

“La provincia de Córdoba, gobernada por el radical José Antonio Ceballos –resume Lilita I. de Onis- no vive en esos años conflictos laborales extremadamente serios que atrajeran la atención del país, como los producidos en Buenos Aires, Santa Fe y Rosario”. Sin embargo, esta regla general tiene una excepción: el grave conflicto de San Francisco, la importante ciudad del este cordobés que se vio conmovida entre septiembre y diciembre de 1929 por lo que se llamó “El Tampierazo” y su escuela comunista, el “**Soviet**” local instaurado entonces.

A este tiempo, ya se había acabado la gestión progresista y obrerista de Amadeo Sabattini al frente del Ministerio de Gobierno. En disidencia con el giro a la derecha del gobierno de Ceballos, había renunciado el 31 de mayo de 1929, dejando tras de sí los proyectos de salario mínimo para el magisterio, reconocimiento legal de los gremios, declaración de feriado del 1° de Mayo, reglamentación del trabajo de los peones rurales, creación de la Escuela de Artes y Oficios de Villa María, fomento de la construcción de galpones y tinglados en la zona agraria y un plan para la erradicación de los ranchos. Lo reemplazaría Nicasio Salas Oroño, terrateniente del norte de la provincia, a cuyo cargo correría la gran represión a las huelgas de San Francisco.

## 11. EL TAMPIERAZO Y EL SOVIET DE SAN FRANCISCO.

Los sucesos que condujeron a ese conflicto y a la efímera constitución de un Soviet en San Francisco fueron precedidos por una huelga victoriosa que obtuvieron los obreros de los Talleres Miretti y Cía., dirigidos por Agustín Baldezzari y Rafael Chávez, Secretario del “Sindicatos de Oficios Varios” éste último, a los que se sumó luego Jesús Manzanelli –del Partido Comunista- en nombre de la FOPC. Comenzó esta primera huelga el 10 de agosto de 1929 por la negativa patronal de aceptar el pliego de condiciones presentado por el sindicato interno de la empresa, que contenía las exigencias habituales del movimiento obrero de la época: jornada de ocho horas, reconocimiento del gremio, aumento de salarios, pago de las horas extras y readmisión de operarios cesanteados. Después de una intensa movilización, con decenas de mitines y actos públicos, concentraciones y manifestaciones –a veces dos por día- y una huelga general local decretada por el SOV, la patronal cedió y el 6 de septiembre se reanudaron las labores. Integran también el haber del esfuerzo proletario la organización –animada por la huelga de los metalúrgicos- de los ladrilleros y los peones rurales, que se integraron al SOV sanfrancisqueño.

Más duros serían los dos movimientos que le siguieron: Uno, el conflicto en el Molino “Meteoro”, propiedad del millonario y caudillo radical del departamento San Justo don Augusto Boero y de Carlos Boero Romano, que estalló el 20 de agosto, cuando aún subsistía el de los metalúrgicos, y otro la huelga de la gran Fábrica de Fideos de Ricardo Tampieri, que duró desde el 24 de septiembre hasta fin de año. Hasta el 17 de noviembre, fecha en que fue derrotada la huelga de los molineros, vale decir durante casi dos meses, ambos movimientos coexistirían en la ciudad capital departamental.

El pedido de mejoras que dio motivo al paro en el Molino “Meteoro” era muy similar al presentado a Miretti y Cía. poco antes, y similares fueron también los métodos de lucha. Sin embargo, en este caso, ellos no pudieron doblegar la resistencia de Boero, que importó de Córdoba centenares de crumiros para trabajar en su molino bajo la protección del famoso y sanguinario Escuadrón de Seguridad. De nada valieron el apoyo de los anarquistas, la solidaridad de los ferroviarios que se negaron a cargar la harina del Meteoro y el boycot a las panaderías que la utilizaban.

En el curso de esta lucha molinera es que estalla entonces el conflicto con Tampieri. Rechazado el petitorio del 23 de septiembre, se declara la huelga y la burguesía responde con represión y la detención de Jesús Manzanelli, luego liberado. El 2 de octubre trata de mediar en el enfrentamiento el Dr. Marcelo Ponce Santillán, enviado del gobierno provincial, pero ante las evasivas y acusaciones de la empresa, se da por fracasado en su misión y se retira. En el último día de su gestión, el SOV -controlado por los comunistas- declara la huelga general en todo San Francisco en solidaridad con los fideeros y el 8 establece el boicot a los productos de Tampieri. El 17 de noviembre termina en derrota la huelga contra Boero y los trabajadores retornan a sus labores, excepto un pequeño núcleo que sigue adelante, aliado a los fideeros. Solidario con ambos grupos, el SOV declara su segundo paro general, que da lugar a feroces enfrentamientos con la policía y el Escuadrón de Seguridad el día 20, con tres trabajadores asesinados y muchos heridos. Una multitud de 5.000 personas –el 25% de la población- concurre al sepelio. Ante la gravedad que asumía el conflicto, el gobierno de Ceballos envía como negociador a Enrique Corvalán Mendilaharsu, quien sostiene reuniones conciliatorias con la patronal, con el Centro Comercial e Industrial y con una delegación del SOV integrada por el Secretario General de la FOP, Antonio Maruenda y los obreros fideeros José Bolatti, Santos Piraino,

Ovidio Navarro y Urbano Guazzaroni, otra vez sin resultados por la intransigencia de Tampieri. Se producen entonces una seguidilla de huelgas en la semana siguiente: el 23, la FOPC lanza una huelga general provincial, el 27 el Sindicato de Obreros Varios local declara la huelga general por tiempo indeterminado y el 29 la Central provincial proclama un segundo paro para toda la Provincia.

Para entonces, ya el Partido Comunista había establecido un “Soviet” en la convulsionada ciudad, aunque no fue éste el nombre que se le dio, sino el de “Comisariato del Pueblo”. El PCA daba así instrumentación concreta a la línea ultraizquierdista, o del “Tercer Período” de la III Internacional, que en su VI Congreso de fines de octubre de 1928 –tras la desilusión sufrida por su alianza con la burguesía china- dio un giro de 180 grados y proclamó el fin de la era burguesa, período durante el cual la lucha sería directamente de “clase contra clase” en todo el mundo y donde las masas buscarían directamente el poder a través de los soviets. No contaban para nada los datos de la realidad: la derrota de la revolución mundial y el ascenso del fascismo en Europa y la inmadurez de la situación social y política en toda América Latina. El patético Soviet de San Francisco no fue el único, sino uno más de los que los comunistas instalaron burocráticamente, desde arriba, en varios países de Latinoamérica, en aquellos años: Itaquí en Brasil, Santiago en Chile, y Rea-lengo 18, Mabay, Senado, Santa Lucía y Jaronú en Cuba, todos igualmente fracasados. A mediados de noviembre, para organizarlo, no sólo estaba presente en la ciudad la plana mayor del PC provincial bajo la etiqueta de la FOPC, sino que la III Internacional había enviado dos delegados especiales clandestinos: el dirigente obrero Rufino Gómez y el luego conocido ensayista Luis V. Sommi para colaborar en la tentativa comunista. Este “Comisariato del Pueblo”, dirigido públicamente por Jesús Manzanelli, trató de establecer elementos de doble poder, parodiando a los Soviets de Rusia,

que eran organizaciones surgidas de abajo, de la iniciativa popular. Así estableció cierto control sobre la producción, el comercio y los servicios, imponiendo la extensión de sus permisos “para circular, abrir un cine, faenar reses o ingresar al Hospital un artículo tan indispensable como el hielo”, como narra Beatriz Casalis, a quien seguimos en este tema. A ellos se debe agregar aún la exigencia de 25 litros de leche a los lecheros para poder repartir, carne a los expendedores, cierta cantidad de pan a las panaderías, etc., así como pedido de autorización al Comité de Huelga (“Comisariato” por su nueva denominación) para seguir fabricando ciertos productos, como carros y sulkys. Muchos años después, el ex Intendente frondizista de San Francisco, Guillermo Peretti (1913-1996), que vivió la experiencia siendo adolescente, recordaría a “un agitador cordobés, Manzanelli, que en 1929 nos dio el dudoso prestigio de tener el primer Soviet de América”. Pero no lo tuvo por mucho tiempo. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, se reunió el 27 el Gobernador con sus tres ministros, en un acuerdo de gabinete para adoptar las medidas necesarias para acabar con el peligroso movimiento sanfrancisqueño. Uno de estos funcionarios, el Ministro de Gobierno Nicasio Salas Oroño, viajó también a la ciudad del Este, donde fue entusiastamente recibido por los fascistas de la “Liga de Defensa Pública”, dirigida por el Dr. Andrés Bottiglieri Vicinanza e integrada por comerciantes, industriales y profesionales, entre los cuales se contaban el famoso médico Dr. Enrique Carrá, cuyo monumento luce hoy en uno de los boulevares de San Francisco. Los “liguistas” locales comunicaron al Ministro que el cuidado de la ciudad estaría a cargo de ellos, “que la vigilarían en patrullas armadas hasta los dientes, en vista de la impotencia policial”.

Estos hechos, los enfrentamientos entre obreros y liguistas, y la nueva huelga general provincial de la FOPC para el 29, decidieron al gobierno radical a actuar drásticamente.

mente: acentuaron la represión del Escuadrón de Seguridad y detuvieron el 1° de diciembre a Manzanelli y Maruenda, que fueron remitidos a Córdoba. Descabezado así el movimiento, decayó rápidamente, lo mismo que el “Soviet”, al que los trabajadores no sostuvieron, porque ellos aspiraban a conseguir mejores condiciones de trabajo y no a tomar el poder. En suma: el 3 de diciembre la Fábrica de Fideos ya estaba otra vez en plena producción y el Escuadrón de Seguridad en plena represión. Se mantendría un mes más en la ciudad.

Todos estos sucesos tuvieron hondas resonancias en la prensa nacional y en el Parlamento. En el Congreso se refirieron al tema los diputados Nicolás Repetto (socialista juanbejustista), Alejandro Gallardo (radical por Córdoba) y José Heriberto Martínez (conservador, también de Córdoba). Este último acusó al gobierno de Ceballos, “que permitió [...] que llegara a formarse hasta un Soviet que rigió los destinos de aquella ciudad”, mientras que Gallardo, si bien admitió que Manzanelli y Maruenda “venían entonando doctrinas de Soviet que sólo se viven en las horas inquietas y sombrías de la Rusia Nueva”, defendió la actuación “serena” de la represión ceballista.

La visión sesgada del comunismo, que en este “Tercer Período” (1928-1935) consideraba “fascista” a todo movimiento político que no fuera el propio, y la coyuntura represiva del gobierno provincial radical que alimentaba ese punto de vista, fueron elementos concurrentes que llevaron al PCA y a las organizaciones sindicales por él controladas a alinearse contra el gran movimiento nacional irigoyenista. Así, en consonancia con la caracterización de un Irigoyen “fascistizante” hecha por Codovilla en abril de 1929, el 21 de noviembre de ese año la FOP Cordobesa, (o “UOP”, como también se le llamaba), había dado un comunicado en el que decía que “la burguesía argentina marcha a pasos agigantados hacia la dictadura contra el movimiento obrero, y

esta marcha [...] la encabeza el yrigoyenismo demagógico y reaccionario que se apoya en la mixtificación y el engaño para asegurar al capitalismo nacional y extranjero una mayor explotación de las masas obreras del país”. Por tanto, el gobierno radical debía ser abiertamente enfrentado, en la perspectiva –ilusoria- del poder soviético. Pero lo que estaba a la orden del día no era una inexistente “revolución proletaria”, sino la lucha por defender las conquistas obreras y alcanzar la hegemonía del movimiento nacional. Actuando provocativamente contra éste al combatir a Yrigoyen, los comunistas, en vez de proponerse como dirección alternativa a la claudicante jefatura radical, no hacían más que facilitar el juego de la reacción. Porque después de la caída de Yrigoyen no sobrevino, como es sabido, la “Argentina soviética”, sino la dictadura del general José Félix Uriburu.

Mientras esto ocurría en San Francisco, en Córdoba capital los tranviarios obtienen, a principios de noviembre, una pequeña victoria al conseguir, después de quince años de solicitarlo, que la empresa norteamericana accediese a la elemental colocación de parabrisas en los vehículos, protegiéndose así a los “motormen” que, sobre todo en invierno, arriesgaban diariamente su salud. En este mismo año 1929 se establece en Capital el sistema de **colectivos**, cuyos conductores, unidos a los de los tranvías, constituirían más adelante, en los años del peronismo, la poderosa “Unión Tranviarios Automotor” (**UTA**), que tan importante papel cumpliría en los años sesenta y setenta, no tanto por su peso numérico como por su colocación estratégica en la circulación de bienes y personas en la ciudad.

Animados por su victoria, los tranviarios –en línea con una crítica que hace la USA al supuesto sectarismo divisionista de la FOP y la FORA- se retiran de la central provincial en mayo de 1930 y se proclaman “sindicato autónomo”, en momentos en que los operarios de la Compañía de Luz y

Fuerza se lanzan a la huelga para conseguir la aprobación de un pliego de condiciones laborales. Al mes siguiente, los tranviarios vuelven a la lucha debido al incumplimiento de condiciones laborales acordadas por parte de la empresa extranjera. Después de quince días de paro, el Ministro de Hacienda e interino de Gobierno, Dr. Agustín Garzón Agulla –un hombre muy ligado a la Iglesia- apela a una drástica represión (arrestos de dirigentes sindicales, allanamiento de locales gremiales, ataques a balazos, etc.) y logra así que los huelguistas vuelvan al trabajo. “A este drama social -señala Gardenia Vidal- el Ministro le agregó un ingrediente más. Luego de haber concluido la huelga presentó un proyecto de reforma del Código de Procedimientos, por el que se negaba la excarcelación en los casos de delitos contra la seguridad pública (CBA 23-6-1930). Esta reforma apuntaba a castigar a los obreros que habían sido acusados de alterar el orden público”.

La reforma propuesta no fue aprobada, pero el gobierno de Ceballos se dio al menos el gusto de detener a Jesús Manzanelli y enviarlo a Buenos Aires, cuya policía lo “custodió” hasta que el combativo dirigente comunista se embarcó para el extranjero. Poco después -28 de agosto- se cumple en Córdoba, lo mismo que en Buenos Aires, La Plata, Rosario y Bahía Blanca el paro de 24 horas dispuesto por el gremio de los telefónicos contra las condiciones de trabajo extremas impuestas por la patronal extranjera.

Finalmente, el 6 de Septiembre de 1930 la Contrarrevolución conservadora dio por tierra con el gobierno de los radicales de la “Corda Frates”, pero nadie se apenó por ello, y menos que nadie los perseguidos militantes sindicales.



## 12. LOS TRABAJADORES DEL BOSQUE Y DE LA CARNE

Hasta las primeras décadas del siglo pasado, los departamentos del Norte, del inmediato Sur (Santa María, etc.) y del Centro-Este hasta cerca de San Francisco eran superficies cubiertas de extensos bosques nativos, que venían siendo objeto de una larga explotación de siglos, la que sufriría una aceleración tan marcada en estos años que en poco tiempo más terminaría por hacerlos desaparecer. Hacia 1915/20 –rememoraba Miguel J. Ávila- Arroyito, que estaba apenas a 100 kilómetros de la ciudad capital del departamento San Justo “era un pueblito que vivía principalmente de la explotación forestal”. Lo mismo recordaría el líder sindical Miguel Aspítia en relación al vecino Santiago Temple, del que era nativo: “En esa zona se quemaba mucho y salía también una buena producción de carbón vegetal; las maderas gruesas eran enviadas al aserradero. Este tipo de tareas anunciaba la probable siembra de una nueva parcela arada y limpia en esos suelos, y por supuesto otras cosechas”. A principios del Siglo XX, esta zona, con 20.000 toneladas anuales de carbón y 10.000 de leña, era el principal productor y exportador del país, señala Luis Gregoratti. Le seguían Arroyito, Tránsito, Río Primero, Jesús María, El Fuertecito, Villa del Rosario, etc. Sus aserraderos empleaban una importante mano de obra.

El nervio de esta industria extractiva, típicamente criolla en sus antecedentes y desenvolvimiento, era **el obrero forestal**, el trabajador del bosque cordobés estudiado por Viggiano Esain. Comprendía diversas categorías de obreros: la primera de todas, base de las demás, era la de hachero, el encargado de derribar los árboles. Estaban después el apilador y el rodeador, que acomodaban debidamente la leña cortada, el carguero o mulero que transportaba la madera desde el

bosque a los hornos de carbón los aserraderos, y el fletero, que la llevaba a los sitios desde donde se la despacharía a su destino comercial.

Dependiendo del obraje forestal estaban los hornos de fabricar carbón y los aserraderos. La primitiva industria del carbón funcionaba gracias al esfuerzo extenuante de los armadores y entabicadores (que armaban el horno de quemar la leña y lo blindaban contra todo escape de fuego); los sacadores, (que sacaban el carbón aún ardiente y lo distribuían en la llamada “canchada” para que se enfriara) y los mismos muleros que los transportarían en su carro (el “carrión”), “jaula” o “chata” (en cuyo caso se lo denominaba “chatero”). Lo más parecido a un trabajador industrial eran los operarios de los aserraderos, situados en el mismo obraje o cerca, y que debían manejarse con maquinaria moderna, como las sierras sinfín y las afiladoras eléctricas, los tractores a kerosén y los camiones. Por lo demás, eran totalmente trabajadores a la vieja usanza criolla por su modo de vida. Habitaban en ranchos aislados y diseminados, con paredes de barro y techos de paja o cañas, solían hacer su propio pan y su “cuspe” para alumbrarse y buscaban la miel silvestre para completar su escasísima dieta. Muy creyentes y supersticiosos, tenían diversiones tradicionales en los pocos días de descanso: la taba, las carreras cuadreras, la “yerra” del ganado, la ingesta social de bebidas alcohólicas o el “visteo” con facones simulados, que a veces terminaban en verdaderos y sangrientos duelos criollos. Las enfermedades hacían presa fácil de sus organismos, que debían curarse con remedios caseros o hierbas de la región, desprovistos como estaban de asistencia médica. En medio de un clima abrasador el agua era escasa y a veces se la encontraba recién a los ¡70 metros! de profundidad. El salario, magro, era pagado en vales y a destiempo, y los elementos necesarios para la vida debían comprarse en las proveedurías de los obrajes a precios prohibitivos. Con razón escribiría en tono exaltado el dirigente obrero José Gue-

vara en el “Anuario Socialista” de 1929: “Obrajes, fábricas y talleres absorben las energías, la producción y la vida de los hombres y niños obreros y de las mujeres trabajadores. ¡Obrajes hay en la zona norte de la provincia que explotan de una manera criminal a los desgraciados que caen en poder de los negreros de las selvas cordobesas, feroces y sin conciencia como aves de rapiña! ¡Las fábricas y los talleres sucios e insalubres son el nuevo cadalso proletario, la vía crucis del trabajo que rinde alta contribución a la tisis y al empobrecimiento orgánico de la raza!”. A su vez, hablando del Arroyito de su juventud, Ávila escribía que “cientos de trabajadores se ocupaban en los grandes aserraderos y en las tropas de carros que traían al pueblo, desde el monte, las vigas y trozos de leña. Se trabajaba de sol a sol, no había jornada legal de trabajo y se pagaban las jornadas con vales emitidos por los dueños de los aserraderos y tenían circulación o validez en todo el pueblo. Había mucho de miserable y de abyecto en la vida de trabajo y sufrimiento de aquellas gentes, que trabajaban jornadas bárbaras y arrastraban los mayores riesgos e inseguridades y ganaban salarios que apenas si les alcanzaba par lo más primordial”. Y agregaba que muchos trabajadores rurales, en la visita a Chancaní en 1930 que mencionamos antes, esperaron durante días la llegada del “diputado socialista” al que querían conocer para expresarle sus quejas. Todavía una docena de años más tarde, estando alojado Viggiano Esaín en el Hotel de Quilino (departamento Ischilín) realizando su investigación, los hacheros de la zona, “creyéndome funcionario del gobierno” se quejaban ante él de los magros salarios, de la mezquindad patronal y de los altos precios de las proveedurías.

Prácticamente indefensos, su modo de vida aislado e individualista y su atraso político y cultural hacían muy difícil consolidar una organización gremial de resistencia, tanto que todavía en plena época peronista, y no obstante las grandes mejorías que experimentaron, aún carecían en

1948 de un sindicato que asumiera sus intereses laborales al menos en las zonas que recorría el científico cordobés, aunque en algunos lugares surgieron algunas entidades más bien de orden mutual y recreativo, como el “Club Obrero” de Santiago Temple .

Otro tipo de trabajadores tradicionales, ligados a formas primitivas de la producción cordobesa, como eran las del faenamiento del ganado para consumo, lo constituían los **obreros del Matadero**, los trabajadores de la carne.

Su lugar de trabajo era primero el “Matadero viejo” de San Vicente, a orillas del río (entre calle Estados Unidos y el Pasaje Rio Primero) y desde 1927 el Matadero municipal sobre la ruta 9 a Buenos Aires, en la zona de los suburbios del Sudeste. “Municipal” porque en noviembre de 1910 había sido precisamente municipalizado por el Intendente Gil Barros

El libre habitante de aquella llanura de extramuros, con costumbres de gaucho o de paisano, se había visto despojado de los terrenos en que él y sus antepasados habían levantado su rancho y no había tenido más alternativa que conchabarse en el establecimiento que proveía de carne a la ciudad. “Ahora debía pagar alquiler –dice José María Obregón, quien fuera inteligente Secretario General del Gremio de la Carne y a quien seguimos en este punto- y nuevas necesidades de alimentación y ropas lo convertían en un miserable harapiento que atado al Matadero por herencia, no recibía los ingresos mínimos que le requería una sociedad en evolución, la cual también despreciaba o marginaba a su familia.”

Había diversas categorías de trabajadores: los desolladores, que dependían de los dueños de las curtiembres; los administrativos y troperos que eran empleados municipales y los carneadores, despiezadores, garreadores y desnucadores que lo eran de los abastecedores matarifes, lla-

mados “contratistas”. Trabajaban sin vestimentas ni calzado adecuado; semidescalzos, desnutridos, sin atención médica, contraían habitualmente enfermedades como la tuberculosis y especialmente la brucelosis, que atacaba las vértebras de la columna. Dados a la bebida, muchos de ellos ebrios consuetudinarios “ni siquiera –agrega Obregón- regresaban a sus domicilios, quedándose de un día para otro en los boliches existentes frente al establecimiento o en la cantina, que funcionaba en su interior y a la que se llamaba *La Redonda* (...). Sus entretenimientos se reducían a las riñas de gallos, al juego de tabas y a las partidas de truco que jugaban en los malos boliches de los alrededores del matadero. Permanentemente riñas y disputas que muchas veces terminaban en duelos criollos o la reconocida habilidad en el manejo del cuchillo, les habían creado fama de matones”. La vida brutal, inhumana, que se les había impuesto los llevaba al alcoholismo y a la violencia, y estas condiciones los hacía temidos por quienes no comprendían su situación. “La mayoría habitaba en rancherías y pésimas viviendas en la más absoluta indigencia, con familias numerosas cuyos hijos desde muy pequeños merodeaban el Matadero durante las horas de trabajo para recibir de sus mayores las carnes y achuras que eran sustraídas de las reses faenadas y que servían para el puchero o el asado diario, tal vez único alimento de todos los días del año. Esas viviendas se habían radicado en San Vicente, o en el famoso “Bajo de los Perros”, nombre que tomó por la cantidad de jaurías de perros que existían en cada uno de esos ranchos”... Para escapar a esta situación, después de varias tentativas fallidas, los trabajadores de la carne que dependían de diferentes patrones crearon en abril de 1923 el sindicato que llamaron “Sociedad de Matarifes, Conductores y Anexos”. Reunidos en la casa de uno de ellos –Antonio Pace, de Argandoña 1774- por iniciativa de un anarquista español, el “Ñato” Casas, eligieron su primera Comisión Directiva, que dirigía como Secretario General Isaac Ferreyra,

acompañado por Baldomero Peralta, Norberto Díaz, Ramón Ramallo, Ezequiel Iriarte, Benito Rodríguez, Ramón Funes, Antonio Pace y Ernesto Navarro. Habiendo desertado Casas, esta ausencia y ciertos errores en el enfoque sindical condujeron a la desaparición de la organización. Cuando en el nuevo Matadero, sus integrantes pretendieron revivirlo, no pudieron hacerlo por la firme oposición de las autoridades comunales y la represión por ellas orquestada.

Al habilitarse el citado Matadero en 1927, como dijimos, aunque los desolladores siguieron siendo empleados de los “contratistas”, el resto de los peones siguieron siendo directamente empleados del Municipio, incorporados a su nómina presupuestaria, lo mismo que el personal reemplazante (“pesqueros”), que eran contratados por día para cubrir la ausencia de los titulares por enfermedad o licencia. Todos trabajaban a destajo y sus salarios eran tan magros y pagados generalmente con gran demora, de manera que para subsistir los trabajadores se veían obligados a sustraer carne de la faena para vender de modo particular. Práctica llevada adelante con la tolerancia de los capataces y administradores inmediatos, a veces el exceso en esa sustracción mereció el reclamo de los abastecedores, a los cuales el Sindicato contestó en cierta ocasión que el “robo” alegado de dos kilos por persona que el trabajador llevaba a su casa era “una conquista gremial que compensaba los bajos salarios”.

Dentro de la general explotación, los desolladores eran los mejor pagados, porque eran poseedores de una especial destreza en el manejo del cuchillo que les permitía separar el cuero del animal sin dañarlo. Era un arte que no se estudiaba en ningún lado, sino que se aprendía de chico, por experiencia, practicando los hijos al ayudar a sus padres en la tarea del desuello, heredando luego el puesto en el establecimiento; de ahí la constante repetición de los mismos apellidos entre los desolladores. Esta condición privilegiada los protegió de

los desafueros del Intendente radical Donato Latella Frías, que en 1936 reemplazó a todos los empleados del Matadero –menos a los peones de desuello– para sustituirlos por afiliados radicales. Les sirvió también para hacerse valer ante la patronal, exigiendo mejores salarios –aunque no mejores condiciones de trabajo o jornadas más cortas, que no pedían– paralizándolo sus labores aun sin una organización formal, que recién surgirá en 1940. En “los años 1940/42, por ejemplo, dice Obregón, cuando un peón mensualizado o un empleado de comercio ganaba 50 o 60 pesos y un empleado municipal en los mejores casos de \$60 a \$90, ellos ganaban 200 y a veces 250 pesos.”

### **13. LOS CONSERVADORES HACEN LA LEGISLACIÓN SOCIAL.**

La dictadura de Uriburu aplicó en relación al movimiento obrero la política de la zanahoria y el garrote. Con cierto sentido paternalista, su Departamento Nacional del Trabajo, a cargo del Dr. Eduardo F. Maglione, trató moderadamente de hacer respetar las leyes y reglamentaciones obreras, ante el desencanto de las patronales que pensaban que había vuelto el paraíso que disfrutaron hasta 1915, antes de que adviniera la “chusma” de Yrigoyen al poder. Pero simultáneamente, el uriburato persiguió con saña a dirigentes y militantes obreros, especialmente comunistas y anarquistas, algunos de los cuales fueron condenados a la última pena. Centenares de obreros fueron encarcelados y otros tantos –extranjeros– expulsados del país. Se tuvo cierta tolerancia con socialistas y sindicalistas, que proclamaban su apolitismo, su apartamiento de las actividades de este tipo y su reducción a las reivindicaciones puramente gremiales.

Los trabajadores de Córdoba –donde el control de la FOPC por los comunistas era notorio– no escaparon a la represión general, tanto que el vespertino “Córdoba”, en su edición del 18 de octubre decía que en nuestra provincia había funcionarios “que no interpretan el pensamiento de la revolución”, procediendo a detener y deportar a dirigentes obreros con la “excusa” de que eran “revolucionarios profesionales, porque en la realidad de los hechos, lo que se realiza es cortar las cabezas pensantes de las muchedumbres obreras”.

Para entonces, en el orden nacional, sin la contribución de los “anarco-quintistas”, se había ya conformado en pleno uriburato, la ansiada unión del sindicalismo argentino, cuando las direcciones de la COA y la USA acuerdan unirse en una nueva central obrera, como dijimos, que denominan “Confederación General del Trabajo”, cuyas siglas –“CGT”– estarán desde entonces presentes en toda la historia argentina desde 1930 a la actualidad.

Para fines de 1931, cumplido el trabajo sucio de derribar un gobierno popular, los nacionalistas de Uriburu se vieron obligados a llamar a elecciones para devolverle el poder a la oligarquía liberal, que mediante la proscripción radical y el fraude impuso la candidatura Presidencial del General Agustín P. Justo, radical impersonalista (antiyrigoyenista). En Córdoba, con el radicalismo también proscripto, se impuso la fórmula demócrata conservadora de Emilio Olmos y **Pedro J. Frías**, a cuyo cargo quedó casi enseguida el gobierno por el temprano fallecimiento de Olmos. Los socialistas, de nuevo beneficiarios de la ausencia de la UCR en los comicios, obtuvieron varios diputados provinciales: José Guevara (farmacia), Miguel J. Ávila (Sastre), Juan Cirulli (sastre también), Francisco Mulet (zapatero), Juan F. Corzo (ferroviario), Luis Stegagnini (tenedor de libros) y Argentino Gallegos (farmacia). Además, cinco diputados nacionales,



un Senador Provincial (Arturo Orgaz) y cinco concejales de la ciudad de Córdoba.

La administración de Frías -un abogado y rico terrateniente, dueño de las estancias “Pozo de Correa” de cría y engorde de ganado (1.100 has.) y “Belén” (1.507 has.), ambas en el departamento Totoral- tuvo una *actitud ambivalente* frente al movimiento obrero y popular, que comenzaba a animarse con las relativas libertades políticas y sindicales establecidas por el fraudulento régimen justista. Hizo aprobar por su Legislatura, con el apoyo o la iniciativa de la bancada socialista, una serie de importantes leyes sociales: Sábado Inglés (ley N° 3546), Conciliación y Arbitraje en los conflictos obrero-patronales (ley N° 3672), Eximición de Impuestos a las viviendas obreras (ley N° 3527), Estatuto del Empleado público, nuevo régimen de Jubilaciones y Pensiones, etc. Dictó la ley de impuesto al absentismo, que se hacía notar en los departamentos del Sur, y enfrentó a la Compañía General de Electricidad -un trust extranjero- obligándola a rebajar sus tarifas. Se dispuso la entrega de pasajes gratuitos por tren para los trabajadores rurales que debían viajar en busca de trabajo, y se creó el Registro de Braceros para conectar a éstos con los empresarios necesitados de mano de obra. Se realizó un censo para conocer la cantidad de desocupados y sus categorías, se puso coto a los abusos de las compañías de seguros que se negaban a pagar las indemnizaciones por daños sufridos por los trabajadores y se combatieron las enfermedades endémicas e infecto-contagiosas que afectaban a los sectores más necesitados de la sociedad. El Departamento Provincial del Trabajo, bajo la conducción del benemérito e ilustrado jurista laboral Dr. Dardo Rietti, medió equitativamente en numerosos litigios obreros y realizó inspecciones a las empresas que empleaban asalariados, tramitando los expedientes correspondientes, que fueron 2.172 en 1935. Se creó también, a iniciativa del Ministro José Aguirre Cámara, la “Junta del Trabajo” como organismo ejecutor de

un pequeño “New Deal”, que con fondos provenientes de un empréstito interno, se proponía ampliar la obra pública para combatir la desocupación. La ley 3606 de creación de la “Junta” establecía que uno de los integrantes debía ser “un representante obrero elegido por los sindicatos organizados” (art. 1º). Otras disposiciones establecían que debía preferirse a los obreros sindicalizados antes que a los no sindicalizados. La obra realizada quedó referida principalmente a la construcción de edificios (dispensarios, cárceles, escuelas, etc.) y ocupó bastantes trabajadores, pero fue totalmente insuficiente para llenar los propósitos perseguidos. Señalemos que los legisladores del Partido Socialista –Orgaz, Stegagnini y otros- se opusieron a esta institución porque “no daba una solución de fondo” al problema del desempleo. Ellos proponían una “inteligente política de colonización” agraria, vale decir, volver atrás la rueda de la historia. Reconvertir al proletario desocupado en campesino... Además, el friísmo reorganizó el Consejo Provincial de Higiene para centralizar todos los servicios sanitarios de la provincia y administrar los hogares y cantinas maternas, “gotas de leche” y dispensarios que se iban creando. Diecisiete de éstos se establecieron “en las regiones más pobres de la provincia para prestar incalculables beneficios a los vecindarios”, como decía Frías en su Mensaje anual de 1935.

Por esas leyes y disposiciones, afirma Liliana I. de Onis que los años del gobierno de Frías “son los más fecundos en materia de legislación social en la provincia desde comienzos de siglo hasta entonces”. Pero de hecho, al margen de las leyes que los favorecían, lo cierto es que el aumento del paro forzoso, resultado de la crisis mundial desatada en 1929, obligaba a los trabajadores a soportar un aumento relativo de la tasa de explotación a cambio de no perder su precioso puesto de trabajo. En esos momentos, el diputado socialista y obrero sastre Miguel J. Ávila decía que “la clase trabajadora de nuestra provincia sufre un profundo malestar

económico; gran parte de la misma se encuentra forzosamente desocupada, y los obreros que trabajan están sometidos a toda clase de vejámenes y arbitrariedades, a salarios miserables y tareas brutales...”

Según un Censo especial de 1932 había en el país 263.265 trabajadores en paro forzoso, de los cuales 29.243 correspondían a Córdoba, importando el 2.63% de su población total, algo menos que los de Capital Federal, Buenos Aires y Santa Fe. De allí que —como decía el mismo Gobernador en su segundo Mensaje a las Cámaras, en 1934— “los conflictos de trabajo han sido casi inexistentes” en sus dos primeros años de gestión. De los pocos problemas laborales, se destaca el de los obreros panaderos, dirigidos por los anarquistas, que fue solucionado por la intervención del Tribunal de Conciliación y Arbitraje.

Esta legislación social, que podríamos llamar de un “paternalismo audaz”, no se explica solamente porque la aristocracia terrateniente-doctoral de Córdoba no tenía una contradicción fundamental con los obreros fabriles y manufactureros urbanos, como dijimos antes, sino por la concurrencia de otros factores: la debilidad y desorganización coyuntural de la clase obrera y sus partidos; la naturaleza raquíta de la burguesía nacional cordobesa, con escaso peso específico en una provincia aun predominantemente agrícola-ganadera, y la sincera adhesión de algunos conservadores a las doctrinas del catolicismo social o la democracia progresista.

Pero si los anteriores constituyen los aspectos positivos de la gestión de Pedro J. Frías, por otro lado se debe considerar que su gobierno disminuyó los sueldos de los maestros y los empleados públicos hasta alcanzar un ahorro del 25% en el presupuesto oficial de salarios; que permitió que su policía, al mando del Coronel de Vértiz hostigara a los sindicalistas y a los dirigentes comunistas y socialistas al extremo de castigar brutalmente, por ejemplo, al diputa-

do Cirulli sin respetar sus fueros; y que toleró por años los desmanes de las formaciones fascistas —el Partido Fascista Argentino de Nimio de Anquín y la Legión Cívica— cuyos integrantes desfilaban uniformados por las calles de la ciudad, tenían locales con centinelas armados a la puerta y atacaban sistemáticamente a los militantes de la izquierda y del gremialismo. Resultado de esta tolerancia fue el incendio y destrucción de los talleres del diario “Córdoba”, la feroz represión a la manifestación obrera que en abril de 1932 salió a recibir a los hermanos Manzanelli que volvían de su confinamiento en la Patagonia, y el asesinato por la espalda del diputado socialista José Guevara, líder del partido en la provincia, en septiembre de 1933, obra de los legionarios y crimen unánimemente condenado. La huelga en repudio del asesinato, declarada por los trabajadores cordobeses, contó con la solidaridad de los grandes sindicatos nacionales, como, v.g, la Federación Gráfica Bonaerense, que expresó su apoyo y recomendó el uso de la huelga general para frenar los avances del fascismo.

Después de estos penosos episodios, a partir de 1934, la desocupación comienza a reabsorberse en todo el país y consecuentemente también en Córdoba, no por la acción administrativa sino por la reactivación de la economía, lenta pero real. Ello determina una cierta reanimación del movimiento obrero, “algo así como el despertar de una nueva conciencia”, diría Ávila. Debido a la persecución sistemática contra los comunistas y la virtual desaparición del anarquismo, quienes se encuentran en mejor posición para aprovechar el “despertar” proletario son los socialistas, que ese año se lanzan a una gran tarea organizativa, o mejor dicho: reconstructiva. La Comisión Gremial Socialista logra así reconstituir, en el segundo semestre del año '34, gremios de la ciudad capital como los de los carpinteros, gráficos, albañiles oficios varios y otros, muchos de los cuales funcionan en la misma “Casa del Pueblo” del PS. Simultáneamente, los

comunistas reorganizan una raquílica “Federación Obrera Local”, con sólo siete sindicatos, que pretenden rivalizar con los socialistas.

En las regiones agrarias, los militantes socialistas —y Miguel Ávila en primer lugar— organizan sindicatos rurales o de Oficios Varios en diversas localidades: Alejo Ledesma, Canals, Justiniano Posse, Monte Buey, Villa Maria, Balnearia, Marull, La Para, Santa Rosa, Seeber, Altos de Chipión, Brinckman, Viamonte y otros. La condición obrera en las chacras, estancias y pueblos rurales de la provincia era entonces muy dura. Los salarios eran irrisorios, los sindicatos desconocidos por autoridades y patrones, e inhumano el ritmo de trabajo de los hombreadores de bolsas. Los capataces sobornaban con una mejoría del sueldo a algunos pocos obreros para que marcaran un ritmo intensivo de trabajo, que los demás debían seguir; los que se resistían a aceptar tales condiciones, perdían su trabajo. La legislación laboral que se dictaba en las ciudades no existía para proteger a los obreros rurales o era desconocida en los campos de la provincia. La única ley que imperaba era la voluntad de la burguesía agraria y de las “policías bravas” a su servicio. Para remontar esas condiciones, ayudados por los socialistas, se movilizaron los jornaleros de Balnearia y Marull a fines de 1934, logrando imponer su pliego de condiciones, lo mismo que los de La Para y Villa Fontana. Pero éstas eran victorias excepcionales. En general, se desataban pocas huelgas y generalmente eran derrotadas, como ocurrió a principios de 1935 con la de La Francia y la de Cavanagh, donde carreros, camioneros y estibadores son atacados por la policía, que les causa un muerto, protegiendo el trabajo “libre” de los carneros.

“Por el resto del año —resume Eduardo Sartelli— sólo habrá una huelga de conductores en Monte Maíz.”

A comienzos de 1936, en el año postrero del gobierno de Frías, se produce la huelga general del 7 y 8 de enero,

pero no es contra su administración, sino en solidaridad con la larga huelga de los obreros de la construcción de Buenos Aires, iniciada el 17 de octubre del año anterior. La declarará la nueva dirección de la CGT nacional –véase más abajo-y se cumplirá totalmente en Córdoba y en Río Cuarto por impulso de la Federación Obrera Local de cada ciudad.

#### **14. REORGANIZACIÓN Y POLÍTICA BAJO LOS GOBIERNOS SABATTINISTAS**

Mayores garantías para su funcionamiento encontraron los sindicatos en los subsiguientes gobiernos sabattinistas de Amadeo Sabattini (1936-1940) y Santiago H. del Castillo (1940-1943). Para la elección del primero, en noviembre de 1935 los socialistas habían proclamado fórmula propia, pero los comunistas decidieron –como Deodoro Roca- votar al hombre de Villa María, aunque llevaron a José Manzanelli como candidato a Intendente de Córdoba. Los partidos de izquierda, funcionales al régimen, habían vuelto a tener la oportunidad de competir dentro de las normas legales del orden constituido, obteniendo un mínimo apoyo. El PS obtuvo para su fórmula Gregorio Bermann-Juan C. Pressaco apenas 3.596 sufragios, cuando en marzo del año anterior, para las elecciones legislativas, con el radicalismo todavía en la proscripción, había sacado casi 20.000 votos, predominantemente del sur, el este y sudeste de la provincia, vale decir, de la “pampa gringa” sabattinista: eran votos prestados, que en 1935 volvieron a sus dueños.

En razón de la crisis y el déficit presupuestario, Sabattini se vio obligado a aumentar a 8 horas la jornada de trabajo de los empleados públicos y a disminuir temporariamente sus salarios cuando superaban los \$ 120=, pero en cuanto pudo aumentó en un 50% los de los maestros. En la

Municipalidad, a cargo del radical antisabattinista Donato Latella Frías —como recordamos antes— se llegó al extremo de dejar cesantes a todos los empleados y obreros del Matedero Municipal, excepto a los desolladores (porque dependían de contratistas privados), para ubicar en sus puestos afiliados radicales, especialmente de la Seccional 5°, donde se radicaba el establecimiento. Como contrapartida, el nuevo gobierno radical intransigente sacó de las calles, mediante la policía y los jueces, a los legionarios y demás activistas de los grupos profascistas, que quedaron reducidos a usinas ideológicas de poco predicamento, y procuró, a través del Departamento Provincial del Trabajo (del que era Director Arturo Zanichelli), que los peones de campo tuvieran acceso a viviendas dignas y a un salario mínimo para los trabajos de las cosechas. Socialistas, comunistas y aun anarquistas pudieron actuar en las zonas rurales organizando nuevos sindicatos de explotados trabajadores rurales y presentando a las patronales sus pliegos de condiciones de trabajo más humanas sin que los policías estorbaran como antes su tarea. Por ello, hablando como vocero de los terratenientes y la reacción de derecha, el senador fascista Matías Sánchez Sorondo sostendría en la Cámara Alta, a fines de 1936, al iniciarse el año agrícola 1936-37, que en Córdoba “se han desatado hordas rojas, que recorren las chacras y presentan pliegos de condiciones para levantar la cosecha, bajo amenazas. Esta agitación se hace con el apoyo del doctor Sabattini”. Los periodistas de todo el país, por su parte, se reunieron en Córdoba el 25 de mayo de 1938 en el Congreso Nacional de Periodistas, de donde saldría la Federación Nacional de esa rama de trabajadores de prensa.

Como recuerda Cesar Teach, “el gobierno fue sensible a los reclamos obreros y, a contraviento de toda la historia social de Córdoba, durante la gestión de Sabattini no hubo ni gremialistas presos ni sindicatos intervenidos, y todos los conflictos laborales del período fueron resueltos a través de

la conciliación entre las partes”. En 1942, por ejemplo, se produjeron 99 conflictos, en los que medió el DPT, obteniendo aumentos de salarios de entre 10 y 20% para los obreros de la construcción, los mosaístas, ladrilleros, gráficos, fideeros, de la madera y otros. Por ello, en expreso reconocimiento de este espacio de libertades democráticas que aprovechaba a obreros y estudiantes, la Convención Universitaria de la FUA, que sesionó en Córdoba los días 22 y 23 de enero de 1937, aprobó –a propuesta del estudiante comunista Julio Notta- “un saludo a amadeo Sabattini por el carácter democrático de su gobierno”. En cuanto a los socialistas, que tanto habían criticado a los comunistas por “entregarles sus votos incondicionalmente” a Sabattini, reforzando de este modo “ese espíritu mesiánico que fomenta el radicalismo” (Ávila dixit), ahora, en el X Congreso de la Federación Socialista de Córdoba, no harán mayores observaciones a la gestión del hombre de Villa María pero rechazarán en cambio la política obstruccionista de los legisladores del Partido Demócrata, mayoría en el Senado. Claro que estos reconocimientos de los partidos de la izquierda tradicional cambiarán de blanco a negro cuando Sabattini proclame su neutralismo yrigoyenista frente al inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939. Todos los sindicatos abominarán de los gobiernos radicales sabattinistas porque todos, socialistas y comunistas, serán partidarios de las Potencias “Democráticas” y enemigos del Eje, y a falta de armas mejores, combatirán diariamente con vehementes comunicados de prensa y –a veces- hasta con algún paro. Tal hicieron, por ejemplo, los comunistas que controlaban el gremio de la Construcción, al que hicieron parar media hora en junio de 1942 en repudio al ataque alemán al buque argentino “Río Tercero.”

Pero habrá otro aporte de los gobiernos sabattinistas a la constitución histórica del movimiento obrero de Córdoba, aporte que revelaría su fecundidad en el mediano y largo plazo: la construcción de los grandes diques de Cruz



del Eje, nuevo San Roque, La Viña y Los Alazanes, que al incrementar la disponibilidad de energía eléctrica permitirá la instalación a mediados de la década del '50 de grandes empresas extranjeras (Kaiser, Fiat, Perkins, etc.), que serán la matriz principal del moderno proletariado industrial propiamente dicho de los años '60.

Durante estos años del sabatinismo, que se corresponden con los que en el orden nacional será la “Década Infame”, podría decirse que, grosso modo, los socialistas predominan en los gremios del sector terciario y los servicios, que son los más numerosos (mercantiles, vestido, ferroviarios y fraternales, gráficos, tranviarios, etc.), mientras que los comunistas, en franco retroceso, influyen en los sindicatos que agrupan a obreros de la producción (metalúrgicos, alimentación, construcción y otros); los anarquistas y los antiguos anarco-sindicalistas apenas tienen figuración. Entre los dirigentes más destacados cabe mencionar, en primer lugar, a Miguel J. Ávila -que mencionamos recién- ex-diputado socialista y esforzado organizador rural y de los sastres, costureras, modistas y demás “obrerros de la aguja”, como se decía entonces; a Lucio Luna, socialista de la Madera, a Luis Monzalvo, también socialista, ferroviario, como Hernán Joffre y Osvaldo Amelotti; a Homero Cristalli, que enviado desde Buenos Aires a Córdoba reorganiza aquí el gremio del calzado en 1936-37, cuando aún no era el mítico “J. Posadas”, líder de una fracción del trotskismo argentino; a Marcos Edmira, trotskista también, militante de la construcción, organizador de algunas seccionales en pueblos de las Sierras, ambos influenciados por las posiciones políticas de Liborio “Quebracho” Justo, que visitó Córdoba en 1942; a los comunistas Armengol Giuliani de Anquín, que volvería al PS, Cruz Ramíres, “El Cacique”, de la construcción, y Carlos Céliz del gremio gráfico, aparte de los veteranos Contreras y Jesús Manzanelli, para entonces ya militantes rentados del PC; a Serafín Caballero, Domingo Suárez, Genaro Bazán y

Andrés Toranzo, conductores del Centro de Empleados de Comercio, cuyo principal bastión lo constituían los dependientes de las “Tiendas Gath & Chávez” y “Casa Heredia”, Federico de Uña, de la Unión Obrera del Dulce y Anexo (o “pasteleros”), de simpatías anarquistas, vicegobernador en 1949; a Bruno J. Herrera, ferroviario socialista y Secretario General de la filial cordobesa de la CGT en 1943; a Bernabé Serrano, de orientación libertaria, primer Presidente del “Círculo de la Prensa de Córdoba”, creado el 23 de marzo de 1936 con aportes de periodistas como Luis Reinaudi (p), Azor Grimaut, Carlos Argüello Lencinas, Angel Auzzani y otros. En cuanto a “los radicales –testimonia Miguel C. Aspitia- muy poca gente tuvieron en el gremialismo”. Su fuerte estaba en la clase media y en el pobrerio no sindicalizado, aunque no faltaban trabajadores radicales –y aun demócratas- en los ferrocarriles, el magisterio, las fábricas de calzado, las curtiembres, el matadero municipal y, obviamente, las dependencias del Estado. En una de estas últimas –la Fábrica Militar de Aviones- algunos trabajadores trataron de organizar una sección de la ATE, pero fracasaron por la oposición estricta de la Dirección militar de la misma.

Todos estos dirigentes y muchos otros fueron los protagonistas del contradictorio proceso de reorganización, unidad y nueva dispersión del sindicalismo de Córdoba, paralelo pero no completamente independiente del que discurría a nivel nacional. Aquí, la Confederación General del Trabajo (CGT), creada en el primer mes de la dictadura uriburista como dijimos, se había vuelto a dividir en 1935: por un lado, la CGT de calle Independencia, mayoritaria, encabezada por un socialista amarillo, el municipal Pérez Leirós y por el ex-socialista José Doménech, que se inclinaba por la participación política independiente de los gremios en los grandes problemas nacionales, aunque Doménech era muy tibio en este sentido; por el otro, la CGT de calle Catamarca, dirigida por sindicalistas (ex-anarcosindicalistas o sindicalistas revo-

lucionarios) como Tramonti, Antonio Melani, José Negri y Luis M. Rodríguez, que sostenía una ortodoxa prescindencia sindical ante los partidos y la política en general, oponiéndose de hecho a la línea de alianza con la partidocracia demoliberal de la época, que propugnaba el sector socialista de la primera central. Los gremios de obediencias comunistas, agrupados en el “Comité de Unidad Sindical Clasista” (CUSC), abandonando su sectarismo ultraizquierdista del “3° período” por la nueva estrategia de los “frentes populares”, se incorporan a la CGT de Independencia, mientras que la CGT de Catamarca, engrosada por los telefónicos, marítimos, cartoneros, Unión Obrera del Mimbres y otros pequeños gremios se reconstituye como segunda “Unión Sindical Argentina” (USA) en 1937.

En Córdoba, como señalamos, se había cumplido con gran apoyo de los trabajadores la gran huelga nacional de la construcción de los días 7 y 8 de enero de 1936, culminación de la larga lucha que sus trabajadores habían emprendido en octubre del año anterior en Buenos Aires, y que culminó con un gran triunfo nacional. Esta victoria retempló el ánimo de todo el movimiento obrero y dio origen a un fuerte impulso organizativo, que nacionalmente fructificó en la creación de la “Federación Obrera Nacional de la Construcción” (FONC) y localmente en la unidad de las fuerzas proletarias de la provincia.

En efecto, en Córdoba, en sentido paralelo, y después de duras tratativas entre comunistas (Rufino Gómez estaba a cargo del PC) y socialistas (Miguel J. Ávila dirigía el PS) –los anarcosindicalistas o simplemente “sindicalistas” eran casi inexistentes, salvo alguna influencia residual en panaderos y pasteleros- se reunió en Villa María, los días 15 y 16 de febrero de 1936, el Congreso de Unidad Sindical, con asistencia de 65 sindicatos y 7 fraternales. El Congreso declaró disuelta la “Unión Obrera Provincial” (indistintamente UOP

o FOP) y conformó el Comité Pro-unidad Obrera, presidido por Miguel J. Ávila; fijó las “bases orgánicas” del funcionamiento del Comité y estableció el “**Programa de Acción Inmediata**” del mismo. Dicho Programa exhibía como “reivindicaciones mínimas” las siguientes exigencias: “1°) Semana de 40 horas de trabajo sin disminución del monto de los salarios. 2°) Cumplimiento estricto de las leyes nacionales y provinciales y extensión de sus beneficios a los obreros agrícolas. Y bregar por un seguro que proteja a toda la clase obrera contra los riesgos del trabajo, enfermedades, invalidez, vejez, desocupación y muerte. 3°) Exigir al Departamento del Trabajo cumplir con su deber de hacer respetar la legislación obrera vigente acordando a los sindicatos el derecho a participar en el contralor de las mismas. 4°) Reconocimiento legal de los sindicatos obreros. 5°) Defensa de los derechos de huelga, asociación, prensa y palabra, y de todas las libertades democráticas. 6°) Propender a acciones de conjunto de los obreros agrícolas, con los campesinos, contra la explotación de los terratenientes y los monopolios imperialistas. 7°) Defender la vigencia de la ley 11729 (Reforma del Cód. de Comercio). 8°) Reclamar la derogación de la funesta ley 4144, mal llamada de defensa social y la libertad de los presos sociales. 9°) Solidaridad con los obreros del riel en su acción por el rechazo del laudo presidencial y el mantenimiento de las conquistas obtenidas por ellos. 10°) Lucha contra la carestía de la vida, reclamando la abolición de todos los impuestos y patentes que gravan el trabajo y encarecen los artículos de primera necesidad. 11°) Desarrollo de una vasta acción en todos los gremios de la ciudad y el campo por la elevación de los salarios. 12°) Reclamar la creación de fuentes de trabajo, para los desocupados forzosos, como la construcción de obras públicas de sentida necesidad social, costeadas por impuestos al latifundio, y la entrega de tierras a los que deseen trabajarlas, facilitándoles créditos a tal fin. 13°) lucha contra el fascismo y la guerra”.

Tiempo después de aprobado este programa, se organiza efectivamente la nueva “Federación Obrera Provincial de Córdoba” (FOPC), la cual se da su Secretariado y su Mesa Ejecutiva, de cinco socialistas, cinco comunistas y cinco “independientes”, que durante casi un lustro dirigirá Miguel J. Ávila. La organización cordobesa adhiere nacionalmente a la CGT de Independencia, la cual a partir de 1937 será la única CGT, habida cuenta la refundación de la USA, como dijimos. La nueva FOPC tenía su sede –que no era más que un saloncito con una mesa y unas sillas- en Salta 81. Pocos gremios tenían sede propia, así que los socialistas solían prestarle el suyo: “La Casa del Pueblo”. Es que “en aquella época –recordaría Miguel J. Ávila- la agremiación era voluntaria lo mismo que la cuota sindical de 50 centavos o un peso mensual, por lo que los gremios eran raquíuticos y económicamente muy débiles”. Una de las primeras grandes campañas que llevó adelante la FOPC fue la de oposición a la ley de reglamentación de la actividad sindical que la administración sabattinista presentó a la Legislatura, y que fue sostenida con reticencia por el ala comunista de la Federación, porque consideraba que el proyecto era bastante aceptable y no restringía la acción gremial. Por razones de explotación política, el diario “El País”, conservador, sostuvo en cambio muy entusiastamente la campaña de la FOPC.

Pero no habría de durar mucho la unidad de los sindicatos de trabajadores cordobeses tan arduamente alcanzada. La convivencia entre socialistas y comunistas –que marcharon a la par mientras compartían su adhesión antifascista al bando del imperialismo “democrático” en la Guerra Mundial- se hizo casi incompatible desde que los miembros stalinistas del Secretariado, (que habían logrado manejar a la FOPC aliados a los miembros “independientes, que eran en realidad compañeros de ruta del PC) pretendieron ajustar la marcha de la CGT y de la misma central provincial al último giro de la política soviética: el Pacto Molotov-Ribbentrop de

agosto de 1939. Debido a ese tratado, ya no les era dable a los seguidores locales de Moscú seguir predicando una cruzada bélica contra el nuevo amigo de la Unión Soviética. Tampoco podían, lógicamente, volverse abruptamente contra las “democracias occidentales”, así que lo único que les quedaba por hacer era recalcar en una situación intermedia y forzosa de neutralidad. Rota la convivencia entre los sindicalistas del PS y del PC, los primeros patrocinarán una nueva entidad: la “Comisión Cooperadora de la CGT”, a la que invitarán a los comunistas, quienes por boca de Céliz prometen que disolverán la FOPC y entregarán sus bienes y mobiliario a “la cooperadora”, como se le llamará. No cumplen empero con esta espontánea decisión, así que los socialistas conforman por si solos la CC de la CGT el 1° de octubre de 1940, designando presidente de ella a Monzalvo. Los comunistas prefieren seguir con una FOPC totalmente disminuida en su prestigio y representatividad, simple marioneta del comunismo local. En 1941, al atacar Alemania a la URSS, los comunistas volvieron a descubrir los peligros del nazismo y orientaron a sus gremios a la lucha antifascista. Sus sindicatos y agrupaciones sindicales, lo mismo que intelectuales suyos como Gregorio Bermann, se ensañarán con Amadeo Sabattini por sostener firmemente la neutralidad argentina.

Al margen de estas diferencias, los trabajadores desolladores del Matadero Municipal habían creado el 1° de enero de 1940 su primer sindicato específico, del que resultó elegido Presidente José García y Vice-presidente Alfredo Ceballos, a quienes acompañaban como Revisores de Cuentas Humberto Torres (“El Dañino”) y Ricardo Ontivero, y como Vocales Víctor Monje, Ángel Ceballos, Enrique Delgado, Manuel Argañaraz, Domingo y Francisco Ríos, Francisco, Pío, Antonio y Enrique Flores y Felipe, Vicente y Carmen Paredes. Estos activistas, muy emparentados entre si por el carácter cerrado y homogéneo del grupo de desolladores, solían reunirse en Matheu 1850 de Barrio Yapeyú.

Desarticulado el movimiento sindical por sus querellas internas, un grupo de dirigentes gremiales comunistas, encabezados por la Federación Obrera de la Construcción (o Sindicato Obrero de la Construcción) lanza en enero de 1943 la idea de una convocatoria para realizar un congreso de unidad provincial, que es rechazado por los socialistas, para quienes la única forma de lograr la ansiada unidad es que los gremios stalinistas y autónomos aún no afiliados a la CGT nacional adhirieran rápidamente a la misma, observaran sus estatutos y prepararan la reunión a través de la “Comisión Cooperadora” (que ellos controlaban). Pese a esta oposición, el Congreso se efectiviza en febrero, sin asistencia de los sindicalistas del PS, y con la presencia de 77 gremios, de los cuales el de la Construcción era realmente el único verdaderamente representativo, mientras que los demás eran pequeños sindicatos o simples “sellos” manejados por el stalinismo, entre ellos algunos del interior (Marcos Juárez, Laboulaye, etc.) Reunidos los días 13 y 14 en el local de la Sociedad Francesa, estuvieron orientados por la plana mayor del sindicalismo comunista de la Provincia: Cruz Ramírez, Carlos Céliz, Hugo García, Calixto Felippi, Pastor Zárate –que presidió el congreso- Juan Chávez, Miguel Navarro, Pascual Piccardi, y otros. Se aprobó un Programa bastante moderado, con reivindicaciones laborales básicas y algunas de orden político en la línea del PC: restablecimiento de relaciones con la URSS, colaboración con Estados Unidos por los pactos de Río de Janeiro y apoyo al Comité Pro-Unión Democrática, al cual se incorpora la entidad, bautizada nuevamente como “Unión Obrera Provincial” (UOP). También se expresó su solidaridad con Rodolfo Ghioldi, Juan José Real y Vittorio Codovilla, dirigentes comunistas detenidos en esos días. Se cristalizaba así la división del sindicalismo cordobés, en cierto modo paralela a la de la CGT nacional, que a su vez se dividirá el 10 de marzo en la CGT N°1 (Domenech) y la CGT n° 2 (Pérez Leyros). Al producirse,

tres meses después la Revolución del 4 de Junio, el golpe encontrará al sindicalismo de Córdoba dividido entre la “**CC de la CGT**” encabezada por Bruno J. Herrera, en reemplazo de Monzalvo desde agosto, y **la UOP**, sustituida más adelante por el “Comité Interclasista” hegemónico también por el PC, al que adherían los sindicatos –como dijimos- más ligados a la producción: metalúrgicos, construcción, madera, gráficos, panaderos y pintores, aunque no faltaba alguno del sector servicios, como la “Unión General de Mozos”. De todas maneras, independientemente de su color político, los sindicatos de la época agremiaban a una fracción muy reducida de la clase trabajadora; no eran sindicatos de masas como los que surgirían con el peronismo.

Despreciando la afiliación a una u otra entidad de los obreros por no considerarse tales, sino algo “diferente”, permanecían los docentes, divididos en dos sectores, antecesores de la UEPC: la “Asociación de Maestros” y la “Confederación de Maestros”.

## **15. LA CLASE OBRERA EN LOS ORÍGENES DEL PERONISMO CORDOBÉS**

La interpretación clásica de los orígenes del peronismo –la de Germani- partía de la base de que los “nuevos trabajadores” migrantes eran el factor decisivo en los orígenes del peronismo. Investigaciones posteriores, como las de Murmis y Portantiero o Juan C. Torre, dieron una visión más matizada de aquellos momentos, señalando el importante papel cumplido por la “vieja guardia” sindical y la clase obrera pre-peronista, sumada a la camada más reciente. Se rescataba así una decisión racional de la dirigencia gremial, que supo captar el nuevo rumbo que Perón estaba dando a la Revolución del 4 de Junio y lo apoyó a cambio de be-



neficios sociales y laborales concretos otorgados por el gobierno militar a las bases que representaban parcialmente. Con espíritu pragmático, con una mezcla de desconfianza y esperanza al principio, los dirigentes institucionalizados del movimiento obrero se incorporan al naciente peronismo porque allí ven el camino para obtener las conquistas por las que venían luchando desde hacía décadas. Como les decía el socialista Ángel Gabriel Borlenghi, el famoso dirigente de los Empleados de Comercio, a los integrantes del “Centro” local cada vez que visitaba Córdoba, “ éste es el ómnibus que debemos tomar para llegar a buen destino con nuestras pretensiones de la Ley de Jubilaciones para los empleados de comercio y otras conquistas” Bajo influjos como éste o como el del ferroviario, socialista también, Luis Monzalvo (que en agosto de 1943 se trasladó a vivir a Buenos Aires sin perder sus contactos en Córdoba), los dirigentes locales se fueron convenciendo de la conveniencia de ligarse al inédito proceso de Revolución Nacional comenzado por el Coronel Juan D. Perón.

Y si en Buenos Aires fue el Teniente coronel Domingo Mercante –hijo de un obrero ferroviario- el encargado de llevar la buena nueva a los trabajadores y relacionar a Perón con La Fraternidad, la Unión Ferroviaria y otros gremios, en Córdoba un papel semejante –y hasta más relevante- cumplió el Teniente Héctor Russo. Éste, como delegado regional de la Secretaria de Trabajo y Previsión, no sólo favoreció sistemáticamente a los trabajadores en sus enfrentamientos con las patronales cordobesas, sino que trabajó junto al Mayor Tassi –Ministro de gobierno de la Intervención provincial- para organizar la base sindical de apoyo a Perón. Siguiendo la estrategia de este mismo, incorporó a algunos sindicatos, creó otros nuevos paralelos a los que eran remisos a hacerlo y sindicalizó a aquellos sectores que aún no tenían su gremios. Así, frente al “Sindicato Obrero de la Construcción”(SOC) controlado por los comunistas Cruz Ramirez, Horacio Vi-

llarreal y Wenceslao Tejada levantó un nuevo sindicato, la “Unión Obrera de la Construcción” (UOC), y frente al viejo “Centro de Empleados de Comercio” de Armando March y Alfredo Caballero alumbró a una flamante “Asociación Gremial de Empleados de Comercio”, que lideraron viejos dirigentes como Andrés Toranzo y Emilio Cruz y una nueva camada que integraban Joaquín Zuriaga, Miguel C. Aspitia y otros, siendo ilegalizado el “Centro” en 1948. En panaderos logró finalmente destruir la influencia de comunistas y anarquistas. Los seguidores del Coronel Perón coparon antes de octubre del '45 los gremios de los ferroviarios del Central Argentino y el Central Córdoba, de los molineros del “Molino Río de la Plata”, de los trabajadores de la Cervecería “Río Segundo”, de choferes, guardas y mecánicos del transporte tranviario y de los caleros de Malagueño. Federico de Uña arrastró a los miembros del “Sindicato del Dulce” (luego, de la alimentación) y Hernán Joffre, de raigambre radical, fundó varios gremios. También aparecieron nuevos sindicatos, como la “Unión Obrera Metalúrgica” (UOM), organizada en Córdoba a poco de creada en Buenos Aires en 1944 la primera UOM que desafió el control comunista sobre los metalúrgicos; el “Sindicato de Luz y Fuerza”, fundado algunos meses después para agrupar a los trabajadores de las empresas de energía eléctrica, aun no estatizadas y que reemplazó al “Sindicato de Empleados y Obreros de las Compañías Productoras de Electricidad” (SEOCPE); el “Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines” también en 1944, y la “Asociación Gremial de Trabajadores Universitarios General San Martín” en 1946. Los miles de operarios de la Fábrica Militar de Aviones, que habían tenido siempre prohibida la sindicalización, obtuvieron ese derecho a partir de la designación del Brigadier Juan Ignacio San Martín como Director de la fábrica en febrero de 1944, quien autoriza la formación de un Cuerpo de Delegados elegido por los trabajadores y con el cual mantiene un diálogo fluido. El 9 de abril

de 1945, 60 trabajadores del Matadero Municipal, reunidos en la casa de Juan Falaschetti, en Villa Urquiza, fundan el “Sindicato Obreros Mataderos de Córdoba”, pero no en adhesión al peronismo, como pudiera creerse, sino para resistir, como radicales que eran, las cesantías que se preveían iba a producir el nuevo gobierno; lo integraban como autoridades Gerardo Iriarte (Presidente), J. Ibáñez (Vice), Baylón Ferrera (Secretario), Victorio Clemente (Tesorero) y Juan Falaschetti (Pro-tesorero). (Recién en 1951, al volcarse Falaschetti al peronismo, logrará éste ganar electoralmente el control del bravo sindicato). Emparentados con ellos por la materia física ganadera que elaboraban, estaban los trabajadores del “Sindicato de Obreros Curtidores, Barraqueros, del Sebo y Afines”

Finalmente, Russo logró que se constituyera una central rival de la CGT Regional Córdoba: una nueva “Federación Obrera de Córdoba” (**FOC**), que tendrá como primeras autoridades a Juan Lucco, presidente; Luis Llanos, Secretario General y Hernán Jofre, Secretario de Propaganda. La Federación Obrera Gráfica criticó a la flamante central diciendo que ella “obedecía directivas oficiales”, como si los militantes del comunismo que la dirigían no obedecieran las órdenes de Moscú o el Partido Socialista no tributara ideológica y políticamente a la coalición partidocrática demoliberal probritánica, que era mucho peor, ya que, por lo menos, la Secretaría de Trabajo y Previsión “en un año de vida ha hecho en favor de las clases trabajadoras lo que no se hizo durante cincuenta años de gobiernos constitucionales”, como le respondió la FOC. Luego, en agosto de 1945, la CGT nacional –en manos de sindicalistas properonistas– intervino la Regional Córdoba y dispuso su reorganización. En 1947 figuraba al frente de ella Natalio Cincuenta y en 1948 el telefónico Pedro Ordóñez Pardo. Cuando la reorganización se llevó finalmente a cabo en 1949, Mauricio Labat –entonces miembro del gremio telefónico y después

discutido dirigente de los choferes de taxi- fue elegido como su primer Secretario General, aunque no directamente por el Plenario, sino como miembro de una terna sobre la que decidió la Central nacional. Le acompañaban Juan F. Brizuela (Secr. Administrativo), Joaquín Zuriaga (Secr. Adjunto), y David Scheines (Tesorero). En 1950 estaría al frente de la Delegación Regional Raymundo Cabistán, quien tendría la satisfacción de estar al lado de Eva Perón en su tercer y último viaje a Córdoba. La FOC desapareció como tal, lo mismo que otros viejos sindicatos irrepresentativos que venían desde la Década Infame.

En octubre tienen lugar en Buenos Aires –como es notorio- los episodios de la obligada renuncia, prisión y liberación del Coronel Perón, jornada con la que culmina el 17 de Octubre, Día de la Lealtad. En este día, mientras que allá las grandes masas comenzaban a movilizarse en procura de la libertad de su líder, aquí los trabajadores, terminadas sus tareas, se reúnen al atardecer frente al local de la FOC, en Catamarca 247, y de allí comienzan a recorrer el centro en un número superior a los dos mil. Eran las 9 de la noche. Casi tres horas después Perón es liberado y habla a sus seguidores desde los balcones mismos de la Casa de Gobierno. En nuestra ciudad, pese a aquel feliz suceso, los trabajadores no se desmovilizan, sino que, por el contrario, a las 12 y media de la noche (estamos ya a las 0,30 del día 18), se reúnen 5.000 de ellos en la Plaza San Martín a escuchar las arengas de sus dirigentes. Este día 18 parece ser el 17 de Octubre de Córdoba: las movilizaciones continúan durante las horas siguientes, sin pausa. La gente está en la calle y no quiere irse a dormir. Por la mañana, engrosa la multitud la nutrida columna de la Fábrica Militar de Aviones, encabezada por el propio Brigadier San Martín, Director de la empresa. Miles de trabajadores recorren otra vez las arterias de la ciudad y manifiestan su repudio contra las instituciones que saben les son hostiles: el Instituto de Cultura Argentino-Norteameri-

cano, el diario La Voz del Interior, el vespertino Córdoba y finalmente el Jockey Club son apedreados. Infortunadamente, grupos de la Alianza Libertadora Nacionalista, de ideología pro-nazi, infiltrados en la multitud, profieren consignas antisemitas y atacan el Banco Israelita y la Sinagoga judía, proporcionando así argumentos para desprestigiar la movilización obrera. A la hora de la apertura del comercio, los delegados de los distintos gremios presionan a los patrones para que permitan a sus trabajadores salir a la calle en acatamiento al paro decretado por la FOC. Hay concentraciones obreras también en el interior: San Francisco (ciudad muy industrial), Villa María y otras localidades. En Córdoba Capital, avanzando la mañana, obreros ferroviarios del F.C. Central Argentino, junto con otros provenientes de Alta Córdoba, del gremio de los molineros y del IAME, principalmente, confluyen en la Plaza San Martín nuevamente, y de allí se dirigen en manifestación a la Casa de Gobierno, donde el interventor federal Hugo A. Oderigo, muy diplomáticamente, se limita a decirles que tengan un “feliz festejo del paro” (¿) Los manifestantes bajan entonces por Vélez Sársfield hasta desembocar en la esquina de General Paz y Avenida Colón, donde se produce un segundo ataque al Jockey Club. A las siete de la tarde, los trabajadores vuelven a concentrarse en la Plaza San Martín, desde donde se desprende una columna que ataca a La Voz del Interior y se enfrenta con la policía que resguardaba las instalaciones del matutino. Como a las 21 horas, pequeños grupos de trabajadores, encabezados por militantes aliancistas, atacan el banco Israelita, el IICANA y el diario Córdoba, al que apedrean; abren las persianas de los almacenes “Boston” y penetran en las instalaciones de la “Casa Chammás” y “Siemens Stucker”. A las diez de la noche continúan todavía las acciones: una columna que avanza por Santa Rosa llega hasta Maipú –angosta entonces- y se enfrenta a balazos con los militantes comunistas del minoritario Sindicato de la Construcción, cuya sede está justamente

en esta calle. Quedan siete heridos. La otra columna, que se dirige por General Paz hacia Alta Córdoba, hace un alto en la esquina con Colón y ataca por tercera vez la sede del Jockey Club. Habrá unos pocos incidentes más, pero antes de la medianoche –siempre del día 18- van desapareciendo del centro los últimos manifestantes. Termina el día y termina también nuestro 17 de Octubre. Ahora vendrá la etapa en que los trabajadores organicen el Partido Laborista para llevar al triunfo la fórmula Perón-Quijano en los comicios del 24 de febrero de 1946.

En Córdoba, lo mismo que en Buenos Aires con Luis Gay (telefónico), Cipriano Reyes (de la carne) y Luis Monzalvo (ferroviario), el **Partido Laborista** se organiza como un verdadero Partido Obrero basado en los Sindicatos, ya que sus bases son las de los gremios y sus autoridades las de ellos. Así, vemos que al fundarse el laborismo en la segunda quincena de noviembre de 1945, figuran entre sus dirigentes y conductores figuras como las de Hernán Joffre (su Presidente), Federico de Uña, del sindicato del Dulce (Secretario general), Enrique Álvarez Vocos, de Luz y Fuerza (Vicepresidente), Héctor Olmedo, del mismo gremio (Tesorero) y Luis Llanos (Secretario de Actas). Manuel Reinafé será su Vicepresidente 2°, Jorge Pereyra el Pro-tesorero, y como Vocales: Osvaldo Amelotti, (ferroviario); Ramón Mansilla (tranviario), Ramón Asís (ingeniero), Pío Giraudi, José Díaz y Benjamín Cáceres. El Partido apoyará firmemente la candidatura de Perón, pero en la lucha interna deberá enfrentarse con el sector propiamente político del peronismo, que bajo la égida del gobernador electo Argentino Autcher, de la UCR (Junta Renovadora), reunirá a ex-radicales de derecha con caudillos conservadores ligados a la Iglesia, gente de dos apellidos “de las fuerzas oligárquicas cordobesas”, como denunciaba un comunicado del 19 de marzo de 1946. El laborismo querrá mantener cierta autonomía frente a Perón, pero generaría en su interior un ala disidente ortodoxamente peronista, encabe-

zada por Amelotti, para entonces Senador nacional, mientras que la UCR (JR) se fraccionará en tres tendencias, por lo que en el mediano plazo, al unificarse todas estas fuerzas por orden de Perón en el “Partido Único de la Revolución Nacional”, después Partido Peronista, los elementos más conservadores terminarán por establecer su hegemonía en el peronismo cordobés. El General Perón nunca sintonizó con esta dirección de su partido, a la que sabía bastante reaccionaria y potencialmente enemiga (como se comprobó en 1954/5), por lo que en 1949 impuso desde Buenos Aires el gobierno de un hombre de su confianza: el Brigadier Juan Ignacio San Martín, a quien la cúpula cordobesa del peronismo nunca quiso y trató de mantener en el olvido, no obstante su gran labor gubernamental.

El hecho es que para esa fecha el esfuerzo del Partido Laborista para erigirse en una agrupación autónoma de la clase obrera, había fracasado, tanto en Buenos Aires como en Córdoba y en las demás provincias que lo intentaron. El liderazgo carismático de Perón no dejaba lugar para tales pretensiones en el nivel político, y menos en los gremios, que desde entonces quedaron subordinados a la perspectiva nacional-burguesa de una nación capitalista autocentrada, con un poderoso sector estatal en la economía y justicia social para los trabajadores, pero no más -aunque ello era bastante. El control peronista sobre los trabajadores operaba como el reaseguro burgués contra las posibilidades de que, en algún momento, se produjera un desbordamiento por izquierda de las masas trabajadoras, a las que se les predicaba que debían limitarse a ir “del trabajo a casa y de casa al trabajo” y confiar en el Conductor.

Esta uniformidad impuesta desde arriba y que los trabajadores no tenían porqué discutir, dados los beneficios sociales que se derramaban sobre ellos desde la cúspide del poder, no impidió por supuesto ciertas **disidencias internas**,

tanto en el plano político como el propiamente laboral. En el aspecto **político** es dable presenciar la aparición, para las elecciones de Gobernador de 1948, de “un grupo medianamente numeroso, de extracción obrera e ideológicamente más radicalizado –recuerda Albarracín Godoy-, que tomó el nombre de Partido Obrero de la Revolución”. Fuerte en San Justo y en General San Martín, sobre todo, tenía como candidato a gobernador al Director de la Fábrica Militar de San Francisco, Mayor Julio S. Guzmán. Pese a considerarse expresamente parte del movimiento peronista, fue sin embargo tachado en su personería electoral, perseguidos sus militantes y trasladado el Mayor Guzmán, con lo que el Partido se disgregó casi nonato. En el plano específicamente **sindical**, surgen dos importantes disidencias que madurarán después de 1955: una es la del joven dirigente lucifuerzista Agustín Tosco, miembro de la Comisión Directiva del Sindicato local en 1953, y que de “peronista fanático” como se había autodefinido, va derivando a posiciones de izquierda que le granjean la animadversión de los ortodoxos; la otra, al interior del gremio de los Empleados de Comercio, dirigida por Joaquín Zuriaga y Miguel Azpitia, se establece como una corriente interna del gremio de carácter “antiborlenghista”, atrayendo sobre si todo el peso de la represión desatada por el Ministro del Interior... que es justamente el ex-dirigente mercantil Ángel G. Borlenghi.

Durante la década peronista, pero especialmente durante la gestión del Brigadier Juan I. San Martín, Córdoba experimenta un gran desarrollo industrial, que se aprecia claramente en el aumento de la cantidad de empresas en funcionamiento y de los operarios que en ellas se desempeñaban, así como el crecimiento del consumo de energía eléctrica en la provincia. Era éste un ritmo de desarrollo económico que había comenzado ya en el gobierno de Sabattini, cuando el número de fábricas y demás establecimientos de producción se elevó de 2.839 con 20.189 trabajadores en 1935 a 5.319



empresas con 37.649 obreros en 1943, año de advenimiento del nuevo régimen militar. Al comenzar el primer gobierno peronista en la provincia en 1946, los establecimientos eran ya 8.154, con 52.184 trabajadores, que se elevaron en 1954 a 18.619, que ocupaban a 88.595 personas. Notable era el crecimiento que había tenido la Fábrica Militar de Aviones, que habilitó secciones destinadas a la producción de tractores, motocicletas y automotores, las cuales cubrían en el año 1952 alrededor de 130 hectáreas –de 60 Has. que eran en 1947-, con 2.500 máquinas herramientas y unas 10.000 personas ocupadas, casi el doble de las que trabajaban en 1947. Ampliada y rebautizada como “Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado” (IAME), la antigua FMA hizo de Córdoba el primer polo industrial del interior, facilitó la aparición de talleres e industrias auxiliares proveedoras, y transformó “profundamente –dice James P. Brennan- la cultura industrial local, introduciendo nuevas tecnologías y procesos laborales y las prácticas gerenciales modernas de la producción fabril”. Afirmó, además, la demanda de ingenieros y técnicos de diversas especialidades y conformó una mano de obra que durante muchos años se caracterizó por su eficiencia y docilidad ante la patronal militar, que no le permitía ningún grado de sindicalización hasta el advenimiento de San Martín, como indicamos.

Aunque el IAME funcionó más como una prolongación del cuartel que como una de las tantas empresas de la provincia, en el resto de éstas –sean de producción o de servicio- el Estado peronista impulsó la agremiación de masas como parte de su propio sostén social y permitió la aparición y permanencia de dos instituciones laborales que causaban el más hondo rechazo en las patronales: el Delegado y la Comisión Interna, figuras ambas que desafiaban la soberanía total de la burguesía en sus establecimientos. En este clima favorable, aparecieron en Córdoba gran cantidad de **sindicatos**, muchos de ellos de la mayor importancia. Por ejemplo: la

“Unión de Trabajadores del Transporte Automotor” (UTTA, dirigida por Oscar Colla) que más tarde se fusionará con la “Unión Tranviarios” de Ceferino Luján para consolidar la “UTA” de Atilio López; el “Sindicato de Obreros y Empleados Públicos” (SOEP, luego SEP) creado el 15 de enero de 1947 por Vicente Alejo González, Julio Pedernera, Dardo Pablo Espinoza y Julio Granado; la “Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba” (UEPC), que nace en Jesús María en un Congreso de 15 uniones departamentales, el 25/26 de Abril de 1953, y cuya base –constituida primitivamente por maestros peronistas, radicales e independientes sobre todo– designa Presidente a Leónidas Ávila Vázquez, a quien acompañan en la primera Junta Ejecutiva Juan Sappia, Antonio Nadal, Rodolfo Mirgone, Santos D. Ortiz y Luis Dulce Villada, entre otros; el “Sindicato Argentino de **Prensa**, filial Córdoba”, que tuvo a Alberto Ramallo Ratti como su primer presidente (septiembre de 1953); el “Sindicato Único de Trabajadores del **Espectáculo** Publico” (noviembre del mismo año); y el “**Círculo de Autores** y Compositores de Córdoba”, fundado y presidido por J. F. Pérez Roselli el 1° de septiembre de 1954. Y son sólo algunos ejemplos.

No obstante este fenómeno de sindicalización de masas y el apoyo incondicional de los trabajadores al General Perón, contrariamente a lo que pudiera pensarse, hubo varias **huelgas** muy importantes durante sus dos primeras presidencias. Todas las que comprometieron un interés público muy amplio –como las de los frigoríficos de 1946, los portuarios y los metalúrgicos de 1947, los municipales de Capital Federal de ese mismo año, los bancarios y los panaderos de 1948, los gráficos y la huelga general provincial de Salta en 1949, las dos de la FOTIA tucumana, también de 1949, los marítimos de mayo, nuevamente los bancarios en septiembre y la de los ferroviarios de noviembre de 1950– fueron invariablemente declaradas ilegales, a veces privados de su personería los gremios que las conducían y sus dirigentes y militantes

desautorizados por la Secretaría de Trabajo y Previsión, despedidos por la patronal y encarcelados por las autoridades peronistas y sus movimientos repudiados por la burocracia sindical oficialista. Algunas, aunque involucraron a miles y miles de asalariados, fueron meramente regionales, como las huelgas mencionadas de los portuarios o los municipales de Buenos Aires, las movilizaciones de la FOTIA; la huelga general de Salta; la de los metalúrgicos de TAMET de Bs. As en abril de 1948; o la de la construcción en agosto de 1950, en el Gran Buenos Aires etc. Otras, en cambio, teniendo un carácter nacional, tuvieron su **repercusión en Córdoba**: la de los metalúrgicos del 10 y 11 de noviembre de 1947, a la que adhirieron además los empleados de la estaciones de servicio; la de los ferroviarios del día 24, con resonancias en el FCCA pero no en las líneas estatales; la de bancarios en marzo de 1948, con epicentros en los Bancos de la Nación y de la Provincia de Córdoba y de nuevo en julio de 1950, gráficos en febrero de 1949, la gran huelga ferroviaria en noviembre de 1950 y otras. Recién a partir de este año fueron amainando y se hicieron cada vez menos numerosas.

Pese a su magnitud y a su represión, estos movimientos no deterioraron nunca la imagen de Perón ante los trabajadores, porque el Líder tuvo la precaución de dejar la represión en manos de sus subordinados sin apoyarlos públicamente y con cediendo luego, a la larga o una vez de aplastada la huelga, casi todo lo que sus sostenedores habían exigido, sobre todo aumentos de salarios. En realidad, lo que Perón no podía admitir era que, aun cuando estuviese de acuerdo con las reivindicaciones de los trabajadores peronistas por considerarlas justas, se sentaran precedentes de conquistas conseguidas desde abajo, por el empuje autónomo del proletariado y sin respetar el principio de autoridad que le era tan caro. Este principio era, a la vez, en la cabeza del Líder, un reflejo de los límites que el pensamiento burgués ponía preventivamente a una autonomía obrera que podía superar

en su dinámica los estrechos marcos en los que las clases dominantes pretendían encerrarlo, y simultáneamente, un instrumento para impedir ese proceso.

En Córdoba, aparte de las repercusiones de las huelgas nacionales, se desataron desde un principio movimientos reivindicativos **locales** contra las patronales privadas. Ya en los primeros meses de los gobiernos peronistas de 1946 -de Argentino Aucter en la Provincia- menudearon los conflictos, como los realizados por los empleados de las usinas eléctricas, los choferes del transporte público, los albañiles y mosaístas de la construcción, etc. En 1947 se desataron otra vez las huelgas de la construcción, de los gastronómicos y de los panaderos. Al año siguiente, en el solo mes de marzo, entraron en conflicto los tranviarios, de nuevo los panaderos -que aún no se había sumado a la CGT-, y los cementeros de CORCEMAR. En 1949, los molineros, los metalúrgicos de la UOM, rama empleados, algunos sectores de los obreros del riel etc. Fueron generalmente huelgas pacíficas y mediadas por la Secretaria de Trabajo y Previsión a favor de los trabajadores, excepto la del SOC de noviembre de 1947, con influencia residual de los comunistas, a la que se sofocó con detenciones masivas y clausura del local sindical. Es que los trabajadores, sobre todo en los sectores urbanos, advirtiendo que contaban con un gobierno que en última instancia dependía de su apoyo político y electoral, montaron espontáneamente una ofensiva general contra la burguesía y las patronales para conseguir una mayor participación en la redistribución del ingreso nacional. Y lo lograron.

También en **el campo**, especialmente en los departamentos de Unión y Marcos Juárez, existieron conflictos a partir de la cosecha fina de 1945, aunque ahora la situación se había invertido: los reclamantes fueron los pequeños y medianos chacareros y arrendatarios cerealeros. Efectivamente, los peones no permanentes - los permanentes

o mensuales eran cobijados por el Estatuto del Peón- eran defendidos en su derecho al trabajo por los discretamente denominados ahora “Centros de Oficios Varios” que, bajo la tutela del Estado, existían en casi todos los pueblos de campaña de Córdoba, centro y sur de Santa Fe y norte de Buenos Aires. En su afán de proporcionar trabajo remunerado a los numerosos peones rurales, los “Centros”, muchas veces con apoyo de los delegados regionales de la Secretaría de Trabajo y Previsión, las autoridades comunales y aun las policiales, imponían a colonos y arrendatarios la contratación compulsiva de uno o dos trabajadores en épocas de cosecha, que eran innecesarios en muchas chacras porque el agricultor solía emplear la mano de obra de su extensa familia en estas ocasiones. Por ello menudearon las quejas de los chacareros y los reclamos de la Federación Agraria Argentina -que los representaba- ante el Ministerio de Agricultura de la Nación. Algunas veces fueron escuchados y la mayor parte ignorados. Ni siquiera la sanción de la ley nacional 13.020 (que regularía el trabajo rural temporario desde 1947), pese a que reconocía la *libertad de trabajo familiar*, pudo acabar con los problemas, porque tenía tantas condiciones para permitir el ejercicio de esa libertad por parte de la familia agricultora que generalmente no se podía impedir la imposición de las contrataciones compulsiva de trabajadores innecesarios.

En este mismo año 1947, en enero, en el momento culminante de la cosecha fina de la temporada 1946/47, se declaran en huelga 60.000 obreros rurales de San Martín, Tercero Arriba, Unión y Marcos Juárez, exigiendo que el movimiento de bolsas y el manipuleo del cereal desde las chacras hasta las estaciones ferroviarias o los silos de acopio tuvieran un pago extra a cargo de las patronales agrarias o del Instituto Argentino de Intercambio. La “Federación de Obreros Rurales, Estibadores y Anexos de la Provincia de Córdoba” (dirigida por Julio Castro), que en esos momentos celebra su Congreso en Villa María, los insta a mantenerse

firmes en sus reclamos. Finalmente, interviene el Delegado Regional Villa María de la Secretaría de Trabajo y Previsión de la Nación y se llega a un arreglo, no sin antes haber sopor-tado la Federación obrera la acusación de un senador Turconi de estar realizando una “acción comunizante”...

Sea como fuere, el hecho es que la devoción por el General Perón y su régimen se mantenía intacta todavía en 1955 entre la clase obrera cuando la oligarquía y el imperia-lismo tramaron su deposición. Entonces, algunos dirigentes no burocratizados exigieron armas para defender el gobierno popular, pero el Líder no se las concedió y ordenó entregar al Ejército las que ya tenían. En Córdoba, narra José Ma-ria Obregón, en una reunión de la CGT Regional se decidió realizar un paro general y proceder a desmontar las piezas vitales de las máquinas de las distintas industrias para pa-ralizar la producción, y organizar grupos integrados por 10 obreros cada uno, a los que se les prometió proporcionarles armas. Las armas nunca llegaron y los dirigentes cegetistas se esfumaron. Miguel Aspitia coincide sustancialmente con el Secretario General de la Carne al manifestar que “varios dirigentes y militantes peronistas habían entrevistado al se-nador Lallana, dirigente del gremio de papeleros, para que el solicitara al Gobernador Lucini las armas suficientes para defender el edificio de la CGT, que estaba en Av. Vélez Sárs-field 127, pero todo fue infructuoso [...] Nada se pudo hacer en consecuencia y el último en resistir fue el compañero Mi-guel Ángel Godoy del gremio de panaderos, hasta que llegó la patota de comandos civiles a los tiros, baleando el cartel del frente de la casa, rompiendo puertas, mástil y derrum-bando de su pedestal el templete que habíamos hecho a Eva Perón dentro del hall de la CGT”.

Era el 16 de septiembre de 1955 y la década peronista había terminado.

## 16. LA RESISTENCIA PERONISTA Y LA RECUPERACIÓN DE LOS SINDICATOS

Después del breve interregno conciliador del General Lonardi – “Ni vencedores ni vencidos”- el gobierno de la Revolución Libertadora llevó una ofensiva en toda la línea contra el peronismo y el movimiento obrero. Encarcelamientos, expatriaciones, fusilamientos, prohibición legal de pronunciar el apellido Perón y exhibir los símbolos del Partido Peronista, proscripción, retiro de la personería gremial, intervenciones a la CGT y los sindicatos en todas las provincias, ocupación de sus locales por parte de los tristemente célebres “comandos civiles”, y 62.000 dirigentes y activistas inhabilitados para participar de las actividades sindicales fueron algunas de las medidas tomadas por los que el pueblo llamó “los gorilas”. El Interventor designado para la CGT cordobesa fue el Comandante de Aeronáutica Jorge Suárez y los diversos gremios quedaron como botín de guerra para toda clase de “sindicalistas” sin seguidores, sobrevivientes de la década pre-peronista: socialistas, comunistas, radicales, anarquistas y hasta algunos pocos demócratas liberales.

El gremialismo peronista, antes que el sector político, y tras superar una etapa de desconcierto, abrió el período heroico de la “Resistencia peronista”, en el que menudearon, como enumera Miguel Aspitia, la distribución clandestina de volantes y manifiestos mimeografiados, la fabricación casera y lanzamiento de los “cócteles molotov”, de la colocación de explosivos –los famosos “caños”-, la edición del efímero diario “17 de Octubre”, formación de comandos también clandestinos, sabotajes, atentados personales, obtención de casas seguras para las reuniones, distribución de la revista “De Frente” que por poco tiempo editó en Buenos Aires John William Cooke, detenciones en la Cárcel de Encausados, el Buen Pastor o el Regimiento 141 del Parque Sarmiento, tor-

turas y sometimiento a los Tribunales de Guerra, etc. En este esfuerzo contra la reacción, los sindicalistas duros del peronismo actuaban asociados a la Alianza Libertadora Nacionalista local, comandada por “Coco” Pedrotti y al grupo del ex comisario Bernardo Gordillo, autodenominado “Comando de Operaciones de la Resistencia Peronista” (CORP). “La Resistencia peronista cordobesa – juzga James Brennan- fue una de las más feroces del interior de la Argentina”, aunque debería decir una de las más heroicas.

Pero la Resistencia no se configuraba solamente con el desarrollo de este tipo de acciones, sino con el esfuerzo por **reconstituir las redes desarticuladas** del sindicalismo peronista de Córdoba. Con la ayuda de algunos profesionales decididos, como los Dres. Lucio Garzón Maceda, Luis Alberto Pereyra, Carlos Berardo, Julio Antún, Teodoro Funes (p), y otros pocos, la antigua dirigencia, remozada con nuevos activistas o que habían pertenecido a una segunda línea en la etapa anterior, lograron recomponer ilegalmente el funcionamiento informal de lo que se llamó la “CGT Auténtica”, cuyos principales dirigentes eran Mauricio Labat, Fortunato González (de alimentación), Jesús Cuello (de canillitas), Juan Brizuela y el molinero Bernabé Bárcena. Este grupo comenzó a reunirse con Aspitia, Marcelo Monzón del SMATA, Jorge Lujan, del Vidrio; Atilio López, joven dirigente de la Unión Tranviarios Automotor (UTA), Garzón Maceda de prensa, Miguel Ángel Godoy de panaderos y otros, resolviendo finalmente contactarse con el Comandante Suárez para solicitarle la normalización de la Regional de la CGT intervenida. El Interventor lo consintió y así se realizó el Plenario del 1° de julio de 1957, con asistencia de alrededor de 40 gremios, eligiéndose Secretario General a Atilio López –entonces de 27 años- que aunque activo militante de la Resistencia peronista, por su origen en una familia radical era relativamente aceptable para la Intervención. Le acompañaron en la nueva Comisión Directiva Miguel Aspitia, For-



tunato González, Garzón Maceda, Luján, Héctor Olmedo de Obras Sanitarias de la Nación, Rodríguez de la cementera Corcemar, Avilés de Petroleros, Godoy de panaderos, Ahumada de farmacia, Juan Zárate, de la Cervecería Córdoba; Revelli, de Cal y Piedra de La Calera-Dumesnil, y Cancina del cuero. Quedaron en minoría un grupo de gremios que irían a constituir la fracción de los “Independientes”: Luz y Fuerza con Tosco y Ramón Contreras a la cabeza, los Viajantes con Eleodoro Saiz, anarquista; Díaz de gastronómicos, Chacón de bancarios y la dirección comunista de químicos.

También se diferenciarían de la nueva CGT los miembros “duros” de la CGT “Auténtica”, que habiéndose entrevistado con López y su directiva, vieron rechazadas sus sugerencias de constituir una organización obrera puramente peronista y fuertemente confrontativa, en vez de la central pluralista –aunque de mayoría peronista– que había surgido del Plenario. Empujados desde Buenos Aires por el textil Andrés Framini, los miembros de este grupo pasaron a autodenominarse “**ortodoxos**”, mientras bautizaban con cierto desdén de “**legalistas**” a sus adversarios. Al surgir en septiembre las “62 Organizaciones” y los “32 Gremios Democráticos” en razón del fracaso del Congreso de Unificación nacional convocado por el Interventor de la CGT central, Capitán Patrón Laplacette, aquella división pasó automáticamente al interior de las flamantes “62” cordobesas, (a cuya formación nacional contribuyó inicialmente Agustín Tosco, quien se separaría al poco tiempo, lo mismo que los comunistas que formarían “los 19”, luego Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical-MUCS)

Simultáneamente con este esfuerzo por retomar el control de la CGT Regional Córdoba, el activismo peronista lucha en la bases por **normalizar los sindicatos** –es decir: acabar con las intervenciones- y recuperar sus direcciones. En mayo de 1957, fraude mediante y con un padrón adul-

terado, Aspitia pierde por 32 votos la Asociación Gremial de Empleados de Comercio (**AGEC**), aunque entra por la minoría para concurrir al Plenario normalizador de la CGT local que mencionamos arriba, quedando el gremio aún por un tiempo en manos de “gente como (Julio) Alonso, Lema, Moyano, González, Roffé, en fin comandos civiles y gorilas que manejaban la tesorería a su antojo”, al decir del propio Aspitia. La **UTA**, en manos de interventores demócratas que respondían a José Aguirre Cámara, no podrá aún ser recuperada, aunque éste dio su anuencia a la candidatura de Atilio López. La Unión Obrera Metalúrgica (**UOM**) quedará después de un tiempo en manos de los ortodoxos como Jerónimo Carrasco y Alejo Simó. **Luz y Fuerza** elige en 1957 una conducción pluralista, encabezada por el rehabilitado Agustín Tosco, que refleja la composición de su heterogénea base de peronistas, radicales –como Ramón Contreras y Simón Grigaitis- y comunistas, como Felipe Alberti, en una gama de trabajadores que va desde los simples obreros de filas a técnicos y profesionales socialmente de clase media. **El SMATA** (Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor), que había sido hasta la caída del peronismo un simple gremio sin importancia de obreros del repuesto, la venta de automotores y los talleres de reparaciones, comienza su crecimiento a partir del momento en que la empresa “Industrias Kaiser Argentina” (IKA), instalada en Barrio Santa Isabel, comienza a tomar personal (1.550 obreros en 1956, 2.332 en 1957, 4.084 en 1958...), a los que se sumarán enseguida los de ILASA y en 1963 los de Transax. En este remozado SMATA, después de diversas alternativas, queda consolidada en 1956 la Comisión Directiva encabezada por el socialista Alejandro M. Brizuela, mascarón de proa de una alianza comunista-radical que firmó con la IKA el primer convenio laboral en enero de 1957. Pero no duraría más de un par de años el predominio del comunismo: una agrupación peronista –la “24 de Febrero” (Lista Verde)- liderada

por Elpidio Torres, ex-Secretario de Actas del gremio de Panaderos de Alta Gracia y dirigente de la Juventud Peronista de esa misma ciudad, obrero mecánico desde 1956, triunfaría ampliamente en los comicios internos del 10 de diciembre de 1958: su lista obtuvo 588 votos, superando a los comunistas de la “Azul y Blanca” (liderada por Jesús García) y a la “Lista Marrón” de los socialcatólicos de la “Acción Sindical Argentina” (ASA), encabezada por Esteban Taborda. Los comunistas conservaron empero siempre gran fuerza en las secciones de matricería del primer turno (con David Levi) y pintura (con Jesús García, que había logrado hacer declarar trabajo insalubre el que allí realizaban).

Para entonces –desde el 1° de Mayo de 1958- ya era Presidente de la Nación el Dr. Arturo Frondizi y Gobernador de Córdoba Arturo Zanichelli.

En las áreas donde resultaba difícil reconquistar el gremio correspondiente, como en el Sindicato de Vendedores de Diarios (o “canillitas”), en el Sindicato Único de Trabajadores del Espectáculo Público (SUTEP) y en AATRA, el sindicalismo peronista creó organizaciones paralelas realmente representativas, que dejaron sólo el sello en manos de los interventores. “Los pasamos por arriba –comentaría Aspitiay respetamos a los compañeros que se organizaban en forma paralela, encaminados a tomar el sindicato”.

Los trabajadores de las plantas industriales de la FIAT en Ferreyra –Fiat Materfer, Fiat Concord y luego Fiat Grandes Motores- no podrán afiliarse al SMATA, aunque sí a la UOM, que disputaba permanente la jurisdicción de Mecánicos sobre estos trabajadores, hasta que la patronal italiana, en complicidad con el Ministerio de Trabajo, conseguirá que se organicen solamente sindicatos por planta, y así surgen el 26 de julio de 1960 el SITRAC (Sindicato de Trabajadores de Concord) y el 6 de agosto el SITRAM (por Materfer), y

luego el SITRAGMD (Grandes Motores Diesel), todos con una dirección complaciente con la empresa.

Dos actividades trascendentales marcan la gestión de Atilio López y Miguel Aspitia: la gran huelga del 12 de julio de 1957 y el Plenario Nacional de Delegaciones Regionales de la CGT de octubre del mismo año, que aprobó el llamado “Programa de la Falda”. **La huelga** se declaró, después de días de intensa preparación, en solidaridad con los trabajadores cordobeses de FOETRA (Federación de Obreros y Empleados Telefónicos de la Republica Argentina) y de AATRA (Asociación Argentina de Telegrafistas y Radiotelegrafistas), que habían formado su propio y juvenil “Comité de Huelga” contra la patronal-Estado por la indiferencia con que la “Comisión Intersindical” que secundaba al ex-interventor Militar había tratado sus reivindicaciones. El paro tuvo un éxito sensacional, no obstante que los partidarios de la Revolución Libertadora hicieron de rompehuelgas manejando tranvías y ómnibus, haciendo de inspectores municipales de tránsito y logrando el concurso de piquetes de la Aeronáutica,

Este éxito y la circunstancia de haber sido la primera Regional normalizada del país, dieron a la conducción de la CGT cordobesa la autoridad suficiente para convocar al **Plenario de La Falda**, que aprobó casi sin modificaciones el texto del “Programa” firmado por Lucio Garzón Maceda, Miguel C. Aspitia y Atilio López, una exposición revolucionaria de las tareas y los objetivos que asumía la clase obrera argentina a través de sus representantes.

La constante contienda entre las dos fracciones peronistas –en la que solían terciar los Independientes liderados por Agustín Tosco- por controlar la CGT, las muchas huelgas y movilizaciones que dirigieron y la circunstancia de que no existía aún –y no existiría hasta 1963- una Central nacional organizada y reconocida, no sólo dio experiencia y capacidad de lucha a la nueva generación sindical crecida en la

Resistencia, sino que desarrolló un acentuado sentido de la **autonomía** de la Regional Córdoba frente a la naciente burocracia porteña.

## **17. BAJO ZANICHELLI, HUELGAS Y DEMOCRACIA SINDICAL.**

El nuevo gobierno de Arturo Frondizi iniciado el 1° de Mayo de 1958 se propuso un plan que, siendo muy realista en sus diagnósticos, era profundamente utópico e irrealizable en sus objetivos: lograr un gran desarrollo industrial autónomo con la colaboración del capital extranjero imperialista y al mismo tiempo *integrar* –de allí lo del “Integracionismo” frigerista- a los dirigentes peronistas sindicales y sus bases a ese proyecto nacional. La experiencia diría que ambos propósitos eran incompatibles, pero mientras tanto, para facilitar esa captación de la dirigencia gremial, el frondizismo realizó en su primer año importantes concesiones al movimiento obrero: la ley 14.455 de Asociaciones Profesionales, muy similar a las leyes peronistas de la materia y que conferiría gran fuerza a la central cegetista nacional al reconocer un solo sindicato por cada rama de la producción, el manejo de las obras sociales y la cuota sindical de descuentos automático; la anulación de las inhabilitaciones gremiales de la Revolución Libertadora; la derogación del decreto 4161 de proscripción del nivel simbólico del partido mayoritario; el restablecimiento del sistema de las Convenciones Colectivas de Trabajo; la sustitución de interventores militares en los gremios por civiles y la promesa seria de pronta entrega de las organizaciones a los trabajadores.

Estas medidas crearon un clima de confianza entre gobierno y sindicalistas, que alcanzó un alto nivel en Córdoba, en donde su Gobernador Arturo Zanichelli mantuvo

cordiales relaciones con los gremios peronistas y no peronistas (como Luz y Fuerza), aún después de la ruptura de ellos, en el orden nacional, con la política económica de Frondizi, especialmente a partir de la huelga contra la privatización del Frigorífico Lisandro de la Torre en enero de 1959. Más aún: desafiando al Presidente, la Legislatura cordobesa, a iniciativa de Zanichelli, aprobó una Resolución que solicitaba al gobierno central el levantamiento del Estado de Sitio y “la libertad de todos los detenidos por cuestiones gremiales, como así también el levantamiento de las intervenciones y movilizaciones dispuestas en las organizaciones sindicales”. El Gobernador tenía una gran amistad con Atilio López –amistad nacida en la redacción del diario frondizista “Orientación” cuando ambos trabajaban activamente a favor de los candidatos de la UCRI en 1957/8-, y por ello el Secretario General de la CGT, lo mismo que los demás gremialistas, tenían libre acceso al despacho de Zanichelli. De ahí que Mario Lavroff, el biógrafo de Atilio, afirme que “las relaciones de la entidad (la CGT) con el gobierno provincial fueron buenas” ya que si bien “los conflictos gremiales existieron [...], muchos de ellos fueron motivados por una política económica nacional” y no por agravios de las autoridades de Córdoba.

Entre los movimientos desarrollados entonces en la provincia se cuentan, antes que nada, los reclamos de los trabajadores de la sal del noroeste y el de los mineros y, sobre todo, la gran Huelga de 72 horas de solidaridad con los trabajadores que ocuparon el Frigorífico Lisandro de la Torre en enero de 1959 (Tosco combatió en sus filas), decretada en un Plenario cegetista en el que informó Sebastián Borro, Secretario General del gremio frigorífico, acabado de llegar a Córdoba; como era habitual, se saldó con gran cantidad de militantes sindicales detenidos, entre ellos Elpidio Torres. Podría decirse que este conflicto marca la ruptura de Perón con el gobierno frondizista, la aparición de una política disruptiva del justicialismo –fogueada por el propio Perón y por

las erróneas posiciones ultraizquierdistas de John William Cooke- y un retorno a las prácticas de la “Resistencia” (atentados, explosivos, sabotajes...), que alcanzarían su culminación en el terrible atentado contra la empresa SHELL-MEX, el 26 de febrero de 1960, en el que murieron nueve personas y que proporcionó la excusa para derribar a Zanchelli.

También contemos otros dos conflictos: uno, la huelga general por tiempo indeterminado por cuestiones salariales contra la Empresa IKA por parte del SMATA, entonces ya “torrista”, declarada el 6 de febrero de 1959, que por mediación de Zanichelli terminó con un acuerdo entre las partes a los 22 días de decretada la medida, y otro, el largo paro de 3.000 bancarios cordobeses, en mayo/junio, dirigido por Alberto Ritatore, Secretario General de la Asociación Bancaria. Igual intervención personal del gobernador en octubre permitió solucionar un tercer conflicto: el que la poderosa empresa cementera de Juan Minetti sostenía con sus trabajadores. Muy importante también fue la huelga metalúrgica de octubre de 1959.

Esta actitud conciliatoria del Gobernador no era sino expresión de su convicción de que se debía respetar a los trabajadores y acabar con la antinomia peronismo-antiperonismo. Dentro de esa línea “integracionista”, a la vez sincera y calculadora, deben ubicarse también los gestos que tuvo hacia los sindicalistas cordobeses, como el de designar interventor en la célebre CATA (la “Corporación Administradora del Transporte Automotor” de la ciudad, de ómnibus y tranvías) a Julio A. Méndez López, primo hermano de Atilio, y el de dar participación a los tres gremios lucifuerzistas de Córdoba en las discusiones previas al contrato con la firma Ansaldo para ampliar la capacidad eléctrica de la provincia, expidiéndose Agustín Tosco en sus nombres a favor de la pronta concreción de la instalación de la empresa italiana.

Toda esa política fraternal de Zanichelli (que había sido Director del Departamento de Trabajo bajo Sabattin), intragable para los sectores más recalcitrantemente gorilas, -entre ellas la jefatura militar de la IV División de Ejército con asiento en Córdoba- le costó la gobernación, como se sabe: el 10 de junio de 1960 la provincia fue intervenida. La base documental de la medida aprobada por el Parlamento Nacional era el famoso “Informe CONINTES”, producido por las Fuerzas Armadas, cuya afirmación de que el Gobernador y los suyos “actuaron junto a los delincuentes terroristas y con los peronistas subversivos y mantuvieron entrevistas secretas con sus cabecillas” no era sino la forma caricaturesca y reaccionaria de describir la posición integracionista de Arturo Zanichelli. El mandatario ucrista recibió en la circunstancia la callada solidaridad de la CGT local –encabezada en el momento por Juan Zárate y Miguel Aspitia- que ya a fines de abril, en un plenario provincial, había resuelto un paro de 24 horas “en defensa de la legalidad constitucional”, cuya ruptura evidentemente la perjudicaría también a ella. En junio, Luz y Fuerza y algunos pocos gremios más repudiaron expresamente la violación de la autonomía provincial que se acababa de producir, exigiendo después la libertad de los “presos CONINTES”, como se les llamaba.

La intervención a la provincia determinó de inmediato el aumento de las presiones de la prensa, de los sectores librepresistas y de la patronal automotor privada para que se concretara la largamente pedida privatización de la CATA. Mal administrada, deficitaria, con pésimos servicios, la empresa oficial no era defendida ni siquiera por su propio personal. De allí que la UTA no se atreviera a sostener el mantenimiento de la estatización, sino que ofreció ¡prestar treinta y seis millones de pesos a la CATA! para su rehabilitación, ofreciendo como alternativa la “cooperativización” de las líneas en actividad. Esta situación tendía obviamente



a debilitar la posición de Atilio López, cuyo baluarte eran precisamente los choferes de la CATA.

También se debilitó hasta destruirse el prestigio de Aspítia a raíz de la famosa huelga de octubre de 1960 de los trabajadores de DINFIA (nuevo nombre de la FMA y sus dependencias). Motorizada por Eulogio Peralta, Secretario General de ATE-Córdoba, Valerio Pincirolli, Mariano Toledo, Raúl Oviedo, Mario Bravo, Ramón Carabajal y José Bruno, el movimiento había estallado comprendiendo más del 60% del personal de la empresa, pero para fin de año la rígida intolerancia del Director Nacional de DINFIA y su negativa a readmitir a los 200 activistas despedidos condujeron la huelga por un camino sin salda a juicio de la dirección cegetista. Debido a esa situación, el Plenario de la CGT del 7 de noviembre, por mayoría –con la oposición de la UOM- decidió el levantamiento del paro de solidaridad programado para el día 8. No obstante esta circunstancia, un grupo numeroso de enfurecidos operarios de DINFIA reunidos en el Club “Alas Argentinas”, hicieron a Miguel Aspítia (que era el Secretario Gremial de la Regional) responsable de haber “entregado” la huelga y el 9 a la noche ocuparon tumultuosamente el local de la CGT en Av. Vélez Sársfield 137. Aspítia, maltratado incluso físicamente, debió renunciar, lo mismo que otros miembros de la Comisión Directiva que encabezaba Juan Zárate (Jorge Luján, Secretario Adjunto, José María Obregón, de la carne y José H. Estévez del SUOEM, y otros).

Debido a estos hechos, la conducción de la CGT cordobesa, en el discutido Plenario del 16 de enero de 1961, pasó a manos de los “ortodoxos”, que impusieron como Secretario General al dirigente metalúrgico Jerónimo Carrasco, a quien acompañaban Fortunato González (alimentación), Oscar Settembrino (telefónicos), Pedro J. J. Gómez (petroleros) y Julio Petrucci de Aguas Gaseosas, y Elpidio Torres del SMATA que luego se alinearían con los “legalistas”, quienes

en estos días desconocen y objetan el Plenario que encaramó a Carrasco. En 1962 sería sucedido por Alfredo Martini, también de la UOM y también “ortodoxo”. Los “legalistas” opositores, unidos a los “Independientes”, constituyeron entonces las “51 Agrupaciones sindicales” de Córdoba

La amplia autonomía alcanzada en este período por el movimiento obrero de Córdoba y sus particulares características se aprecian no solamente en esta especial relación con el gobierno provincial y en la movilización decidida de las bases, sino también en otros dos fenómenos que no se darían –o, al menos, no se darían en esta época– en Buenos Aires: la democracia sindical y la unidad obrero estudiantil, que son los aspectos positivos del balance de esta etapa.

Siguiendo la tendencia congénita de las grandes organizaciones gremiales a adoptar una conducta y una estructura burocrática, como tan bien lo estudió para Alemania Robert Michels, los más importantes sindicatos de Buenos Aires habían tomado francamente ya a principio de los sesenta una deriva en ese sentido. En Córdoba, en cambio, la “**Democracia sindical**” se practicó emblemáticamente en los dos más importantes sindicatos de Córdoba: Luz y Fuerza y el SMATA, además de en otros sindicatos independientes o “legalistas”. En el gremio de Agustín Tosco, “el *Gringo* convocaba a frecuentes asambleas –dice Doralice Lusardi– y a partir de allí Tosco generaba ideas. Luego se votaba, y se aceptaba el resultado de la votación, que habitualmente coincidía con las propuestas de Tosco”. Además, estaba la edición y lectura del periódico propio *Electrum*, “un foro –decía Brennan– en el cual trabajadores de todas las categorías discutían, a menudo en términos caseros pero muy perspicaces, la naturaleza particular de los problemas energéticos del país y el papel de Córdoba en su solución, así como la relación entre los modelos nacionales de desarrollo económico y la producción de energía eléctrica”. (También los mecánicos

tenían su prensa: “La Voz del SMATA”, y la UTA una revista del mismo nombre. Se habían acabado los payadores ante el desarrollo de la palabra escrita). Con esta metodología, sumada a una defensa inculdicable de los intereses laborales de sus compañeros, el “Gringo” Tosco (realmente, era de Moldes y hablaba piamontés...) logró ligar a su perspectiva a la inmensa mayoría de los trabajadores del gremio, aún a los peronistas, cuyo líder, Sixto Ceballos, se limitó a hacer una oposición formal.

En el Sindicato de los mecánicos, es el propio Torres el que narra el origen y el funcionamiento de esa democracia sindical: “Habíamos logrado insertar en el Convenio Colectivo de Trabajo del año 1960 –recuerda en sus memorias-, una cláusula que establecía el examen cuatrimestral del salario. Fue una avanzada que no tenía antecedentes en el país. En el resto de los Convenios se utilizaban escalas salariales anuales. Esa situación hacía que cada cuatro meses tuviéramos un mes de asamblea, todos los sábados. Nos reuníamos en el local del Córdoba Sport Club o en el Centro de Empleados de Comercio; los debates eran extraordinarios, duraban largas horas y la cantidad de gente que tomaba la palabra superaba los treinta oradores”. No menor era la participación democrática de los obreros en el interior de la planta de IKA y en el sindicato, en parte por la estrategia de Elpidio para integrar a su gremio a los hasta entonces remisos trabajadores de la empresa yanky, pero también por la vigilancia y la fiscalización estrecha de la militancia comunista y de la Fracción Trotskista de Mecánicos (del POR-t), dirigida por Héctor Menéndez y Cecilio Butto. Claro que esta forma participativa se fue diluyendo a medida que Elpidio se fue afianzando en su cargo. Podría también considerarse como una forma de democracia pública participativa la modalidad de los llamados “paros activos” (con movilización en las calles), tan distintos de los “paros materos” o “domingueros” que acostumbraban realizar los popes del gran sindicalismo

porteño-bonaerense. (Senen González señala que el **primer paro activo** en la Capital y Gran Buenos Aires dispuesto por la CGT nacional se programó en una fecha tan tardía como el 1° de octubre de 1969... y se levantó a la primera amenaza del dictador Onganía).

Meses después de esta fecha, al comenzar las luchas de los trabajadores de la educación -la UEPC y el “Sindicato de Educadores Privados y Particulares de Córdoba” (SE-PPAC)- la misma se llevará a cabo también en ambas organizaciones mediante una efectiva democracia asambleística: reuniones generales en cada escuela y cada colegio, donde cada maestra o profesor podía expresarse libremente, elegir los delegados a las asambleas de la instancia siguiente, y reunión de esta asamblea mayor donde a su vez y con la misma participación amplia y horizontal se tomaban las decisiones que comprometían a todo el sector.

En cuanto a la reconstitución de la tradicional **alianza obrero-estudiantil** proclamada y practicada en los años posteriores a la Reforma Universitaria y quebrada por el paso del estudiantado al frente proimperialista en 1945/46, daría comienzo ya en los años 1957/58. Brennan sostiene equivocadamente que la muerte del estudiante-obrero Santiago Pampillón, en septiembre de 1966 por obra de la represión policial de Onganía, “sirvió como un primer vínculo entre los estudiantes universitarios y el movimiento obrero cordobés”. En realidad, la reconstitución de la alianza obrero-estudiantil, si bien tiene su sede en Córdoba, reconoce sus orígenes en una fecha bastante más temprana: 1958. Razón tiene Sanguinetti entonces cuando dice que la lucha contra la enseñanza mal llamada Libre “permitió, sobre todo en Córdoba, cierto acercamiento con los obreros, distanciados desde 1945, y desde entonces no muy propensos a pactar con los universitarios”. Efectivamente, ese año 1958 la CGT cordobesa acompañó con sus simpatías las movilizaciones

del estudiantado reformista, en una actitud que se ampliaría para otras luchas al grupo universitario “Integralista” y que acercaría aún más a trabajadores y universitarios. Podría incluso hacerse retroceder esa fecha si tenemos en cuenta que la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) adhirió expresamente, mediante una declaración, al paro general que la Central cegetista declaró en Córdoba el 12 de julio de 1957.

Lo específico de esta nueva etapa de reconstitución de aquella unidad, fue que se realizó con los sindicalistas peronistas. En la etapa anterior, la vieja dirección fuquista mantuvo la ficción de la Alianza obrero-estudiantil invitando como oradores de sus actos a dirigentes amarillos que ya no representaban a nadie, como –por ejemplo- el socialista de la madera Lucio Luna o los comunistas Cruz Ramírez o Carlos Céliz, al tiempo que desconocía toda representatividad y despreciaba a un organismo de masas como era la CGT de los años 1945-55. Es cierto que todavía hasta junio de 1958 se mantenía cierto recelo antiperonista, digamos así, porque en el acto realizado en el Córdoba Sport para celebrar el 40° Aniversario de la Reforma Universitaria el orador por los “obreros” fue el legendario anarquista Carlos Badenes, valeroso pero irrepresentativo luchador libertario, pero esto cambiaría en pocos meses. Ya el 1° de octubre de 1959, tres oradores estudiantiles –Norberto J. Ciaravino por la FUC, José María Willington por el Integralismo y Rubén Soloa por la CGU- hablaron junto al metalúrgico Humberto Lazcano en la sede de la Confederación General del Trabajo, adhiriendo a la huelga de la UOM entonces en curso. Poco después –casualmente el 17 de octubre, fecha simbólica del peronismo- una delegación de la CGT compuesta por Juan Zárate y Miguel Azpitia habló en el Cuarto Congreso de la FUA reunido en nuestra ciudad. Más tarde, a fines del ’60, para la Huelga grande de Derecho contra el Examen Oral y Escrito, la CGT –entonces a cargo del metalúrgico Jerónimo Carrasco- prestó a los estudiantes de leyes sus instalaciones

de Vélez Sársfield 137 para que celebraran sus asambleas, y lo mismo hizo la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) con su local de Corrientes 480. Por su parte, la dirigencia del Sindicato de Obreros y Empleados Municipales (SUOEM) recibió amistosamente al Comité estudiantil de Huelga que concurrió a solicitar su apoyo al viejo local de la calle 9 de Julio al 600. Este gremio, lo mismo que ATE y otros varios, hicieron público ese apoyo a los huelguistas. El propio secretariado de la CGT en pleno, el 23 de febrero de 1961, considerando entre otras cosas que “la aplicación del Examen Oral y Escrito representa una maniobra irritante y oligárquica para coartar a los hijos del pueblo –de inteligencia clara aunque de manos callosas- su noble aspiración de elevación cultural y de progreso técnico”, resolvió: “Hacer llegar su más ferviente adhesión a los estudiantes universitarios por su firme postura al declarar la huelga universitaria”.

A principios del año siguiente, los estudiantes universitarios dan un nuevo paso en la misma dirección –esta vez más de naturaleza política- al llamar la FUA a apoyar las fórmulas gubernativas de la “Unión Popular” (siglas con las que concurría el peronismo proscripto) para las elecciones del 23 de marzo de 1962, que causarían la caída de Frondizi. Finalmente, en el Seminario de Tucumán de 1962, una parte de los reformistas de la FUA (los adherentes al famoso “Despacho N°2”) se autocriticarían de los errores cometidos frente al peronismo.

## **18. LEGALIDAD, REORGANIZACIÓN Y PLANES DE LUCHA**

La década de los '60, que se inicia en Córdoba con la caída de Arturo Zanichelli, fue una época de gran conflictividad obrera, de movilizaciones y de grandes huelgas, pero sus

raíces estructurales provenían de los años inmediatamente anteriores: mediados de los '50. Efectivamente, las grandes industrias automotrices y mecánicas que cambiarían la faz de Córdoba se inician en estos años. Aprovechando la existencia de mano de obra calificada en la FMA, disposición de energía eléctrica suficiente, estratégico emplazamiento en el centro del territorio nacional y facilidades fiscales y crediticias, se establecieron en las postrimerías del gobierno peronistas las grandes empresas de FIAT (1954) y KAISER (1955) y posteriormente otras menores como la británica PERKINS, fábrica de motores. Ellas no sólo dieron trabajo a miles de trabajadores, sino que ejercieron un efecto multiplicador en la economía de toda la ciudad y alrededores al impulsar la aparición de centenares de medianas y pequeñas industrias que serían sus auxiliares y proveedoras (las famosas “autopartistas”), empleadoras a su vez de una buena cantidad de mano de obra metalúrgica. De este modo, se pasa de 14.547 establecimientos fabriles que había en 1954 a los 20.151 de 1964, siendo la mayor parte representativos de las industrias llamadas “dinámicas”, que en 1961 se ubican dentro del departamento Capital en un porcentaje del 74,7% del total provincial. El índice ocupacional por fábrica pasa a su vez de un promedio de 4,4 trabajadores por empresa a 5,6 en 1964. El número de obreros empleados en la industria, que eran 72.090 en 1953, serán 135.000 siete años más tarde.

La mayor parte de estos trabajadores serán inmigrantes internos de los propios departamentos cordobeses, de las provincias vecinas y aun del extranjero y serán también mayormente jóvenes, de menos de 30 años, sin experiencia laboral previa y menos aún de lucha gremial. Su afluencia, que llevó la población de Córdoba capital a 665.514 habitantes en 1965, la convertirá en la “ciudad más joven” del país. Por su origen, una gran parte provenía del medio rural o de pequeñas ciudades del interior (como Tosco, que era de Moldes, y Elpidio Torres, que era de Alta Gracia, por citar dos

ejemplos destacados y paradigmáticos), y socialmente, una parte de esos trabajadores no aspiraban a que la condición obrera fuera su destino permanente, sino apenas una estación en su ascenso social: había una buena cantidad de estudiantes de carreras terciarias, de arquitectura, de ingeniería –como Santiago Pampillón- e incluso de abogacía, como el caso conocido del Dr. Humberto P. Brondo, que era delegado de matricería turno mañana en sus años de militante sindical en Kaiser.

Al principio nomás de esa década de combates sindicales y políticos, el 16 de marzo de 1961, cumpliendo su promesa electoral de devolver a los trabajadores su organización central, el gobierno del Dr. Arturo Frondizi entrega la CGT a la “Comisión Coordinadora” (o “Comisión de los 20”), que a esos efectos se había creado en octubre del año anterior con 10 representantes de las 62 Organizaciones Peronistas y 10 de los Gremios Independientes.

Esta Comisión realizó una serie de peticiones al gobierno nacional, y al no verlas satisfechas programó y desencadenó varios paros de alcance nacional. De manera que así como el año '60 se había caracterizado por una cantidad de conflictos locales (panaderos, obreros de FORJA, de CONARG, maestros, metalúrgicos en defensa de sus salarios, etc.) este año '61 lo será por la adhesión a las huelgas ordenadas por la Comisión de los 20. Así se cumplirán ordenadamente y con gran acatamiento el paro del 18 de julio, el del 6 de octubre y el de 72 horas del 7 al 9 de noviembre, cuyo objetivo era apoyar la larga huelga de los obreros del riel, opuestos al plan de reestructuración ferroviaria del gobierno (Plan Larkyn).

En estos años, el Sindicato de Luz y Fuerza, que estaba nuevamente a cargo de Agustín Tosco –retornado de Buenos Aires de su cargo en la FATLYF y reelegido como Secretario General en 1959- tuvo una activa participación en la vida



gremial de la provincia. Pero no sólo en relación a las condiciones de trabajo, escalafón y salario de los trabajadores de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba (ente oficial más conocido por sus siglas como “EPEC”), sino a la situación general del país y de la provincia, cuya situación energética incidía directamente en la de los empleados de la empresa. De modo que, así como había aprobado los contratos de la Ansaldo, se opondría enérgicamente a la privatización de los servicios eléctricos, iniciando en 1960 “una intensa campaña contra el proyecto de Ley de Energía y, siguiendo las directivas de la FATLYF, en junio de 1961 se llevó a cabo un plan de lucha que incluía cortes parciales del servicio y que culminó con un paro general el 6 de junio”, como recuerda Mónica Gordillo.

La próxima gran huelga tendría un carácter aún más político: sería la que se haría el 23 de marzo de 1962 en relación a los comicios para Gobernador y legisladores de la semana anterior. Como es sabido, cumpliendo su otra promesa hecha al peronismo –la gradual devolución de su legalidad electoral- Frondizi había convocado a comicios para el 18 de marzo en varias provincias. Para intervenir bajo la denominación de “Unión Popular”, el partido proscrito había movilizado a sus fuerzas, de las cuales las “62” y la CGT cordobesa eran las principales por lo que ésta debió optar, en un Plenario, entre el Dr. Carlos Berardo o el Dr. Berco- vich Rodríguez para encabezar la fórmula gubernamental del peronismo, reservándose sólo el segundo término para Ale- jo Simó o Joaquín Zuriaga. Se eligió finalmente la fórmula Berardo-Zuriaga, pero la circunstancia de que el movimiento obrero peronista se conformara -pese a haber sido la potencia política que forzó la convocatoria y puso los mártires y los héroes de la Resistencia- con el segundo lugar, dejando el primero para el ala política, revela que la clase obrera cor- dobesa, y la argentina en general, no había alcanzado aún

su conciencia de clase y seguía prisionera de la ideología burguesa del peronismo político.

De cualquier manera, el peronismo perdió en Córdoba a manos de la fórmula radical Illia-Páez Molina, pero triunfó en la provincia de Buenos Aires con la candidatura de Andrés Framini, lo cual causó honda alarma en los sectores más reaccionarios que acechaban al Presidente. El mismo 18 Frondizi, presionado por el Ejército y la Marina, se vio obligado a firmar los decretos de intervención a Buenos Aires y demás provincias donde el justicialismo había ganado. Corrió el rumor de que los resultados serían ignorados y entonces las “62 Organizaciones” lanzaron un paro para el 23 en defensa de la soberanía popular libremente expresada. “La CGT Regional Córdoba –narra Mónica Gordillo- adhirió a él, siendo esta medida apoyada también por el Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, no así por los otros sindicatos *independientes* como mercantiles, ferroviarios, mosaístas y gráficos que –en ese sentido- siguieron la misma línea del propio nucleamiento a nivel nacional”.

Pero ya era tarde para lamentarse: el 28 de marzo Frondizi fue derrocado y enviado a Martín García, en un final para el que la jerarquía sindical nacional y el peronismo político -por miopía o por mezquino interés partidario- habían aportado a la par de las peores fuerzas antinacionales. En Córdoba será designado luego Interventor, en lugar del Dr. Mario Atencio, el Ingeniero Rogelio Nores Martínez, bajo cuyo mandato –un “gobierno de policía y sacristía” le llamará Cesar Tcach- tienen lugar ásperas controversias con la UEPC (el gremio de los docentes) por el reciente Decreto 928 que entregaba el control de la enseñanza privada a la Iglesia y los empresarios privados y se produce la liquidación final de la CATA y el retiro definitivo del servicio de tranvías.

Contra la política económica del gobierno fantoche del Presidente Guido (1962-1963) y su similar de Córdoba coordinarán entonces sus esfuerzos los tres sectores en que se encontraba dividido el movimiento obrero cordobés: Ortodoxos, Legalistas e Independientes. Puede decirse que los **tres tradicionales bloques** sindicales que perdurarían hasta 1976 ya se encontraban definitivamente constituidos y diferenciados en esta época. Uno de ellos, el de los peronistas “**Ortodoxos**”, estaba liderado por la UOM, entonces un gremio de alrededor de 3.000 afiliados desparramados en unos 600 talleres y establecimientos industriales, que comandará desde 1963 Alejo Simó, quien ese año desplazaría a Jerónimo Carrasco. Lo secundaban Rito Caro (construcción), Mauricio Labat (ahora de taxistas), Oscar Settembrino (telefónicos); Manir Fatala y Hugo Hernández (mercantiles), que habían sucedido a Aspítia-Zuriaga y cambiado la ubicación del gremio; Miguel Ángel Correa (madera) y Bernabé Bárcena (molineros). También lo integraban la Asociación Bancaria, el Sindicato de Obreros de la Industria Fideera, la Asociación de Empleados del Jockey Club, el Sindicato de Camioneros y Choferes, y ATILRA (lecheros). En relación a los alineamientos nacionales, los “ortodoxos” tendían a oponerse a Augusto Vandor, jefe del sindicalismo argentino más conciliador, pese a que él y Simó pertenecían a la misma organización, la UOM. Su asesor legal y político era el Dr. Julio Antún.

El otro bloque peronista, ideológicamente más a la izquierda, proclive siempre a tratar con Tosco antes que con los ortodoxos, era el de los “**Legalistas**”. Sus dos jefes reconocidos eran Elpidio Torres –aliado circunstancial del vandorismo y opuesto nacionalmente a la dirección central del SMATA en Buenos Aires que pretendía subordinarlo- y Atilio López, líder de la UTA, un combativo gremio de alrededor de 1.000 afiliados pero de importancia decisiva a la hora de paralizar el transporte de obreros los días de huelga. Detrás

de ellos se encolumnaban la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE, Héctor Castro), el fuerte Sindicato de Empleados Públicos (SEP, Raúl Ferreyra), el SOIVA (vidrio, Jorge Luján, un dirigente de Río Segundo), AOMA (los mineros de Lino Verde), Aguas Gaseosas (Erio Lumello), los panaderos (Miguel Ángel Godoy), Carne (José María Obregón), Alimentación, Gastronómicos, Petroleros, Barraqueros, la Unión del Personal Civil de la Nación, los Papeleros y los obreros de los mataderos.

Al margen de estos alineamientos internos del peronismo, actuaba el bloque de los **“Independientes”**, conjunto de gremios menores de izquierda o radicales cuya figura central era Agustín Tosco, secundado por Juan Malvar, que desde 1958 encabezaba una lista del radicalismo triunfadora en la “Unión Obrera Gráfica Cordobesa”, gremio de unos 800/1.000 afiliados. Estaban además los Viajantes (con Eleodoro Saiz, al que sucederá Roberto Campbell), Petroleros Privados (Cesar Borelli), Obras Sanitarias, Prensa y Farmacia.

Marginal y trasnochadamente aparecerá en febrero de 1964 la filial cordobesa de las agonizantes **“32 Organizaciones Mayoritarias y Democráticas”** (que no eran lo uno ni lo otro), entre las que se contaban la Unión Ferroviaria, trabajadores municipales y otros. Estos gremios, en manos de radicales o socialistas amarillos, serían pronto ganados por algunos de los otros agrupamientos, extinguiéndose esta tendencia tan ligada a los intereses de la “Revolución Libertadora”. Quedaba el **MUCS**, comunista, con alguna fuerza en SMATA, la Construcción (con Jorge Canelles), y militantes en los diversos sindicatos. Según Jorge Bergstein, comunistas conocidos participaban “de la dirección de importantes gremios, integrando sus comisiones directivas: Luz y Fuerza, Gráficos, Foecyt, Construcción, Metalúrgicos, Ferrovia-

rios, y la participación en numerosos cuerpos de delegados y comisiones internas”

La unidad de acción entre las tres corrientes principales fue la que permitió que el paro nacional del 29 de mayo de 1962, al que adhirió la CGT cordobesa, adquiriera una masividad pocas veces vista en un movimiento que, como éste, cuestionaba globalmente la política económica del gobierno nacional del Dr. Guido. En la misma línea, los dos agrupamientos peronistas coincidieron en junio para crear la filial regional de las “62 Organizaciones”, cuya declaración fundacional decía que el objetivo del nucleamiento era bregar por “la revolución social que los pueblos libres del mundo reclaman para sí”. A continuación, en julio, se celebra en **Huerta Grande** el Plenario Nacional de las “62”, del cual surge el Programa que lleva el nombre de la localidad serrana del departamento Punilla donde se lo aprobó. Profundizaba en cierto sentido el Programa de La Falda y establecía como objetivos estatizar el sistema bancario, implantar el control estatal del comercio exterior, nacionalizar los sectores claves de la economía, desconocer la deuda externa, expropiar a la oligarquía sin ningún tipo de indemnización, implementar el control obrero de la producción, planificar la economía nacional y abolir el secreto comercial. Como bien dicen Calello y Parcero, era un programa “no sólo de carácter *nacional*, sino también de tipo *socializante*”.

Luego, en agosto, una huelga de 48 horas se cumpliría los días 1 y 2 en Córdoba como en el resto del país, recogiendo un amplio espectro de apoyo político y estudiantil. A ella siguió a los pocos días una movilización organizada por la UTA y una huelga declarada por la CGT Regional para el día 10 con el objetivo de oponerse a la anunciada liquidación de la CATA; la falta de una preparación adecuada y la fuerte represión del gobierno noresista (allanamiento del local cegetista, incautación de ómnibus, detención de dirigentes,

etc.), la desarticuló rápidamente. Así se podrá liquidar impunemente el sistema estatal de transporte en el mes de octubre, quedando la Regional de la CGT en un estado de inercia y desconcierto por varios meses.

El año cerró con la cesantía de 1.500 operarios de IKA, despidos éstos que dispararon un conflicto de larga duración, en el cual la empresa adujo una baja en las ventas de sus automóviles debido a la competencia de las grandes fábricas establecidas más recientemente en Buenos Aires. Los trabajadores no admitieron que la crisis de la patronal se descargara sobre sus hombros e iniciaron una enérgica movilización, eslabonada con asambleas en el Córdoba Sport, votaciones en la planta y ocupación de fábrica, hasta culminar en un “empate” en el arreglo del 16 de abril de 1963. No dejó de influir en la decisión empresarial de arribar a un acuerdo la circunstancia de que la lucha de los mecánicos había alcanzado un alto nivel de radicalización, donde los obreros de IKA empezaron a ver con simpatía la sugerencia de la Fracción Trotskista de Mecánicos de imponer el “Control Obrero de la producción”. Torres mismo se hizo eco mediante la más modesta propuesta de crear una “Comisión Interna de Gestión”, que realizara la gestión de la producción automovilística, lo cual obviamente fue rechazado por la empresa. Poco después, como parte de la lucha contra la política gubernamental, las “62 Organizaciones”, los Independientes y la CGT local llevarán a cabo el 30 de mayo siguiente un acto en el salón de Empleados de Comercio, en el que Torres fijó una posición que iba más allá de las tareas simplemente tradeunionistas para extenderse a “la *lucha grande*, la tarea por nuestros hijos que haremos con generoso sacrificio en la Fábrica, en la calle, en todo lugar, en todo momento y con todas las armas a nuestro alcance...” Elpidio era entonces Secretario General de la CGT Regional, cargo para el que sería reelegido al año siguiente.

Mientras tanto, la CGT nacional había realizado ya en enero su Congreso de Normalización y elegido el 1° de febrero de 1963 su primera conducción normalizada, que encabezaba como Secretario general a José Alonso, líder de la Federación Obrera Nacional de la Industria del Vestido y Anexos (FONIVA). El nuevo Consejo Directivo nacional no perdió el tiempo y presentó al gobierno de Guido un “Plan de 11 puntos” o “Plan Mínimo de Emergencia”, el cual, no siendo atendido por las autoridades, determinó la programación de una Semana de Protesta en todo el país, del 27 al 31 de mayo. En Córdoba fue totalmente acatado, sufriendo la represión de la policía noresista en las manifestaciones del día 28 y parando exitosamente el 31.

Poco más tarde, el 7 de julio, se realizarían las fraudulentamente proscriptivas elecciones en las que resultó electo Presidente de la Nación el Dr. Arturo U. Illia y Gobernador don Justo Páez Molina, ambos de la UCRP.

Para asegurar la continuidad de la lucha contra el futuro gobierno radical –que se suponía continuaría la política económica de la administración anterior– el Consejo Directivo dispuso también la normalización de todas las regionales de la CGT para el 15 de agosto, ya que Illia asumiría el 12 de Octubre. Las disidencias entre ortodoxos y legalistas impidieron la normalización en Córdoba Capital, por lo que los propósitos de Alonso y su CD solo cristalizaron en Villa María y Río Cuarto.

La virtual parálisis de la Regional de todos modos no significó la detención de la lucha de los obreros cordobeses, sobre todo de los metalúrgicos, que sufrían graves problemas de desocupación. Entre los más conflictivos debe anotarse el habido en CONARG, empresa que cerró sus puertas después de imponer atrasos en los sueldos, suspensiones y recortes horarios. La ausencia de toda solidaridad efectiva de parte de la UOM y el poco entusiasmo de su Comisión Directiva

para defender la jurisdicción sobre los trabajadores de FIAT –agremiados en sindicatos de planta- causó gran desprestigio a su Secretario General Jerónimo Carrasco e hizo posible que Alejo Simó ganara las elecciones internas de fines de 1963, ratificando desde su sitial su condición de líder de los Ortodoxos y candidato a dirigir la CGT Regional.

Tiempo después, decidida a enfrentar al gobierno radical, la CGT Nacional pergeña un “Plan de Lucha” que debería desarrollarse en cuatro etapas: la primera, de preparación y difusión; la segunda, de ocupaciones de fábrica; la tercera, la de los “cabildos abiertos y la cuarta de movilización de todas las CGT Regionales. Obviamente, siendo la de Córdoba una de las más importantes, su colaboración era esencial para el éxito del Plan cegetista, y de allí que Alonso y la dirección nacional procuraran sacarla del marasmo en que estaba sumida. En noviembre de 1963 ya había designado a Simó delegado interventor, y en enero del ’64 envió otros dos observadores, sin que se encontrase solución a la crisis, agravada por el desconocimiento de la conducción “legalista” de las 62 Organizaciones locales por parte de los “ortodoxos”. Fue necesaria la venida de Framini y el mismo Vandor para encontrar una salida, que se dio recién a fines febrero de 1964 cuando se reunió por fin el Plenario que eligió a Alejo Simó como Delegado Regional, acompañado por Fortunato González de la alimentación (Sub-delegado), Pascual Nassale de FOETRA (Tesorero), Eleodoro Saiz, viajantes (Pro-tesorero), Carlos Correa de FOECYT (Secretario de Actas), Carlos Torres de la carne (Secretario Gremial) y Horacio Campos de municipales (Secretario de Prensa). La nueva dirección cegetista debutó contestando unas insólitas declaraciones del 2 de marzo del gobernador Páez Molina, quien había denunciado a los grupos de presión que, según él, trataban de trabar la marcha del país: militares, sectores religiosos, grupos económicos y sindicalismo. Todos le respondieron y la CGT Regional también dijo lo suyo: el or-



ganismo obrero “censura terminantemente las apreciaciones del gobernador, muy particularmente cuando señala a los trabajadores como uno de los grupos de presión, para justificar cuatro meses de gobierno caracterizados por una falta total de ejecutividad”.

En el orden más general de la lucha sindical nacional, previa una cuidadosa planificación, la CGT cordobesa participa abiertamente en la 2° etapa del Plan de Lucha, que se presentó en la ciudad en un acto público de la CGT realizado el 10 de abril, del que participaron Rosendo García por la CGT nacional y Alejo Simó y Jorge Luján por la local. Su contenido operativo era, como se dijo, la Ocupación de las Empresas. Método resistido por los “Independientes” del orden nacional –que por ello renunciaron a sus cargos en el Comité Directivo del organismo central-, fue aplicado sin reparos por los “independientes” locales, que junto con los peronistas dieron cumplimiento el 27 de mayo al operativo planificado. Surgida espontáneamente desde abajo, como medida defensiva, dos o tres años atrás, esta nueva metodología fue ahora aplicada sistemática y planificadamente, de acuerdo a un organigrama estudiado para todo el país. En Córdoba se ocuparon exitosamente 140 empresas, con la participación de 40.000 trabajadores en toda la provincia. En la segunda oleada de fines de junio, se ocuparon 150, entre ellos IKA, donde se tomaron como rehenes a algunos directivos de la firma. Los órganos representativos de los estudiantes –la FUC y el Movimiento Integralista- brindaron toda su solidaridad y en todas las ocasiones ocuparon recintos universitarios.

A pesar del éxito –o quizá por ello- los jefes del movimiento, tanto nacionales como provinciales, no se atrevieron a asumir el próximo nivel de la lucha, que adquiriría ya un carácter semiinsurreccional reñido con la naturaleza y las funciones mismas del sindicalismo. Así es que se retrocedió

en la tercera etapa a la realización de “Cabildos Abiertos”, como se llamó a los foros de discusión en los que participaban los gremios y los partidos políticos. En agosto se realizaron los de Villa María y San Francisco y el 3 de septiembre el primero de la ciudad de Córdoba. Completando estas luchas, el 6 de octubre, ante la visita del Presidente francés Charles de Gaulle, acompañado por el Presidente Illia y su vice Carlos Perette –todos declarados huéspedes de honor por el gobierno de Páez Molina- la Juventud Universitaria Peronista (JUP), una parte del Integralismo y la fracción peronista del kozakismo estudiantil, hacen sentir su repudio al jefe del imperialismo francés. Se separan en este tema de la CGT nacional, cuyos principales dirigentes –Augusto Vandor, Andrés Framini, Jerónimo Izetta, Rosendo García, Eustaquio Tolosa y otros- habían llegado a Córdoba para rendirle homenaje al visitante (considerado también él un líder de la “tercera posición”...), uniendo oportunísticamente su nombre al del general Perón en manifiestos y volantes emitidos por los sindicatos. Después de los disturbios, los dirigentes cegetistas porteños quedaron brevemente detenidos por la policía radical. Opuestamente, los gremios comunistas agrupados en el MUCS se habían negado abiertamente, lo mismo que La Fraternidad, a semejante táctica.

Se cumplimentó después la cuarta etapa, que se articuló alrededor del paro nacional del 17 y 18 de diciembre de 1964, que acataron casi únicamente los gremios peronistas, excepto en Córdoba, donde Luz y Fuerza no vaciló en llevarlo a la práctica en lo que fue “el único gran paro del año”. En resumen, el conjunto de los planes de lucha puso en evidencia la potencialidad del sindicalismo en el desarrollo social del país y su peso decisivo como componente esencial del peronismo, pero no obtuvo del obstinado gobierno de Illia más que la sanción de la Ley de Salario Mínimo, Vital y Móvil.

En abril de 1965 tuvo lugar la que se llamó “la Gran Huelga de FIAT”. Ella estalló cuando los trabajadores de la fábrica de Grandes Motores Diesel, agrupados en el SITRAGMD, en vísperas de la renovación del Convenio colectivo de Trabajo y en una gran asamblea obrera, decidieron que querían afiliarse al SMATA, pidiendo por ello la cancelación de la personería jurídica del gremio de planta. La patronal contestó con un provocativo lockout, el despido de 1.500 operarios y el cierre no sólo del establecimiento de Grandes Motores, sino también el de Concord. La lucha se encontró y los trabajadores del SITRAC –dirigido por Villarreal- declararon una huelga por 48 horas, que se cumplió con ocupación de fábrica, toma de rehenes y violentos choques con la policía. La CGT Regional dispuso un paro general de solidaridad de dos horas de duración y la UOM (siempre pujando por lograr la incorporación de los obreros de FIAT a sus filas) organizó una gran manifestación céntrica encabezada por su Secretario General Alejo Simó, exigiendo ayuda financiera del Banco de Córdoba para los huelguistas. Ante la magnitud que comenzaban a tomando los acontecimientos, intervino entonces el Ministro de Gobierno de la Provincia, el Cónsul de Italia y hasta el mismo Obispo Primatesta, primado de la Iglesia cordobesa. Presionadas las partes, se avinieron a firmar un acuerdo el 28 de julio, pero una asamblea abierta en el Córdoba Sport, con participación de estudiantes y de otros gremios, resolvió desconocer el acuerdo y proseguir la lucha. Alarmado por un movimiento que amenazaba escapar de sus manos, Villarreal convocó enseguida a otra asamblea del SITRAC, pero reservada sólo a sus afiliados, la que resolvió homologar el acuerdo ante el Departamento de Trabajo. La dirección cegetista se expidió enérgicamente contra esa decisión, señalando que dejaba librado a su suerte a los operarios de Grandes Motores Diesel. Estos, sin embargo, negociando también por su cuenta, llegaron también a un acuerdo con la patronal el 4 de agosto. En ambos casos, la empresa readmi-

tió a un cierto número de trabajadores y al resto los indemnizó, aunque dejando en claro que sólo lo hacía para mantener la paz social, porque no correspondía legalmente hacerlo. El conflicto acabó así con una semi derrota obrera, que dejó como saldo la consolidación de las direcciones burocráticas de planta, que sólo las grandes movilizaciones de 1970/71 conseguirían remover.

En la etapa final que desembocará en la dictadura de Onganía, la administración radical –a quien el empresariado y el Ejército tildan de “débil” ante el sindicalismo peronista- adoptará una serie de medidas legales orientadas a dividir y quitar fuerzas al movimiento obrero. Se suceden la negativa a descontar a los trabajadores un aporte de \$ 50= del 1° de Mayo para el presupuesto de la CGT; el otorgamiento de la personería jurídica a diversos desprendimientos sindicales y la quita de ella a gremios de mayoría peronistas como el Sindicato del Caucho, Textiles, Farmacia o Gastronómicos; dictado del Decreto 4418/65, en virtud del cual centenares de activistas latinoamericanos fueron expulsados del país; prohibición de las actividades políticas a los dirigentes sindicales por el decreto 9080/65 de fines de 1965; reglamentación de la Ley 14.455 de Asociaciones Profesionales en enero de 1966 (Decreto 969/66) para desarticular la unidad del movimiento obrero organizado, etc.

Todas estas medidas contaron con la resistencia de los sindicatos, que se expresó tanto a nivel nacional como provincial. En Córdoba, el Decreto 969/66 perjudicó especialmente a la UOM y al SMATA, permitiendo la legalización de gremios de plantas como el SITRAC y el SITRAM, por lo que cosechó el masivo repudio de los trabajadores cordobeses. Politizado el ambiente, la CGT y los gremios repudiaron también –junto a la FUC- la invasión yanqui a Santo Domingo en abril de 1965 con grandes movilizaciones. En esa atmósfera, “el *Movimiento Nacional Bancario* (peronis-

ta) ganó –recuerda Calello- las elecciones con cerca del 60 por ciento de los votos, mientras que los amarillos apenas si llegaron a alcanzar un lejano tercer puesto”, recuperándose así la Asociación Bancaria de Córdoba.

Tampoco quedaría ajena Córdoba a la fractura de las “62 Organizaciones”, insinuada en la asamblea “vandorista” de Avellaneda de octubre de 1965 y concretada en enero del año siguiente cuando José Alonso y 19 sindicatos que le respondían constituyeron las “62 Organizaciones de Pie junto a Perón”, que respondían ortodoxamente al Líder exiliado y a su mujer, Isabelita, llegada al país en octubre del '65 para enfrentar a Augusto Vandor, que perseguía un proyecto propio de institucionalización política. En nuestra provincia, la CGT Regional, con su dirección integrada por “legalistas” e “independientes” de izquierda, que encabezaba el petrolero Julio Petrucci (que había sucedido a Simó), ya en agosto de 1965 había hecho público su carácter amplio y pluralista, “donde se nuclean –decía- los hombres y mujeres que sienten la necesidad de luchar por el respeto de sus derechos laborales y ciudadanos, sin distinciones políticas, religiosas o raciales”. De allí que no se dividiera por la querrela interna del peronismo, como sí sucedería con la CGT nacional, en la cual la mayoría vandorista expulsó a Alonso y su gente el 15 de febrerote 1966. En cambio, las “62” cordobesas, como brazo político del peronismo sindical, sí se fracturaron siguiendo las líneas previas de “legalistas” y “ortodoxos”: estos últimos, liderados por Alejo Simó –en esos momentos diputado nacional- se alinearon con José Alonso y el “isabelismo”, proclamando el líder metalúrgico cordobés su repudio al sistema partidocrático, “conformado con las estructuras caducas de los partidos tradicionales”, al que pretendía incorporarse orgánicamente –acusaba- el vandorismo. Los “legalistas, por su parte, que tenían en la provincia el control de las “62”, se alinearon junto a Vandor. Su jefe, Elpidio Torres, trató a los “alonsistas” de “traidores” que no han

vacilado “en aliarse con elementos trotskistas, comunistas, enemigos de todos los trabajadores (...) permitiendo que éstos elementos extremistas se enquisten en la dirección de la CGT y manejen la misma a su antojo”. Se refería, con obvia exageración, a las gestiones de acercamiento de Vandor en relación a los “Independientes” nacionales, que concluirían en mayo con el nombramiento de una nueva conducción de la CGT, en la que figuran radicales como Antonio Scipione de la Unión Ferroviaria, Riego Ribas, socialista de los Gráficos o Manuel Rodríguez, comunista, de Químicos del MUCS. Siendo Torres miembro de la Mesa Ejecutiva Nacional de las “62” y teniendo una “sincera y siempre fuerte amistad con Vandor”, como reconocerá con orgullo en sus memorias, había votado sin problemas el 18 de enero la expulsión del seno de las “62” de los 19 gremios alonsistas, entre ellos el SMATA nacional; en represalia, cincuenta militantes del grupo ortodoxo isabelino y nacionalista “Movimiento Nueva Argentina” (MNA), armados y uniformados de azul, ocuparán en marzo el local de la CGT Regional, cuyo Secretario General, Julio Petrucci, era también vandorista.

Semanas más tarde de estos acontecimientos, tiene lugar la gran huelga del 7 de junio de 1966 en repudio al veto que Illia había aplicado a la ley que el Congreso –con minoría radical- había dictado con modificaciones progresistas y populares a la ley 11.729 de Despidos. Todas las fracciones del sindicalismo cordobés participaron de la movilización.

Pero ya nadie entre los sindicalistas filiados en el peronismo daba mayor importancia a la nueva capitulación que significaba ese veto del Presidente, porque estaba en marcha la conspiración del general Juan Carlos Onganía, al cual muchos de ellos veían con simpatía. Es que la alianza perdida con el Ejército del '45 no se había borrado nunca del imaginario gremial peronista, alimentado además en estos meses por la constatación de que los medios de presión habituales

(huelgas, manifestaciones, declaraciones, incluso ocupaciones de fábrica...) se habían agotado sin haber podido arrancar mayores concesiones al gobierno radical. Por ello, como confesaría Paulino Niembro, metalúrgico, número dos del vandomismo y Presidente del bloque de diputados nacionales del peronismo, “para seguir presionando no nos quedaba otro camino que acercarnos a los militares”.

El 28 de Junio de 1966 se terminaba el “sueño breve” de la gestión de Illia, como lo llamó Cesar Tcach.

## **19. LA LUCHA CONTRA EL ONGANIATO. LA CGT-A DE CÓRDOBA**

El advenimiento del régimen del gral. Juan Carlos Onganía, derribando al gobierno radical contra el cual tanto había lidiado el movimiento obrero, no dejó de despertar ciertas expectativas en los dirigentes sindicales, incluidos los de Córdoba. El mismo Tosco recomendó prudencia frente al nuevo régimen, pero fue también el primero en pronunciarse contra el mismo al advertir su verdadera naturaleza, en el documento de Luz y Fuerza del 18 de agosto titulado “Signos negativos”.

La lucha contra el régimen de la modernización proimperialista y gran-burguesa la inició sin embargo el movimiento estudiantil, que en la gigantesca asamblea del 26 de agosto de 1966 declaró la Huelga general por tiempo indeterminado y tuvo su primera víctima en septiembre con el asesinato por parte de la policía provincial de Santiago Pampillón, un estudiante de Ingeniería que era simultáneamente —y es toda una metáfora de lo que vendría— obrero de KAISER y sub-delegado gremial en Inspección. Al día siguiente -el día 8- un Plenario de la CGT Regional expresará su repudio al hecho, exigirá el fin de la represión, exigirá una Universidad

abierta al pueblo y fijará un paro de una hora por turno para el día 9. Poco después, varios gremios ofrecerán sus locales para el dictado de clases ante el cierre de las Facultades realizado por la intervención a la Universidad.

En el mismo mes, Alejo Simó –ya devuelto a Córdoba por el abrupto fin de su mandato legislativo- dirige la huelga metalúrgica contra las empresas Luján Hnos. y Gerardo Seel, que se niegan a respetar el convenio nacional conseguido hacía poco por Vandor. La ofensiva de la patronal metal-mecánica era de tal magnitud que debilitaba la misma base sindical de la UOM cordobesa, que un año más adelante sufrirá una importante derrota legal: la Secretaría de Trabajo de la Nación saldará la vieja disputa con el SMATA por la jurisdicción sobre los trabajadores de FIAT adjudicándola a Elpidio Torres y su gremio.

El onganiano estaba ya dejando al descubierto su verdadera entraña antinacional y antipopular con las medidas que estaba aplicando: imposición del Arbitraje Obligatorio, que de hecho anulaba el derecho de huelga, y racionalización proimperialista de los puertos, los ingenios azucareros de Tucumán y la red ferroviaria, con el consiguiente tendal de despedidos y suspendidos, huelgas de resistencia y persecuciones a los activistas. No obstante en Buenos Aires, la CGT Nacional, en manos de los grandes gremios con capacidad para presionar y negociar, creían aún –ya fueran los descarados “participacionistas” (Taccone, Coria...) o los conciliadores del vandorismo- que se podría negociar con la Dictadura. Imbuidos de esta creencia y de un cierto “patriotismo de sindicato”, dejaban librado a su suerte a los trabajadores en lucha. En estas circunstancias, la CGT Regional Córdoba apoyó los reclamos de la FOTIA (Federación Obrera de Trabajadores de la Industria Azucarera) y consiguió de la dirigencia nacional la realización de la primera Huelga General contra Onganía, que se cumplió en Córdoba con gran



participación de las bases obreras y estudiantiles el 14 de diciembre de 1966.

En febrero siguiente de 1967 -después que la CGT cordobesa en el Plenario de enero apoyara el pedido de reunión del CCC nacional para solidarizarse con los gremios en conflicto y en medio de un cuadro de tensamiento de las relaciones entre el gobierno y el conjunto de los gremios- se renuevan las autoridades del organismo Regional de los trabajadores. El sector mayoritario, en ese entonces, de las “62” era el “ortodoxo” que se alineaba con Simó y las “62 de Pie” alonsistas, pero por sí sólo le era imposible imponerse al ala “legalista” de Torres y Atilio, porque éstos, aliados a los Independientes de Tosco formaban una clara mayoría en la CGT. De la puja, en la que Luz y Fuerza hizo valer su carácter de árbitro del cuasi-empate entre los peronistas, surgió la reelección del “legalista” Julio Petrucci como Delegado Regional (equivalente a Secretario General) y el nombramiento como Sub-delegado del tosquista Ramón Contreras.

Una semana después -el 1° de marzo- presionada por la delegaciones regionales del Interior y los trabajadores sometidos a la “reestructuración” ongniísta (ya Martínez de Hoz había reemplazado a Salimei como Ministro de Economía) y alentando aún la creencia de que podría obligar a negociar al gobierno, la CGT nacional dirigida todavía por Francisco Prado, lanza su segunda Huelga general, prometiendo una tercera para el 21. El paro se cumple en Córdoba de manera combativa, con actos y movilizaciones y represión policial, en el curso de la cual es detenido por segunda vez Agustín Tosco y otros activistas. Lo mismo sucede en otras ciudades del país. Sin embargo, la Dictadura da una enérgica y pronta respuesta represiva: anulación de personerías, intervenciones a gremios, suspensión de las Paritarias, congelamiento de sueldos y otras medidas de esa naturaleza. La burocracia,

espantada, da marcha atrás, levanta el paro del 21 y se resigna a aceptar las imposiciones de la Dictadura.

En este clima de retroceso, la burocracia central de Dirck Kloosterman y José Rodríguez en el SMATA aprovecha para tratar de someter a su demasiado autónoma filial de Córdoba. Con la excusa de irregularidades contables que se sospechaban y de anormalidades en una elección de la Comisión Interna de Reclamos del Segundo Turno de IKA, se dispuso intervenir el sindicato de Torres. Así se hizo el 15 de mayo de 1967, entregándolo a una “Comisión Auxiliar” de dirigentes rivales de Elpidio, tal como Marcelo Luvecce, que pertenecía a los sectores social-cristianos de la Acción Sindical Argentina (ASA). Los interventores se acogieron a la hospitalidad del “ortodoxo” Labat en el Sindicato del Taxi y después ocuparon la sede sindical, mientras que la Comisión Directiva depuesta seguiría funcionando en la sede de la CGT “legalista” en Av. Vélez Sársfield 137, con el apoyo masivo de las bases. (Torres, que hacía años se había separado de la tutela de los “ortodoxos”, recién en marzo de 1968 recobraría el control de su gremio).

Con Simó y Torres a la defensiva, se perfila de parte de ellos un acercamiento a los “independientes” de Tosco, siempre al frente del poderoso gremio –el tercero en importancia en la provincia- de Luz y Fuerza. Tal se aprecia en la declaración que la Regional efectúa en agosto, en ocasión de la visita de Onganía a Córdoba, por la que se los declara “persona no grata” y se reivindica la “representatividad” de la central obrera, cuestionada por el autócrata. En septiembre, mientras se afirma en la burocracia porteña el grupo “participacionista” o Nueva Corriente de Opinión de Coria, Cavalli, Taccone, Spinelli, Negrete *et al*, en Córdoba sus dirigentes gremiales apoyan en dos plenarios el “Plan de Movilización” propuesto por los “Independientes” del orden nacional: Osvaldo Vigna de gráficos y los titulares de las Vocalías de la CGT, que

habían abandonado en discrepancia con la capitulación de la mayoría peronista dirigente, advirtiendo la imposibilidad de negociar y la necesidad de movilizar a las bases obreras para frenar al régimen. Tosco llevaría la posición combatiente de Córdoba al Congreso nacional de la FATLYF celebrado en Río Hondo (Santiago del Estero), en el mes de octubre.

Por fin, el 23 de noviembre, cediendo al insoportable clamor que venía de abajo, los popes del Comité Central Confederal resolvieron prorrogar el mandato de la “Comisión Delegada” que dirigía la CGT desde la separación de los Independientes y convocar para marzo de 1968 el Congreso Normalizador prometido.

El mismo, bautizado “Congreso Normalizador Amado Olmos” en honor al combativo dirigente de la Sanidad acabado de fallecer, se llevó a cabo en la fecha prevista y acabó en una profunda fisura del sindicalismo argentino: la corriente mayoritaria y decidida a luchar contra la Dictadura, eligió Secretario General de la CGT al mesiánico y popular dirigente gráfico bonaerense Raimundo Ongaro, mientras que la corriente más capituladora (vandaristas, alonsistas y participacionistas) desconoció su elección y se retiró de las deliberaciones, negándose a entregar el local cegetista de calle Azopardo a las nuevas autoridades. En abril celebró su propio congreso y designó la conducción de una segunda CGT, encabezada por el molinero Vicente Roqué y Antonio Baldassini (Correo). Vando, Alonso, Armando March, Eleuterio Cardozo y otros popes quedaron disimulados entre los Vocales. Era la “CGT Azopardo”.

La CGT de Ongaro –pronto llamada “CGT de los Argentinos” (CGT-A)- encontró rápido apoyo en el Interior, sobre todo en Córdoba y particularmente en el gremio de Tosco. Éste y los “Independientes” se dedicaron a preparar debidamente la celebración del 1° de Mayo, en la que hablaría Ongaro, en el Córdoba Sport. El dirigente gráfico lo hizo

ante una multitud entusiasta de más de cinco mil personas, rescatando las tradiciones revolucionarias del peronismo, proclamando la unidad entre obreros, estudiantes y curas tercermundistas (sin dejar de convocar a la *intelligentzia*, los empresarios y los militares patriotas) y enunciando las propuestas socioeconómicas que enseguida se denominarían **“Programa del 1° de Mayo”**, en la línea de La Falda y Huerta Grande. Una semana más tarde, un plenario cegetista incorporó la Regional a la CGT-A, a la que luego se sumaron la UOM y otros gremios orientados por Simó. Sobre esta curiosa alianza de la izquierda “independiente” y los más moderados pero pragmáticos “ortodoxos” –que vieron la fuerza del ongarismo cordobés- se articuló entonces la CGT de los Argentinos, donde “auténticos” como Settembrino y el mismo Simó convivían con Agustín Tosco y Juan Malvar. Elpidio Torres y Miguel Godoy, permanecieron fieles a Vandor y organizaron la CGT “azopardista” de Córdoba, refugiada en el local del Sindicato del Vidrio. (“Los independientes nos traicionaban formando una alianza con quienes siempre los habían denigrado: los ortodoxos”, se quejaría Torres treinta años después). Desde entonces, esta provincia se constituyó en el principal baluarte del ongarismo y cuando éste comenzó, en el invierno de 1968, a perder los sindicatos que se le habían plegado en Buenos Aires –en parte por sus propios errores y en parte por la hostilidad de Perón que comenzó a exigir “la unidad” del gremialismo peronista- Tosco, Luz y Fuerza y su bloque permanecieron firmes e incluso llevaron adelante en las demás provincias una campaña para sumar otras Regionales a la CGT-A, que culminó con gran éxito. En los meses siguientes, la CGT de los Argentinos pondría en práctica una “Plan de Acción” que mantendrá movilizados y en vigilia a todos los trabajadores de la ciudad –incluso los del SMATA, que presionaban sobre Elpidio- hasta su desemboque en el Cordobazo del 29 de Mayo de 1969. Esa movilización incluyó la Huelga General del “Día de Protes-

ta” del 28 de junio de 1968, el paro general del 1° de julio, la “Semana de los Mártires Populares”, organizada junto con el “Frente Estudiantil en Lucha”(en septiembre, 2° aniversario de la muerte de Pampillón) y la huelga de solidaridad que los trabajadores de Córdoba, Rosario y Tucumán, especialmente, cumplieron en octubre del ‘68 para reforzar la lucha de los obreros petroleros que se oponían a mayores concesiones a las empresas extranjeras.

## **20. EL CORDOBAZO Y SU SIGNIFICADO**

La gran insurrección popular del 29 de Mayo, conocida como el “Cordobazo”, fue el pico máximo que alcanzaron las huelgas y movilizaciones que caracterizaron el “verano caliente” de 1969 y los meses sucesivos. Mientras en Buenos Aires los “participacionistas” se reúnen con Onganía para tramar con el gobierno y los vandoristas la reconstitución de una CGT complaciente, la conflictividad social crece en todo el país. A la inquietud por el cierre de empresas del ramo metalúrgico con su secuela de despidos o suspensiones, el incumplimiento de la legislación laboral vigente, la detención de activistas políticos y gremiales y la furia contenida por casi tres años de una dictadura cerrada a toda comunicación con la sociedad que no fuera la represiva, se añadían en Córdoba todavía el aumento de los impuestos, la ofensiva de la burguesía para que se restablecieran las Quitas Zonales y se derogara la antigua ley provincial del Sábado Inglés y el desconocimiento, por parte de la patronal del transporte colectivo urbano, de la antigüedad de sus empleados y choferes. Desorganizado el sindicato desde hacía mucho tiempo atrás, Atilio López, que era por entonces chofer de la Línea 18, tomó a su cargo la tarea de ponerlo de pie, a cuyo efecto organizó pacientemente asambleas línea por línea, hasta poner

a la UTA en condiciones de afrontar la primera huelga reivindicativa en muchos años, la que se cumplió el 5 de mayo.

El gobernador Carlos Caballero, un católico extremo de ideología difusamente corporativa que había asumido en septiembre de 1967, creyó ingenuamente que podría aquietar las aguas organizando un “Consejo Asesor Provincial” al estilo mussoliniano, que sólo fue aceptado a principios de 1969 por los pocos sindicatos “participacionistas” de la ciudad: el de Empleados de Comercio (Hugo Miguel Hernández); la Asociación Bancaria, que estaba intervenida por su central nacional y pilotaría luego el ortodoxo Pedro Armando Pezreya; los Gastronómicos, la Sanidad y –en Río Cuarto- el Sindicato de Luz y Fuerza local, dirigido por Carlos Kholer. El resto de las entidades gremiales despreció la tentativa de asociar a una parte del movimiento obrero a los avatares de la Dictadura. En Villa María, el sindicato más numeroso de la ciudad, cual era la seccional local del gremio mercantil, a cargo de Leslie Arbol, había tomado también una posición totalmente opuesta a la de Hernández, declarando que no era posible conversar con un gobierno “que ha obligado a acciones tan violentas y de sacrificio a todos los sectores del trabajo, tomando entre rejas a auténticos líderes sindicales”. Tosco era su referente dilecto.

El paro de 48 horas de mayo de los choferes era por tanto no sólo un reclamo a los patronos, sino la expresión del generalizado rechazo sindical a la política antiobrera de Onganía y de Caballero, pero la gota que desbordó el vaso fue la que vertió el gobierno nacional el 12 de mayo al derogar efectivamente el Sábado Inglés, derogación que perjudicaba a los trabajadores varias provincias, entre ellas la nuestra. Vinieron entonces la movilización del SMATA, la gigantesca asamblea de los mecánicos del 14 de mayo, el “Correntinazo” estudiantil del 16 –coincidente con una huelga general en Córdoba-, el “Rosariazo”, pueblada de la “capital del pe-

ronismo” (17 al 22) y la represión a la “Marcha del Silencio” protagonizada por trabajadores, sacerdotes tercermundistas y estudiantes cordobeses, culminando con la ocupación del Barrio Clínicas por miles de estudiantes enfurecidos el día 23. Tratando de hacer retroceder a la dictadura, los gremios del interior y los afectados por la represión y los despidos consiguen arrancar a la CGT de Azopardo la conformidad para realizar con la CGT-A un paro nacional por 24 horas el 30 de Mayo. Los sindicatos cordobeses, tanto de la línea “ongarista” (Tosco, Correa, Simó, Martini) como los “legalistas” de la filial de la CGT de Azopardo (Elpidio, Godoy y otros) acuerdan entre sí y con la dirigencia estudiantil que el paro en Córdoba se adelantará para el día 29 a partir de las 10 de la mañana. Programan la marcha de las columnas, el rol del estudiantado y las alternativas posibles ante la muy probable represión policial. Sendos plenarios de las dos CGT aprueban por unanimidad el plan. Quedan al margen, muy reticentes, los mercantiles, los bancarios y los obreros de los gremios de planta de FIAT, estos últimos domesticados por una dirección sometida a la empresa italiana. Estudiantes y abogados de la ultraizquierda, repudiando el paro por haber sido organizado -dicen- por “la burocracia sindical”, prefieren ir a los barrios a ilustrar paternalmente a los trabajadores. Los cuales, obviamente no estaban en ellos, porque ya marchaban a la concentración programada. Ésta se vio dificultada porque la UTA, que debería parar al mediodía para facilitar el transporte de los trabajadores, adelantó el cese de sus tareas, pero no impidió la marcha de los obreros de KAISER, que caminaron nueve kilómetros desde la fábrica en Santa Isabel, ni la de los de DINFIA, que hicieron 13 kms. por la ruta 20. Estaban además la gruesa columna obrero-estudiantil de Tosco, que partió de General Paz y Humberto 1º, la que avanzaba por 24 de Septiembre y Avenida Olmos, la de los trabajadores de ILASA y la planta de matrices de IKA que bajaban por la Av. Monseñor Pablo Cabrera y la

que confluía en la Nueva Terminal de Ómnibus viniendo de San Vicente y Ruta 9, además de muchas otras menores y los miles de estudiantes que se agregaban a ellas.

Producido el enfrentamiento con las tropas policiales, las columnas obreras, con la adhesión de vecinos y la casi unanimidad de la pequeñoburguesía de la ciudad, logran hacer retroceder a aquéllas y quedan dueñas de la ciudad por largas horas. La situación escapó al control inicial de sus promotores y por un tiempo el poder estuvo en manos de las masas sublevadas. Recién a las cinco de la tarde el ejército entró a la ciudad y fue tomando las calles una por una, enfrentando a los francotiradores, a los que causaron muchas bajas. Luego las tropas atacaron el Barrio Clínicas, donde 50.000 obreros y estudiantes resistieron toda la noche hasta el amanecer del 30, que era el día de la huelga nacional. En una ciudad por ese motivo paralizada y desierta, el ejército tomó a las seis de la tarde el rebelde barrio de estudiantes y realizó centenares de allanamientos y detenciones. Tosco, Elpidio Torres, Felipe Alberti, Di Toffino, Ramón Contreras y otros ya habían sido detenidos. El primero, sometido a Consejo de Guerra de inmediato, fue sancionado con 8 años de cárcel y Torres con cuatro. Pero Caballero cayó el 16 de junio y en el corto lapso entre esa fecha y marzo de 1971 se sucedieron cinco gobernadores: Jorge R. Carcagno, Roberto Huerta, Juan Carlos Reyes, Bernardo Bas y Carlos Gigena Parker, tres militares y los dos últimos civiles.

Durante años, el Cordobazo sólo mereció análisis apologéticos y celebraciones fervorosas, con una rara unanimidad que derivaba de la circunstancia de que la inmensa mayoría del pueblo argentino sentía como muy suyos los hechos que protagonizaron obreros, estudiantes y vecinos de Córdoba de aquel 29 de mayo de 1969. Las voces de la reacción eran entonces apenas un susurro dicho con vergüenza.



Toda denigración quedaba vedada por aquella adhesión sin fisuras.

Poco después, iniciada la etapa de retroceso mundial de los pueblos que padecemos por tantos años, las cosas variaron de aspecto. La gente marcada por la época del terrorismo de Estado que siguió a la violencia guerrillera, vislumbró al Cordobazo como un hito fundamental, iniciático diríamos, de aquella cadena de sucesos desgraciados, y quiso olvidarse de él. Su recuerdo ya no producía entusiasmos sino incomodidad. Arrastrados por la ola de amnesia semiconsciente de la sociedad argentina, incluso muchos de los que participaron activamente o apoyaron con decisión aquella gran conmoción hace ya cuarenta años, renegaron de ella –auto-criticándose- porque ella no se realizó según una metodología “democrática” (en el sentido de pacífica, dialoguista y parlamentaria...) sin considerar que el alzamiento se produjo precisamente porque la autocracia militar de Onganía había suprimido drásticamente toda forma de diálogo, de participación y de democracia, aún formal. Cerrada toda vía de expresión, el pueblo cordobés, a la vanguardia de un sentimiento generalizado de repudio, produjo aquella pueblada violenta, no por vocación, sino por necesidad extrema.

Los otros, los que después se atreverían a gritar su crítica a socaire del retroceso general, calificarían injusta y erróneamente como un “hecho subversivo” al Cordobazo. Sin embargo, la categoría político-policial de “subversivo” tal cual se la empezó a usar en el lenguaje corriente a partir de los años 70, hace referencia a –o nos da la idea de- elementos minoritarios, marginales, sin apoyo popular, de actuación clandestina y accionar armado, que se autoatribuyen una representatividad social que nadie les ha otorgado y que nadie les reconoce. En este sentido no hay nada menos subversivo que el Cordobazo, que fue un hecho público, a la luz del día y con enorme participación colectiva. Es decir:

un acontecimiento verdaderamente democrático en el cabal sentido del concepto, según el cual el Demos se hace cargo de sus asuntos, así sea momentáneamente, como sucedió, obviando toda intermediación de sus “representantes”. Que en este caso, ni siquiera existían en los parlamentos y las legislaturas porque habían sido clausurados.

En una coincidencia que no es excepcional y que refuerza la calumnia reaccionaria, la ultraizquierda se adjudica el Cordobazo y lo reivindica sin ambages mostrándolo como hijo de sus obras. Tal paternidad no existió nunca. Es falsa. El 29 de Mayo no se originó en el accionar de la ultraizquierda subversiva, sino que —a la inversa— ésta nació de aquél. Tales son los hechos históricos en su cruda cronología. Fue precisamente una sobrevaloración voluntarista, subjetivista, del grado de conciencia revolucionaria de aquellos obreros y estudiantes que actuaron en el Cordobazo, lo que llevó a un sector de la ultraizquierda y de las clases medias ilustradas en proceso de radicalización a lanzarse a la aventura de la lucha armada, de una absurda guerrilla que nunca pudo ser urbana y que tampoco contaba con ambiente en las campañas sembradas de propietarios rurales capitalistas o arrendatarios burgueses y pequeñoburgueses. Los fuegos del Cordobazo los cegaron y les hicieron sentir que se iniciaba una revolución total que al fin produciría el advenimiento de una sociedad más justa, que hasta entonces no había podido abandonar el papel de los libros y los panfletos.

Era toda una hermosa y gigantesca ilusión. Aquellos aguerridos proletarios y estudiantes del 69 no tenían más pretensión que hacer patente al ongiato que no contaba con consenso social alguno y que el pueblo estaba harto de la dictadura. No iban más allá —y era bastante—. No mantenían, de conjunto, ningún proyecto alternativo para sustituir el orden capitalista por otro más avanzado. En todo caso, se trataba de volver al régimen democrático perdido tres años

atrás. Que también era un objetivo ambicioso, dadas las circunstancias.

Pero el Cordobazo no se organizó con vistas a una finalidad revolucionaria. No hubo ni un aparato, ni una estrategia ni una orientación deliberada en ese aspecto. Existió, sí, un mínimo de organización a nivel sindical, porque Elpidio Torres, Agustín Tosco y Atilio López, principalmente, programaron el carácter **activo** del paro de ese día memorable, proyectaron la hora y la ruta de las columnas obreras e incluso previeron disputar la calle a las tropas policiales. Algunas organizaciones estudiantiles diagramaron cómo iba a ser su apoyo a la movilización en el Barrio Clínicas y otros sectores estratégicos de la ciudad. Pero la instrumentación no determina el contenido político de los hechos, sino que es justamente al revés. Por lo demás, no se esperaba, y por ello no se organizó, la intervención entusiasta de la clase media —de los vecinos, por usar una terminología no muy exacta pero gráfica— como tampoco se esperaba el incendio de la Xerox y otras empresas imperialistas. Sólo en este sentido el Cordobazo fue espontáneo. De conjunto, y lamentando contradecir a quienes ven todo blanco o todo negro, los sucesos del 29 de Mayo fueron una mezcla de espontaneísmo y de organización, de improvisación y de planificación, que fue mucho más allá de donde sus iniciadores creían que iba a llegar. Al retroceder la policía a sus lugares de acuartelamiento y quedar la multitud dueña de las calles, los jefes del movimiento no supieron qué hacer con la situación de poder que imprevistamente había caído en sus manos. El Ejército resolvió sus dilemas, porque la situación de dominio y pleno poder de las masas en rebelión tenía una base endeble. La represión acabó con ella muy rápidamente.

En síntesis: el Cordobazo, en la perspectiva histórica, queda configurado y vale por lo que fue: una gran protesta popular y democrática, que derrumbó a un gobernador cor-

porativista y plantó en la nave del onganiato la carcoma que finalmente lo mandaría a pique. Vale por eso que fue y no por lo que sus detractores de derecha y sus apologistas de ultrazquierda creen que fue.

Pasadas las primeras consecuencias del Cordobazo –escribe Natalia Duval- en la segunda mitad de 1969, “aunque persiste la división en dos centrales, funciona una *Coordinadora* y las resoluciones se toman siempre en *Plenario de gremios confederados*, que integran más de 40 organizaciones sindicales, pertenecientes formalmente a las dos centrales. El 3/3/70 se produce la reunificación, pero el funcionamiento del plenario de gremios como instancia ineludible para las decisiones importantes se mantuvo durante toda la Revolución Argentina, aun en los momentos en que la CGT tuvo conducciones formales”.

## **21. LA EMERGENCIA DEL CLASISMO.**

No estarían mucho tiempo en prisión los dirigentes del Cordobazo: la lucha del pueblo durante el segundo semestre de 1969 (hubo siete paros activos) lograría rescatarlos de la cárcel, obligando a la Dictadura a amnistiarlos. A principios de 1970 Tosco y Elpidio Torres ya estaban de vuelta en Córdoba, uno para seguir orientando a Luz y Fuerza y el otro para hacerse cargo de un SMATA bastante alicaído y en el cual la “Lista Azul” del “Che” Eduardo Ledesma –enemiga del torrismo- había tomado gran vuelo en su ausencia. A poco, el 4 de marzo, Elpidio sería elegido Secretario General de la CGT unificada, como dijimos, de la cual Tosco se mantuvo apartado confiando en la reanimación de la CGT de los Argentinos, que no se dio. Fruto de un acuerdo de los “legalistas” con los “ortodoxos”, le acompañaron entonces en el Secretariado Miguel A. Correa (Secretario Adjunto),

Alfredo Martini (Secretario Gremial), Atilio López (Secretario de Prensa), Adolfo Cortez (Secretario Administrativo), Jose Lumello (Secretario de Finanzas), Hector Ricardo Castro –de ATE- (Secretario de Organización), Oscar Settembrino (Secretario de Actas) y Francisco Solana, de señaleros (Secretario de Previsión).

Mes movido el de abril siguiente, él contemplará la lucha de la UOM contra la creciente ola de suspensiones y despidos en la industria metalúrgica sometida a grave recesión, como por ejemplo la empresa Agrometal, que sus operarios ocuparon el día 11 y fueron la causa de una huelga solidaria en su apoyo.

El período que se inicia en estos meses de marzo y abril es también la época en que, paralelamente a las preocupaciones de Simó y a la reorganización de la CGT desarticulada por las represiones del Cordobazo, surge en el movimiento obrero de Córdoba la tendencia que se conocería como “**Clasismo**”, y que era una corriente de ultraizquierda, que decía luchar contra la dictadura, contra la burocracia sindical y en pro del socialismo, confundiendo en esto último el rol de los gremios con los del partido revolucionario. Sus inicios se establecen en la rebelión de las bases obreras del complejo FIAT en Ferreyra: Concord y Materfer. En la primera planta, con la asamblea del 23 de marzo y la toma de la fábrica el 15 de mayo, los trabajadores del SITRAC se sacaron de encima a la conducción gremial de Jorge Lozano, que prácticamente era una rama de la patronal italiana. Animados por este ejemplo, sus compañeros del SITRAM, ocuparon el 3 de junio la planta de Materfer y expulsaron al Secretario General Hugo Cassanova y su complaciente comisión directiva. Esta era una rebelión que además de antiburocrática fue, como bien señala Brennan, una rebelión generacional: los principales caudillos del movimiento –Santos Torres, Rafael Clavero, Carlos Masera, Gregorio Flores, Domingo Bizzi, José Páez,

Florencio Díaz y los nuevos delegados y directivos- eran todos trabajadores sin experiencia gremial anterior cuyas edades oscilaban alrededor de los 30 años o menos, salvo “el viejo” Masera... que tenía 37. Los renovados SITRAC-SITRAM pusieron en escena métodos innovadores de lucha: abandono sorpresivo de las fábricas en horario de trabajo, ocupaciones de plantas, toma de rehenes de la patronal y huelgas de hambre, pero no eran aún sindicatos “clasistas”, sino un conjunto de trabajadores que luchaban por una dirección que defendiera honestamente sus intereses tanto en el área de las remuneraciones como en la de las pésimas condiciones de trabajo de la empresa italiana. En esta medida, lograron atraer la simpatía de corrientes antiburocráticas que bregaban contra sus direcciones gremiales en el calzado, municipales, la construcción, la industria láctea, etc. Sólo paulatinamente, a través del adoctrinamiento que durante un año realizaron los estudiantes y abogados que constituían el activo militante de los partidos de la “nueva izquierda” (PCR, Partido Obrero, Vanguardia Comunista, PRT, El Obrero, Palabra Obrera, etc.), fueron llegando esas organizaciones a posiciones “clasistas”, que las aislaron del resto de los trabajadores. No dejó de influir en su radicalización el pensamiento ultimativista del viejo sindicalista trotskista Pedro Milessi (1886-1981), radicado en Córdoba desde 1950 y que a los casi 80 años de edad traba una estrecha relación política con los clasistas. Actitudes sectarias, como las de considerar “burócratas” sin más a todos los miembros de la combativa CGT local que los invitaban a incorporarse a ella, tener a Agustín Tosco por un poco confiable “reformista” y oponerse luego a la salida electoral que apoyaban las masas tras siete años de dictadura, despertaron la desconfianza del conjunto del proletariado peronista y los recelos de los mejores dirigentes del movimiento obrero de Córdoba. Quince años después, en un reportaje, Roberto Nágera (del SMATA clasista de 1972), reconocería abiertamente estas fallas estratégicas. Igual au-

tocrítica hizo, por la misma época, Carlos Masera en una entrevista concedida a la revista *El Porteño*.

Simultáneamente con los sucesos de FIAT, se produce un nuevo alzamiento clasista, esta vez en la planta de matrices PERDRIEL del grupo IKA-RENAULT (la empresa francesa había comprado a Kaiser en 1967), impulsado desde abajo por activistas del PCR y agrupaciones antitorristas, más contra la gerencia que había trasladado arbitrariamente a cuatro candidatos a delegados izquierdistas que contra la “burocra-cia” de Torres. Este, después de un par de días de cerrar los ojos al conflicto, declaró el 3 de junio una huelga con ocupación de las instalaciones de todas las empresas automotrices y afines de la provincia, huelga de larga duración que condujo al jefe del SMATA a una situación sin salida en un movimiento que lindaba con el aventurerismo y que en gran parte había escapado a su control, impulsado como estaba por sus opositores combativos. Las ocupaciones se fueron levantando una a una y finalmente el SMATA llegó a un compromiso con la patronal por el que se reincorporaban alrededor de 900 de los 1.500 despedidos, pero quedaban definitivamente afuera 600 trabajadores, entre los cuales se incluía la mayor parte de los militantes de los partidos de izquierda del complejo industrial, opuestos a Torres. El Secretario General del gremio y de la CGT salió bastante malparado del trance, acusado de haber “entregado” la huelga, y el 18 de septiembre presentó su renuncia a este segundo cargo, refugiándose en el SMATA, donde seguiría siendo muy cuestionado por sus enemigos internos. La Regional quedaría a cargo de la dupla Martín-Cortez y de un “Comando de Lucha” integrado por Tosco, Atilio López, Godoy, el metalúrgico Romero, el no-docente Juárez, Aizpurúa de empleados públicos, Lino Verde de los mineros y Mario Bagué, el principal lugarteniente de Elpldio. Permanecerían hasta abril de 1971.

Pero antes de esa dimisión de Torres la combatividad de la ingobernable Córdoba había causado la caída del general Onganía, al que el Ejército conducido por Lanusse sustituyó en junio de 1970 por el general Roberto M. Levingston, quien realizaría un corto ensayo de “nacionalismo sin pueblo” con la colaboración de dirigentes del Partido Intransigente, como Oscar Alende y Aldo Ferrer. A partir de aquella fecha, el nuevo Presidente y la CGT Nacional vandorista, -normalizada en el Congreso de Unidad del 2 de julio que designó Secretario General a José Rucci- tomarán la posta en la tarea en la que habían fracasado todos sus antecesores: domesticar a la provincia que encarnaba la rebeldía argentina contra sus opresores de dentro y de fuera.

Que ese esfuerzo sería por ahora infructuoso lo probarían las grandes huelgas y ocupaciones de FIAT de enero de 1971; el llamado “Ferreyrazo”, enconados enfrentamientos del 12 de marzo entre la policía y los trabajadores de SITRAC-SITRAM, que dejaron como saldo la muerte del obrero Alfredo Cepeda; y el estallido del “2° Cordobazo” o “Vivorazo”. Esta denominación provenía del sarcasmo popular en relación a las palabras imprudentes que el nuevo Gobernador José Camilo Uriburu (sucesor de Carlos Gigena Parker) había pronunciado en Leones, manifestando que en Córdoba anidaba la venenosa serpiente de la subversión, “cuya cabeza quizá Dios me depare el honor histórico de cortar de un solo tajo”. La “serpiente” bicéfala obrero-estudiantil tomó nota de sus palabras y organizó su desafío: el gran paro activo del 15 de marzo de 1971, del que resultó nuevamente la ocupación de la ciudad por las fuerzas obreras y populares, cuyos mayores contingentes eran ahora los trabajadores de FIAT y el IME y no los del SMATA, cuyo Secretario General Elpidio Torres había renunciado una semana atrás a la dirección del sindicato mecánico, del que se hicieron cargo Mario Bagué, Primo González y otros “coroneles” del caudillo. Dirigido por un “Comando de Lucha” que lideraban Tosco



y Atilio López, menos espontáneo y numeroso que el primer “Cordobazo”, éste “segundo” del ’71 contó con la abundante presencia, a bandera desplegada, de las organizaciones armadas y la ultraizquierda, y se saldó con un daño mayor que en el ’69 en términos de incendios, destrucción y saqueos. Menos heroico y tenaz en su resistencia también, la brigada antiguerrillera llegada a Córdoba desde Buenos Aires al día siguiente, dominó fácilmente la pueblada. Pero advirtiendo la incapacidad de Uriburu para dominar la ascendente marea de la situación social en Córdoba, el General Lanusse solicitó la renuncia del efímero Gobernador, se hizo cargo de la Presidencia personalmente en lugar de Levingston (23-3-1971) y poco más de un mes después anuncio una salida electoral: el “Gran Acuerdo Nacional” (GAN). En Córdoba, el 5 y 6 de abril se movilizan los docentes y aplican medidas de fuerza.

Renunciado Elpidio Torres de la Secretaría General de la Regional y terminadas las funciones del “Comando de Lucha”, el 13 de abril de 1971 se reorganizó la CGT local, eligiéndose en su reemplazo a Atilio López, a quien acompañan Agustín Tosco como Secretario Adjunto, Ademar Quinteros del SMATA como Secretario de Prensa; Alfredo Martini de la UOM como Secretario Gremial; Miguel A. Godoy como Prosecretario; Hector Ricardo Castro como Secretario de Actas; Jorge Borelli de petroleros como Secretario de Finanzas; Lino Verde de AOMA como Prosecretario y Juan Malvar como Secretario de Asistencia Social. Tres “independientes” y seis peronistas.

En mayo se llevó a cabo en Córdoba -con Tosco nuevamente preso desde poco después de su elección a la Secretaría Adjunta- un “Congreso Nacional de Sindicatos Combativos” de peronistas, clasistas e independientes, y en agosto otro de los clasistas, únicamente: el “Congreso Nacional de Sindicatos Combativos y Agrupaciones Clasistas”, que es-

tuvo dominado por los partidos de ultraizquierda presentes, quienes desnaturalizaron con sus interminables discusiones teóricas el perfil y los propósitos de la reunión obrera. Sus propulsores, los sindicatos de FIAT, (SITRAC-SITRAM), en octubre se vieron privados de su personería gremial, expulsados de su trabajo 259 activistas y ocupadas militarmente sus sedes gremiales. Los dos sindicatos clasistas fueron así liquidados por la dictadura y ya no podrían ser revividos. Tosco, por su parte, desde su prisión en Villa Devoto ya había derrotado el mes anterior, por 1.110 votos contra 653, a la lista peronista de Sixto Ceballos, quedando nuevamente como Secretario General de su organización. Atilio López revalidará igualmente su liderazgo en la UTA por 1.007 sufragios contra apenas 284 de su opositora, la “Lista Blanca”. Pero las corrientes clasistas y combativas no sólo consolidaron las posiciones que tenían en los gremios que ya controlaban, sino que avanzaron en otros sindicatos contra las direcciones conciliadoras y burocráticas. Así, los trabajadores del calzado habían defenestrado de la conducción del sindicato, a principios de agosto, al burócrata Olmedo, que lo condujo durante 24 años, y el 11 del mismo mes iniciaron la gran huelga contra la empresa Lucas Trejo, que no contó con las simpatías de la “Comisión Interventora” (Lell, Ortellao y Mentésana), cuestionada y acosada por las bases que respondían a la “Agrupación 11 de Junio” y al “Movimiento Clasista de Obreros del Calzado”. De igual modo, en el SUOEM –gremio en el que se mezclaban empleados de oficina con rudos trabajadores de la Dirección de Higiene Urbana– las luchas libradas entre mayo y septiembre de 1971 fueron conducidas por los activistas de las agrupaciones “1° de Mayo”, “Agrupación Gremial General San Martín y “Movimiento de Base”, mientras el Secretario General vitalicio Manuel Ugarte maniobraba a espaldas de los trabajadores para concluir un mal arreglo con el intendente Ramón Cruet. Al concretarse éste el 7 de septiembre, Ugarte perdió

gran parte del apoyo que había tenido y la oposición combativa consolidó y amplió su avance entre los municipales, de modo que en los comicios que se celebrarán en febrero del año siguiente la “Lista Blanca” de la oposición unificada, dirigida por Genaro Soaje y José Oio, derrotará a la burocracia por 1.556 votos contra 1.176. La intervención de la central nacional a su seccional local, como en el caso del calzado, desconoció el triunfo de los combativos y anuló las elecciones... Se alineaba también en el ala extrema de las “62 Organizaciones” el pequeño pero activo gremio de los empleados de Entidades Deportivas y Civiles, la UTEDYC, orientado ideológicamente por Marcelo Repezza, mentor del radicalizado PAR (“Peronismo de Acción Revolucionaria”).

En tanto, la discusión por su herencia del SITRAC-SITRAM- la afiliación de sus trabajadores al SMATA o a la UOM- causó la definitiva ruptura de la relativamente reciente alianza entre los “ortodoxos” y los “combativos” que habían convivido en la CGT de los Argentinos. El líder de la UOM, Alejo Simó, presionado por la creciente desocupación que se extendía en la industria metalúrgica (que lo había determinado a ocupar, por ejemplo, las instalaciones de la fábrica de ruedas Italbó en octubre pasado), se vio obligado a buscar la colaboración de sectores gremiales más poderosos en el orden nacional que apoyaran su causa, y terminó recalando en el vandomismo renacido de Miguel Lorenzo y José Ignacio Rucci, que además eran más afines a su pensamiento político moderado conciliador. Gregorio Flores, desde su prisión, y el grueso de los trabajadores mecánicos de FIAT eran partidarios de la afiliación al gremio que había dirigido Elpidio Torres, pero las autoridades que entendían en el asunto concedieron finalmente jurisdicción sobre ellos a la UOM cordobesa.

Mas, si los clasistas y combativos habían sido destruidos en FIAT y estafados en el calzado y en el SUOEM, triun-

farían en las elecciones internas del SMATA del 26/28 de abril de 1972 con la flamante “Lista Marrón, que con 3.089 votos se impuso sobre los candidatos torristas de Mario Bague, que obtuvo 2.904. Esta lista, conformada tres meses antes, era la expresión electoral del también nuevo “Movimiento de Recuperación Sindical” (MRS), un conglomerado de los partidos de ultraizquierda, independientes y peronistas anti-torristas, hegemonizados por la militancia del Partido Comunista Revolucionario, al que pertenecía el Secretario General electo, René Salamanca. Ganador con una base heterogénea y un programa puramente sindical, Salamanca dejó prudentemente de lado en los primeros meses definiciones políticas clasista y se dedicó a las tareas gremiales y a tomar diversas medidas para ampliar la participación de las bases en el Sindicato: afiliación en masa al SMATA de los empleados administrativos de IKA-RENAULT y demás empresas automecánicas, publicidad de los ingresos y egresos del mismo para dar mayor transparencia a la gestión, trabajo periódico rotativo de los dirigentes en la línea de producción para evitar los vicios burocráticos, reducción del personal rentado del sindicato, etc. Estas disposiciones contaron con la anuencia general de los trabajadores mecánicos, no así las orientaciones políticas que en un momento posterior pretendió impartirles Salamanca con un sentido antiperonista, que fueron repudiadas por sus propios electores en ocasión de discutirse en una asamblea abierta de bases el voto a Héctor Cámpora. Se había elegido a Salamanca no por su ideología, sino a pesar de ella y para castigar el desmanejo sindical de los herederos de Torres.

La derrota del torrismo y la proximidad de la campaña electoral para las elecciones generales prometidas por Lanusse fueron definiendo nuevos alineamientos: Simó quedaría al margen de la CGT organizada, los Independientes acentuarían su peso gremial y político y los “legalistas” se dividirán en un ala combativa encarnada en Atilio López y

otra moderada. Con esta nueva relación de fuerzas, en la regularización de autoridades de la CGT Regional de poco antes del decisivo comicio del SMATA, Atilio López y Agustín Tosco (aún preso) revalidarían su liderazgo al reelegirse en sus cargos en un Secretariado que era prácticamente repetición del anterior, con Juan Brizuela como nuevo Secretario gremial.

La ratificada conducción cegetista se vería pronto sometida a prueba por la Dictadura: al producirse el 22 de agosto la matanza de Trelew, donde la Marina asesinó a 19 militantes de la guerrilla urbana, la CGT dio un comunicado de repudio que le valió la clausura de su edificio y el libramiento de una orden de captura contra toda la plana mayor, que debió ocultarse. De manera que cuando Tosco fue liberado el día 23 de septiembre de 1972 y volvió a Córdoba, debió hacerse cargo de una central sindical descabezada.

Mientras tanto la querrela interna del peronismo en las “62 Organizaciones” había seguido su curso, tanto que los “ortodoxos” y los “legalistas” habían enviado a España, para entrevistar a Perón, representantes diferentes: primero fueron por los “auténticos” Mauricio Labat, Pedro Pereyra, Manir Fatala y Miguel Correa, mientras que los segundos habían mandado el 5 de agosto de 1972 a Atilio López. Perón recibió a todos y conformó a todos, pero a fin de año, cuando su estadía temporaria en el país estaba promediando, recibió en Buenos Aires a la delegación “ortodoxa” de Simó, pero se negó a hacer lo mismo con el caudillo de la UTA cordobesa. Es que ya estaba imaginando la forma de someter al sindicalismo combativo de Córdoba y deshacerse de la izquierda peronista que había logrado su retorno, recostándose en la burocracia sindical capituladora que había tranzado permanentemente con la Dictadura.

Sin embargo, sabiendo que los “ortodoxos” y la Mesa Redonda Peronista Permanente (MRPP) de Julio Antún po-

dían ser mayoría dentro del justicialismo pero difícilmente atraerían –por su ideología más derechista- a la ancha franja de electorado progresista, el Conductor toleró la fórmula Obregón Cano-Atilio López para la gobernación de Córdoba y le dio su bendición. La candidatura del último fue impuesta por la fuerza de la Juventud Peronista (la “Jotapé”) y la tendencia gremial de los “legalistas”, que derrotó a la candidatura alternativa de Simó por segunda vez en diez años. A diferencia de las demás provincias, la “ortodoxia” no pudo conseguir el segundo término –reservado para el sector gremial- para uno de sus hombres. Salamanca lamentó la aceptación por parte de Atilio, pero Agustín Tosco apoyó firmemente esa candidatura de su amigo. Roberto Tapia, también de la UTA, lo reemplazaría como suplente al frente de la CGT Regional.

Aún más al margen que los clasistas, orgánicamente fuera de las estructuras del movimiento obrero regular podría decirse, se encontraba el numeroso sector de **los docentes**. Imbuidos de la concepción sarmientina del magisterio como “apostolado”, los educadores de todas las categorías se consideraban como un estrato “especial” y abominaban de cualquier acercamiento a la CGT y del trato de “compañero”, no obstante ser asalariados y con salarios bien modestos. Por lo demás, se encontraban pulverizados en multitud de organizaciones nacionales y provinciales, de las cuales las más importantes después del Cordobazo eran, a nivel nacional, las agrupaciones que se nucleaban en el “Acuerdo de Nucleamientos Docentes” y en la “Federación de Agrupaciones Gremiales de Educadores” (FAGE), principalmente. En Córdoba actuaban la mayoritaria “Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba” (UEPC), el radicalizado “Sindicato de Educadores Privados y Particulares de Córdoba” (SEPPAC), los “Docentes Nacionales Agremiados (DNA), la “Agrupación de Docentes Municipales” (ADM), de la “Agrupación Gremial de Educadores de Córdoba” (AGEC)

de tendencia católica, la “Agrupación de Docentes de Enseñanza Media, Especial y Superior” (ADEME) y otras. Estas agrupaciones cordobesas (las cuatro primeras agrupadas en el “Frente Gremial Docente de Córdoba” desde fines de 1971), compartían con las del resto del país –como explica Maria Paola Floresta- tres reivindicaciones centrales: incremento de salarios, derogación de la reforma educacional de 1966 y régimen jubilatorio a los 25 años de trabajo sin piso de edad determinada. A ellas se sumaban, obviamente, las propias del magisterio provincial: ausencia de un estatuto docente para los privados, cierto tipo de descuentos compulsivos para el IPAM, falta de concurso para los nombramientos, reclamo de edificios y equipamientos adecuados, atrasos en los sueldos, etc. De allí que los docentes cordobeses acompañaran parando solidariamente cada vez que los nucleamientos nacionales decretaban huelgas generales, como se hizo en noviembre de 1970, marzo y junio del ’71, o en los grandes paros de 48 y aun 72 horas de 1972. En estas movilizaciones y al calor del clima de combatividad existente después de las grandes jornadas del Cordobazo y el Vivorazo, un gran sector de la masa docente fue superando sus prejuicios de clase media, acercándose a los trabajadores y adoptando sus métodos de lucha, impensados en otros tiempos: concentraciones masivas, manifestaciones callejeras, deliberaciones en sedes gremiales como las de Luz y Fuerza, etc. Este nuevo espíritu cuajó organizativamente a nivel nacional en una nueva entidad más radicalizada que el “Acuerdo”: la “Central Única de Trabajadores de la Educación” o CUTE, de la cual la UEPC cordobesa fue uno de sus pilares y protagonista central de los paros provinciales.

## 22. ALZA Y DERROTA DEL SINDICALISMO COMBATIVO

Héctor Cámpora resultó elegido Presidente y Obregón Cano gobernador en la segunda vuelta contra el radical Víctor Martínez, asumiendo sus cargos el 25 de Mayo de 1973. Esta victoria despertó en Córdoba, como en el resto del país, un gran entusiasmo popular y desató en nuestra provincia una ola de tomas de empresas, ocupaciones de viviendas del IPV, escraches varios y huelgas reivindicativas que habían estado largamente demoradas, como la de los choferes de la UTA o la de los trabajadores de Concord exigiendo nuevamente su afiliación al SMATA. Muy activos se mostrarán los “clasistas” de Perdriel y de la IME (afiliados a ATE), y la “Juventud Trabajadora Peronista” (JTP), rama de la “Tendencia” Revolucionaria del peronismo, que disputaba desde las bases el poder interno a los “ortodoxos” en gremios como la construcción, la sanidad, y otros. En San Francisco, los trabajadores de la Fideería Tampieri ocupan la fábrica el 31 de julio y organizan una manifestación por las calles de la ciudad, mientras la CGT local decreta un paro de 4 horas. Se ataca al Palacio de los dueños (hoy sede de la Municipalidad) y se quema el estudio jurídico del abogado de la empresa. Muere un menor y entonces el gobierno de Obregón Cano envía a la Guardia de Infantería, quien detiene a varios activistas. Atilio López llega al anochecer y ordena su libertad. El “Sanfrancisco” ha durado un día.

Sin embargo, con la renuncia del Presidente Héctor Cámpora días antes, ya se ha iniciado con el interinato presidencial de Lastiri un giro a la derecha, ratificado por el General Perón, que se expresa localmente como una ofensiva del gobierno, la burguesía y la burocracia sindical contra el movimiento obrero disidente de Córdoba. Esa ofensiva se lleva a cabo por todos los medios posibles, desde las manio-



bras de las centrales sindicales nacionales contra sus secciones cordobesas (Luz y Fuerza, SMATA, etc) hasta la enérgica presión ejercida sobre el ala combativa de los “legalistas” para que rompa su alianza con Tosco y la izquierda sindical. Particularmente, Atilio López, colocado entre la espada y la pared, finalmente cedió ante la derecha en la Convención Nacional de las “62” celebrado en Valle Hermoso a fines de julio, separándose de sus recientes compañeros de lucha, a los que criticó acerbamente. Agustín Tosco, pese al baldazo de agua fría que significaba esta capitulación del jefe de la UTA –ratificada después, en enero de 1974, al firmar nuevamente un pacto de unión con Simó y sus amigos- reacciono rápidamente tratando de salvar lo que se pudiera del gremialismo revolucionario, creando con René Salamanca y algunos pocos gremios independientes y legalistas el “Movimiento Sindical Combativo”(MSC), aunque rechazó el ofrecimiento del “Frente Antiimperialista y por el Socialismo” (FAS) de aceptar su candidatura a Presidente de la Nación enfrentando a Perón en los comicios del 13 de septiembre de 1973. Triunfante el Conductor, asumió su cargo el 12 de Octubre y de inmediato se dio a la tarea de disciplinar al movimiento obrero disidente, especialmente el de Córdoba. Se emplearían para ello, preferentemente, las instancias legales, pero sólo porque se dictaron al efecto leyes y disposiciones que legalizaban y cohonestaban el propósito ya establecido: tales la Ley de Prescindibilidad, aplicada en el ámbito nacional, que permitió expulsar 250 militantes del IME; la Ley de Seguridad; la nueva Ley de Asociaciones Profesionales, que otorgaba nuevos poderes a la burocracia sindical nacional y acentuaba el verticalismo; la Circular n° 80/73 de la CGT Central, que avisaba a las Delegaciones provinciales que caducaban sus autoridades locales; la prórroga de la Conciliación Obligatoria de la Dictadura, etc. Otras veces los procedimientos fueron más contundentes, como el ataque al local de la CGT Regional el 4 de octubre, la campaña de

difamación contra Salamanca por parte del SMATA nacional o de la FATLYF contra Tosco, el asesinato de un militante pecerreísta de IKA-Renault o el atentado contra la vida del Secretario General de los mecánicos cordobeses, que desató la huelga de repudio del 14 de diciembre de 1973, en la que los “legalistas” -incluido López- volvieron a caminar junto a Tosco, impulsados por Roberto Tapia, el N° 2 de la UTA, que no coincidía con la resignación de Atilio ante los ortodoxos.

El “Navarrazo” –golpe de Estado local encabezado por el Jefe de Policía provincial Antonio Domingo Navarro en la noche del 28 de febrero de 1974 que depuso al Gobernador y al Vice- fue el punto más alto de la ofensiva de la “ortodoxia”, que obtuvo su segundo triunfo –esta vez a nivel sindical- en la noche del mismo día. En efecto, los gremios que respondían a esa orientación, reunidos en el Camping de la Asociación de Empleados de Comercio, ubicado al borde de la Ruta provincial N° 36 que une a las ciudades de Córdoba y Alta Gracia, librados de la molesta oposición de los gremios “legalistas” de Atilio López y del “Movimiento Sindical Combativo” de Agustín Tosco, deliberaron con tranquilidad durante varias horas. Asistieron a la reunión el Secretario adjunto de la CGT nacional, Raúl Ravitti, y el mismísimo Ministro de Trabajo de la Nación, Ricardo Otero (hombre de la UNO nacional), lo que indica la importancia que el gobierno peronista le daba al copamiento de la central cordobesa. A la madrugada –ya el 1° de marzo- por aclamación, se eligió una conducción peronista ortodoxa homogénea, como el sector había venido sosteniendo desde un principio. La integraba: como Delegado Regional, el molinero Bernabé Bárcena; como Sub-delegado, Hugo Hernández, del gremio que hacía de anfitrión; como Tesorero el textil J. J. Gómez; como Protesorero Agustín Mariano, del Sindicato del vestido; y como Secretarios simples quedaron: en Prensa, el veterano Jesús Cuello (canillitas); en Actas, Luis Ligorria (vitivinícola), y en Gremial, Héctor Pérez (del seguro). En los tramos finales,

cuando le tocó hablar, el Ministro Otero se refirió elípticamente a Tosco diciendo que “el que quería la Patria Socialista se ha espantado y ahora debe andar por Tucumán”. El dirigente lucifuercista, sintiéndose aludido aunque Otero no lo había nombrado por su apellido, telefoneó a los medios de prensa para hacerles saber que de ningún modo había huido y que se encontraba en Córdoba para proseguir la lucha.

Obviamente, ni el “gringo” Tosco ni las 62 “legalistas” podían aceptar la regularización de la CGT al modo que se había hecho, que conceptuaban digitada desde arriba y sin consultar la voluntad de los trabajadores y la correlación de fuerzas existentes en el campo sindical. En una solicitada de fecha 1° de marzo los “legalistas” resuelven “desconocer todo lo actuado en la reunión de Alta Gracia por un grupo minoritario de interventores y dirigentes sindicales”; el SITRAM, del sector “clasista”, declara “desconocer la normalización de la CGT Córdoba por no reflejar una real representación de la clase trabajadora cordobesa”; el combativo Sindicato de Empleados Públicos (SEP) liderado por el “Gordo” Raúl Ferreyra, enfatiza a su vez: “desconocemos las resoluciones de la reunión de Alta Gracia, consumada con el apoyo de la policía sediciosa”; los Cerveceros se manifiestan en el mismo sentido: acuerdan “desconocer todo lo actuado en la reunión de Alta Gracia”. En cuanto al “MSC”, en un recio pronunciamiento leído posteriormente en una conferencia de prensa, deja en claro su “repudio y desconocimiento a la burocracia sindical minoritaria y traidora que usurpa la Regional Córdoba de la CGT”. El último Secretariado de esta central —el que encabezaba Tapia— desconoce de hecho a su sucesor de Alta Gracia y llama a la “resistencia activa de la clase trabajadora y los sectores populares contra los reaccionarios continuistas que han copado distintas reparticiones oficiales”. Estos repudios poco podían importar a Bárcena y los suyos, desde que el 4 de abril el general Perón en persona

les otorgó su reconocimiento en una audiencia que les concedió en la residencia de Olivos.

No obstante el retroceso que significa el “Navarrazo”, las grandes movilizaciones con ocupaciones de fábrica protagonizadas en marzo-abril de 1974 en Villa Constitución (pcia. de Santa Fe) por miles de obreros metalúrgicos acaudillados por Alberto Piccinini, pronto devolverían el ánimo al sindicalismo combatiente de Córdoba, que en mayo obtendría una espectacular victoria. Esta no fue otra que la reelección de Salamanca al frente del SMATA, que triunfó en las internas con 4.027 votos contra 2.770 de la Lista Gris, puramente peronista, pese a sus errores políticos del año anterior y a la enorme presión de la burocracia central del gremio. Galvanizado así nuevamente el movimiento obrero combativo, cuarenta sindicatos más adhirió al MSC de Agustín Tosco y pusieron temporariamente a la defensiva a los “ortodoxos” mediterráneos.

Poco después, el 1° de julio de 1974 fallece el general Perón y asume el poder el “Brujo” López Rega tras la máscara de la presidencia formal de Isabelita. La ofensiva se acentúa y acentúa su accionar el terrorismo de Estado de las “Tres A” y el “Comando Libertadores de América”, prohijados por el todopoderoso Ministro de Bienestar Social, que produce decenas de asesinatos de militantes obreros y populares. En la rebelde Córdoba, se designa en lugar del temporizador Interventor Duilio Brunillo (sucesor de Obregón Cano) otro a la medida de la situación: el Brigadier Raúl Lacabanne, quien acentúa las persecuciones y la represión. Se instaura la “política del miedo”, como la llama César Tcach. Alfredo Curutchet, el abogado del SMATA, es asesinado el 11 de septiembre y Atilio López -que acababa de perder en agosto las internas de su gremio a manos de Mario Alberto Cabrera- cae acribillado el 16 en Buenos Aires. En el mismo mes, se diluye una larga huelga de “trabajo a Convenio” que Sa-

lamanca había desatado en circunstancias desfavorables tres meses atrás en la planta de IKA-Renault, dando oportunidad a Rodríguez y el SMATA central para expulsarlo a él y a toda la Comisión Directiva e intervenir la seccional cordobesa en combinación con la patronal y el gobierno peronista-lopezreguista, que brinda los servicios de la Gendarmería contra los trabajadores. En octubre son detenidos dirigentes mecánicos, se ocupa policialmente el local de Luz y Fuerza en calle Deán Funes, se quita la personería gremial a los sindicatos Independientes y se fuerza a la clandestinidad a Agustín Tosco. Desde allí, con su salud disminuida, el líder lucifersista se las arregla sin embargo para reagrupar a los disidentes en el “Movimiento de Acción Sindical” (MAS).

En la CGT oficialista, en diciembre de 1974 se produce el recambio del Secretario General Bárcena por Alfredo Martín, también “ortodoxo” pero menos ligado al brigadier Lacabanne que su antecesor.

Mientras tanto los trabajadores crean espontáneamente desde abajo “comités” o “coordinadoras de resistencia”, para enfrentar la ofensiva patronal-gubernamental y luchar por sus salarios, deteriorados en el marco del “Pacto Social” establecido dos años atrás. La más importante de esos comités será la “Mesa Provisoria de Gremios en Lucha”, que habían concretado los activistas de FIAT y de IKA-Renault, sumando a prensa, lecheros, caucho y Perkins, además de grupos de base opositores de la burocracia oficialista. Esa Mesa actuaría desde la segunda mitad de 1975 como una especie de central clandestina en sustitución de la CGT en manos de los “ortodoxos”, que había abandonado la defensa de los intereses de los trabajadores para sumarse a la política gubernamental. El poder de esta Mesa (responsable de la mayor parte de los ¡219! paros laborales declarados en el curso de 1975 en Santa Isabel) era tal que la empresa, ignorando a los funcionarios porteños de la intervención, trataba directa-

mente con los “comités de planta” que respondían a la Mesa, la solución de las disputas que iban suscitándose en IKA-RENAULT. También procuró la Mesa resistir con huelgas y movilizaciones los planes económicos reaccionarios de los Ministros nacionales Celestino Rodrigo y Emilio Mondelli y enfrentar la ola de violencia y secuestros que la extrema derecha lanzaba sobre Córdoba. En este esfuerzo habrá todavía una última coincidencia con la dirigencia nacional oficialista de la CGT nacional que, apurada por las protestas y la indignación de las bases obreras, se pondrá al frente de sus movilizaciones para no perder el poco prestigio que le quedaba. Así a instancias del propio Lorenzo Miguel, jefe informal de la burocracia, los grandes paros y concentraciones del 7 y 8 de julio de 1975 logran la destitución de Celestino Rodrigo y de José López Rega y los isabelistas o “verticalistas” fueron desplazados al mes siguiente del Consejo Superior dirigente del Justicialismo. Este cambio en la relación de fuerzas debilitó a Lacabanne, del que los dirigentes “ortodoxos” de Córdoba pretendieron librarse rápidamente. Lo consiguieron cuando el 19 de septiembre el gobierno nacional decidió su reemplazo por un civil más moderado y miembro del elenco peronista local: el Dr. Raúl Bercovich Rodríguez. El nuevo interventor contó con la confianza de los gremios “auténticos” ( el propio Mauricio Labat, conductor de las “62”, lo había propuesto), que contaron con importantes posiciones en el gobierno que se inauguraba. Las dos más descollantes eran las que ocupaban Cataldo Quatrochi, dirigente de la UOM y Héctor Somnavilla de ALECYT: el primero era Ministro de Bienestar Social y el segundo Secretario de Estado –con rango ministerial- de Turismo Social y Deporte. Muchos otros cargos de segunda línea estaban también en manos de activistas de la Ortodoxia. Tanta era en esos momentos la influencia de este sector gremial en el gobierno de la provincia que Alicia Servetto ha llamado a Bercovich Rodríguez “el Interventor de los Sindicatos”.

Todavía el 11 de septiembre, bajo el terror lacabannista, la Lista de Tosco, con él ausente, había triunfado en los comicios internos de Luz y Fuerza, pero era el canto del cisne del sindicalismo revolucionario: Ongaro ya había partido al exilio en agosto, el líder lucifuerzista moriría el 5 de noviembre de 1975, y el Ministerio de Trabajo de la Nación liquidará prácticamente el SMATA el 14 del mismo mes, transfiriendo el íntegramente la jurisdicción sobre los mecánicos a la UOM de su aliado Lorenzo Miguel.

Este período siniestro del peronismo isabelista adelantaba así, y prefiguraba, el que se abriría el 24 de Marzo de 1976 con el golpe de Videla, que acabó con la vida de Salamanca. Una época gloriosa del movimiento obrero de Córdoba se había cerrado.

Córdoba, 25 de Abril de 2009.





## NOTAS COMPLEMENTARIAS

### **M. PABLO B. LÓPEZ, LÍDER PROLETARIO DE CÓRDOBA**

Los aparatos de prestigio de la sociedad oligárquica y burguesa jamás darán el reconocimiento debido a los luchadores populares que pusieron en tela de juicio los privilegios y la hegemonía de las clases dominantes. Son los “malditos” de la historiografía argentina y cordobesa, como los ha llamado Norberto Galasso. Pablo B. López es uno de ellos.

Había nacido en Córdoba en la década de 1890, cuando recién se daban los primeros pasos de su movimiento obrero con la fundación del “Club Worwarts”, las primeras manifestaciones públicas de trabajadores extranjeros y la organización –por obra del precoz Leopoldo Lugones- del primer “Centro Socialista” de la provincia. Siendo muy joven se traslada a Buenos Aires y aprende el oficio de tipógrafo en los talleres del diario “La Prensa”, al que deja en 1906 para seguir con sus actividades laborales en la ciudad de Rosario, donde se afilia al Partido Socialista. Años después queda desocupado y se dirige entonces a La Rioja, donde se desempeña como “regente” (organizador de las labores internas) del periódico propiedad del Dr. Pelagio B. Luna, futuro Vicepresidente de la República con Hipólito Yrigoyen. Dura en esa tarea exactamente hasta mayo de 1913, porque cuando se le ordena componer en plomo un artículo contra la celebración del 1° de Mayo, después de leerlo se niega: “Esta porquería yo no la compongo”, dice, y se va. Obviamente, lo cesantean y él opta por volverse a Córdoba. Hombre sensible, aunque autodidacta, debido a la naturaleza misma de su trabajo, tenía mayor acceso a la información y a las ideas que sus compañeros de otras ramas de la industria. De allí que no sólo actuara como periodista y dirigente gremial, sino que

también incursionara por los senderos de la poesía, como hizo con un poema que tituló “Mi retorno a la vieja Córdoba”, dado a conocer ni bien llegó a la ciudad. Aquí se integra a la Federación Socialista de Córdoba y funda, en esta orientación, el periódico de izquierda “Nueva Vida”, al que le sucederá en 1917, dirigido por Román F. Cabrera, el que se llamará “Lucha de Clases”. Las fuerzas obreras y socialistas, escasas pero combativas, repudiarán en este lapso la hecatombe de la I° Guerra Mundial —“El Ocaso de los Bárbaros”, que le llamara Ingenieros- en actos y manifestaciones en las que siempre se escuchará la voz de Pablo López junto a las de Miguel Contreras, Juliani Deanquín y otros camaradas.

El ala socialista revolucionaria que López y Contreras dirigían desde entonces, era en Córdoba mayoritaria en relación a los reformistas, ya que controlaba los “Centros” de Jesús María, Malagueño, Las Varillas y La Calera en el interior y en la Capital los de las Seccionales Segunda, Sexta y Décima. Esta mayoría, a su vez, les permitía controlar la sección local del “Comité de Propaganda Gremial” (CPG). Era éste un organismo que la corriente revolucionaria había arrancado en mayo de 1914 a la dirección reformista y pro-oligárquica de Juan B. Justo y Nicolás Repetto, con el objetivo de organizar a los trabajadores aún no sindicalizados, acercar los gremios al Partido Socialista y recomponer su base obrera, muy disminuida desde la expulsión años antes de la fracción “sindicalista”. El CPG, conducido también por Pablo B. López, tuvo el rol principal en la creación de muchos sindicatos en Capital y en la unificación de las luchas gremiales frente a la ausencia de un organismo sindical único. Finalmente, montados en la ola de beligerancia reivindicativa del agitado año '17, en septiembre se conforma la primera central obrera de la Capital: la “Federación Obrera Local de Córdoba” (FOLC), de la que será elegido Secretario General el anarquista Domingo Ovejero, secundado por López, Carlos Juliani Deanquín, Eduardo González, Contre-

ras, Pedro Magallanes, Salvador Gurrieri y el chileno Olivares. El tipógrafo-poeta será el alma de la nueva organización, cuyo aliento llevará personalmente a los trabajadores del interior, especialmente a los explotados obreros rurales. Sin recursos, pero con heroico ánimo, López y sus compañeros se movilizan constantemente por los caminos de la provincia para “atender” –así se decía- a los compañeros en conflicto, para lo cual utilizaban el ferrocarril si podían, y si no, algún transporte de tracción a sangre y aun apelando a largas caminatas por los campos. Como resultado de ese trabajo de solidaridad y organización se constituyen muchas “Federaciones Departamentales” obreras, que en abril de 1919 coinciden con la FOLC para crear la más amplia “Federación Obrera Provincial de Córdoba” (FOPC), cuya dirección ejercerá el propio Pablo B. López.

Políticamente, López, Contreras, los Juliani Deanquín y otros dirigentes del ala izquierda del PS adhieren a la Revolución Rusa en 1917. En Buenos Aires, esta izquierda revolucionaria, expulsada del partido, convoca a un Congreso en el Teatro XX de Septiembre y se constituye como “Partido Socialista Internacional” (PSI), que luego cambiará su nombre a Partido Comunista Argentino. Sin recursos para concurrir a ese Congreso, los disidentes de López y Contreras adhieren públicamente al mismo y dan poder para que los representen a Ernesto Sardi, Francisco Docal e Isaac Palcos. De inmediato, el PS cordobés casi en masa, con su sector proletario y su ala juvenil, se integra al nuevo partido. Para darle voz, el incansable López funda en enero de 1918 un nuevo periódico: “Acción Proletaria”, sobre la base de una colecta que les permite comprar una imprenta, que él orienta como Director y redactor y opera como obrero gráfico. Seguirá a su frente en 1920, cuando con el cambio de nombre del PSI, se configurará como “Órgano del PC, sección Córdoba”

Frente a la estrecha visión de anarquistas y sindicalistas, que veían con sorna las reivindicaciones estudiantiles y las “huelgas” universitarias –la creían un arma exclusiva de los trabajadores- Pablo B. López comprendió desde el mismo momento de la creación de su primer periódico el potencial subversivo del movimiento estudiantil y la necesidad de una alianza con el mismo. Comentó sus alternativas y explicó a los trabajadores la diferencia entre esta juventud universitaria de 1917/18 y la “juventud dorada” del Centenario que apaleaba comerciantes judíos y destruía imprentas obreras. “Los jóvenes –recordaría en 1963 Miguel Contreras en la revista Línea- leían con entusiasmo los artículos, brillantes y mordaces de Pablo López contra la oligarquía universitaria cordobesa que se publicaban en el periódico Nueva Vida y que distribuíamos en los sindicatos y centros de estudiantes”. Con su prédica quedó preparado el terreno para la unidad obrero-estudiantil, que se plasmó en las grandes jornadas del estallido de la Reforma Universitaria, en Junio de 1918, que tanto López como el PC de Córdoba apoyaron entusiastamente. La FUC y la FOPC realizan actos de masas de hasta veinte mil personas y cuando el 9 de septiembre la primera decide ocupar la Universidad, una asamblea plenaria de la FOPC le da su total apoyo. Como correspondencia, en adelante, cada vez que se produzca una movilización proletaria, la Federación Universitaria colaborará con oradores y piquetes de huelga. El sótano de Deodoro Roca, en la calle Rivera Indarte, serviría muchas veces como cuartel general de las acciones conjuntas que, con el dueño de casa y los dirigentes estudiantiles, diseñarían López y Contreras.

Siempre fiel a su vocación política y gremial, en 1924 Pablo dirigirá el nuevo periódico que crea su partido en Córdoba: “Bandera Proletaria”. Mientras Marcelo T. de Alvear preside la República y Julio A. Roca (h) gobierna en Córdoba, el PC logra imponer en la Legislatura cordobesa (claro que usufructuando la abstención del radicalismo) el primer

diputado de esa orientación: Miguel Burgas, con el que colabora activamente el incansable luchador gráfico. En enero de ese año, el supremo inspirador de todos los comunistas, V.I. Lenin, moría en la Unión Soviética y Stalin se preparaba para derrotar a León Trotsky en la carrera hacia el poder absoluto de la URSS. En 1928 desterraba al Jefe del Ejército Rojo a la lejana Alma Ata, en el Kasijistán, y un año después, joven aún, moría en nuestra ciudad Pablo B, López. Su enfermedad le había ahorrado la para él seguramente dolorosa alternativa de transformarse de militante revolucionario en obediente funcionario rentado de un partido en vías de burocratización y extravío del rumbo popular. La FOPC, en reconocimiento a sus heroicos esfuerzos y servicios a la causa, decretó un paro general de duelo y los trabajadores llevaron su féretro a pulso hasta el San Jerónimo, la vieja necrópolis creada en tiempos de otro López, el gobernador rosista Manuel “Quebracho” López, un criollo tan recio y cordobés como el que acababa de fallecer.

**SOBRE EL SOVIET DE SAN FRANCISCO.** La participación de Luis V. Sommi en el Soviet de 1929 no sólo la menciona Horacio Tarcus en su “Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina” (pág. 636), sino que el mismo Sommi se la narró al Dr. Silvio B. Mondazzi cuando siendo éste militante de la “Agrupación de Estudiantes Reformistas” (ADER), lo invitó a dar una conferencia en Córdoba, cosa que hizo el 22 de agosto de 1956 sobre el tema “La Crisis del Liberalismo Argentino”. Según Sommi, no había sido el Partido Comunista, sino la Internacional misma quien lo había enviado a San Francisco

El cobro de tasas y el otorgamiento de permisos para distintas actividades por parte del “Comisariado del Pueblo”

del paródico Soviet me fue confirmado personalmente en julio de 1966 en una conversación que sostuve con el Sr. Eladio Curtido (1901-1986), miembro de la familia del mismo apellido fabricante de carruajes de tracción a sangre, (y no de féretros, como erróneamente dijo en la Cámara de Diputados de la Nación el Dr. Alejandro Gallardo, diputado radical por Córdoba, días después, al referirse al tema).

**SOBRE LA CGT NEGRA:** Muchos autores llaman **CGT Negra** a la CGT de la Resistencia Peronista de 1955 (la CGT “Auténtica” u “Ortodoxa”). Se trata de una confusión: la CGT Negra era la que algunos burócratas del recientemente caído régimen popular pretendían organizar para ponerla al servicio de la Revolución Libertadora. Así lo dicen claramente dos grandes luchadores del sindicalismo peronista: A) Federico Durruty, de los barraqueros: “La mayoría (de la cúpula sindical de 1955) ya estaba negociando con el general Bengoa. Tanto Di Pietro, el Secretario general, como los otros, ya estaban lamiéndole el traste a los milicos; trenzando a lo loco. Eso nosotros no lo podíamos permitir. Por eso a ellos los llamamos de entrada la CGT Negra”. (cit. en Enrique Arrosagaray: “La Resistencia y el General Valle”, Edición del autor, Buenos Aires 1996, pág. 50). B) Vicente Armando Cabo, dirigente nacional de la UOM y de la CGT: “... ahora hay quienes parecen confundir a la CGT Auténtica con la llamada CGT Negra, que habían intentado organizar algunos funcionarios de la *revolución libertadora* en contra del peronismo” (cit. en Osvaldo Calello y Daniel Parcerro: “De Vandor a Ubaldini/1”, CEAL N° 85, Bs. As 1984, pág.27).

**SOBRE EL “MARTÍN FIERRO” EN KAISER.** Así como los obreros alemanes eran, según lo clásicos del marxismo, los herederos de la filosofía clásica alemana., de igual modo el proletariado argentino ha sido el heredero y conti-

nuador de las luchas de las montoneras y de la doctrina del federalismo nacional. Pequeño ejemplo de esa continuidad, a nivel simbólico, es la parodia del “Martín Fierro” realizada por un obrero de Kaiser, Humberto P. Brondo en los años ’60, denunciando las carencias de la empresa y la conducta de los interventores designados en 1967 por la Dirección central porteña del SMATA. Copiamos a continuación algunas estrofas, muy celebradas por los trabajadores en su momento:

### **Sobre las condiciones de trabajo**

Aquí me pongo a cantar  
Abajo del hall central  
Y no lo tomen a mal  
Porque a naides tiro el hueso  
Sólo definiendo el progreso  
Pero el progreso social.

Hoy me encontré con los míos  
Los confundí en un abrazo  
Me enseñaron de un plumazo  
Todita la instalación  
Y ahora le daré la impresión  
De lo que vide, amigazo.

Hoy me enseñaron las fosas:  
Estaban poniendo un fierro  
Eran como diez si no erro  
Y me dije para mí:  
¡Que güenos que son aquí  
Le aseguran el entierro!.

### **Sobre la intervención del SMATA central**

Martín Fierro ha de cantar  
aunque esto parezca mal  
al traidor, al patronal  
y a los malos dirigentes  
que anteponen a la gente  
su apetito personal

Aquí me pongo a cantar  
en mi vieja C.G.T  
No me pregunten porqué  
pues todos lo saben bien:  
me han echau a mí también  
Como todos pueden ver

Con bronca fui para el gremio  
a hablar con la Intervención.  
Mientras un negro matón  
entero me revisaba,  
Un cana sentau estaba  
Mirando televisión.

De ahí fuimos para la cabina  
¡aí sí que me vi asustado!  
Salía uno disfrazado  
Que en colores escupía  
¡Cálmese! Me dijo el guía  
Es pintura que ha tragao

El comedor es muy lindo  
Muy buena presentación  
Pero muere la ilusión  
Cuando te dan bifes duros.  
No te sacan del apuro  
Ni las muelas de Sansón.

Y tratá de no enfermarte  
Porque es pior que en la milicia  
Ahí comienza la injusticia:  
No te pagan si faltás  
Aunque de prueba traigás  
El Palacio de Justicia.

Mas yo no sé si te cargan,  
Pero es la pura verdad  
Escrito con claridad  
Como tomándote el pelo  
En cada esquina hay letreros  
Que dicen SEGURIDAD

De un Ford Falcon que llegó  
Los salvadores bajaban  
el cuello se acomodaban  
y me dije para mí:  
¡Qué bien la pasan aquí!  
Total, los obreros pagan.

Estaba humiando un asau  
de achuras a la parrilla.  
No se les ven las costillas  
De lo gorditos que están.  
Cuando caminan se dan  
El pupo con las rodillas.

Y perdone Interventor  
por la forma que me expreso:  
tengo mis dudas, por eso  
¿salvarán mi sindicato  
o vendrán a morder el queso?

Mi gremio no es árbol caido  
donde tuitos saquen leña  
La vida a vivir enseña:  
aprendamos la lección  
eso que se llama unión  
no lo trae la cigüeña.



## BIBLIOGRAFÍA

- Abad de Santillán, Diego, “La F.O.R.A. ideología y trayectoria”, Editorial Proyección, 1971.
- Achával Becu, Inés y González Achával, María José: “Repercusiones del golpe del ’43 en Córdoba” en “Córdoba entre campanas y chimeneas” JPHC, 2007.
- Agulla, Juan Carlos: “Córdoba Mayo de 1969”, EDITEL 1969.
- Albarracín Godoy, María Inés: “El cheque en blanco del ’48 cordobés” en revista de la JPHC n° 14, 1991.
- Angueira, María del Carmen y Tonini, Alicia del Carmen: “Capitalismo de Estado (1927-1956)”, CEAL, 1986
- Ansaldi, Waldo: “Cosecha roja” en “Conflictos obreros rurales pampeanos”, dos tomos, CEAL, 1993.
- Ansaldi, Waldo y María Veci: “El Fantasma del Maximalismo” en idem, supra.
- Ansaldi, Waldo y Eduardo Sartelli: “Una conflictividad débil” en idem, supra.
- Aguirre, Alfredo Cipriano: “El Otro San Martín”, edición del autor, 2000.
- Arcondo, Aníbal: “En el reino de Ceres”, Edición UNC, 1996.
- Arévalo, Oscar, “El Partido Comunista”, CEAL, 1983.

- Arrosagaray, Enrique: “La Resistencia y el General Valle”, edición del autor, 1996
- Aspitia, Miguel C.: “Memorias de un Gremialista”, Servicio Gráfico Imagen, 1992.
- Ávila, Miguel J., “Siembra de un militante socialista”, edición del autor, Córdoba, 1997.
- Aznares, Carlos y Calistro, Julio César: “Lorenzo. El padrino del poder sindical”, Editorial Tiempo de Ideas, 1993.
- Barrionuevo Imposti, Víctor: “Historia de Río Cuarto” Tomo III, Editorial Carlos Firpo SRL, s/f.
- Bergstein, Jorge: “El Cordobazo”, Editorial Cartago 1987.
- Biale Massé, Juan: “Informe sobre el Estado de las Clases Obreras en el Interior de la República”: Alción Editora, 2007.
- Bilsky, Edgardo J. : “La Semana Trágica”, dos tomos, CEAL 1984.
- Bilsky, Edgardo J.: “La F.O.R.A. y el Movimiento Obrero” dos tomos, CEAL 1984-1985.
- Belloni, Alberto: “Del Anarquismo al Peronismo”, Peña Lillo Editor, 1960.
- Binedell, Arturo, “Los años de San Francisco”, Editorial La Voz de San Justo, 1986.
- Binedell, Arturo, “Cronología de “La Voz de San Justo” (inédito)
- Bischoff, Efraín U. : “Historia de Córdoba”, Editorial Plus Ultra, 1979
- Bischoff, Efraín U.: “Cincuenta años de Vida Gremial Periodística en Córdoba”, Editorial Municipal, s/f

- Bra, Gerardo: “El gobierno de Onganía”, CEAL, 1985.
- Bravo Tedín, Miguel y Gonzalo Sarría: “El Cordobazo, un grito de libertad”, Editora del Noroeste, 1989
- Brennan, James: “Agustín J. Tosco”, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1997
- Brennan, James: “El Cordobazo. Las Guerras Obreras en Córdoba 1955-1976” Editorial Sudamericana, 1996.
- Brennan, James y Gordillo, Mónica: “Córdoba rebelde”, editorial De la campana, 2008.
- Burgas, Miguel, “El primer diputado comunista, año 1924” , Editorial Anteo 1985.
- Burzaco, Ricardo, “Las alas de Perón”, Editorial Da Vinci 1995.
- Calello Osvaldo y Parcerro, Daniel: “De Vandor a Ubaldini”, dos tomos, CEAL, 1984.
- Calvo, Bernardino S. : “Villa María del Recuerdo”, SADE, 2000
- Candelaresi, Ana María y Monterisi, María Teresa: “La presencia italiana en la ciudad de Córdoba”, Edición de las autoras, 1989.
- Castello, Antonio Emilio: “La Democracia Inestable”(1962-1966), dos tomos, Editorial La Bastilla, 1986.
- Cárdenas, Eduardo J. y Carlos M. Paya: “En camino a la democracia política”, Ediciones La Bastilla, 1975
- Cardozo, Oscar y Audi, Rodolfo: “Sindicalismo: El poder y la crisis”, Editorial de Belgrano, 1982

- Carranza Torres, Luis R.: “Frías Un ciudadano en la política”, Edición del autor, 1996.
- Casalis, Beatriz: “El Primer Tampierazo”: Ediciones del Corredor Austral, 2006.
- Casalis, Beatriz: “Estrategias sindicales de lucha en el conflicto de trabajadores industriales en San Francisco (1929)”, en V Jornadas de Historia de Córdoba, siglos XVI al XX, Tomo I, JPHC 2005.
- Ceballos, Ernesto: “Historia Política del Movimiento Obrero Argentino”, Ediciones del Mar Dulce, 1985.
- Celton, Dora Estela: “La situación social y económica de la población de la provincia de Córdoba durante el gobierno del marqués de Sobre Monte”,
- Cuadernos de Historia n° 12 de la JPHC, 1992
- Cerdeira, Omar y otros: “La Legión Cívica Argentina (1931-1932)” Conflictos y procesos n° 22, CEAL, 1989.
- Contreras, Miguel, “Memorias” Ediciones Testimonios, Buenos Aires, 1978.
- Contreras, Miguel: Revista Línea (FJC), Año I, n° 6, Buenos Aires 15 de junio de 1963.
- Converso, Félix, “El acceso de la burguesía en la elite cordobesa” en Cuadernos de Historia n° 69, de la JPHC 2002.
- Chanaguir, Elsa: “El Partido Socialista y la Convención Reformadora de la provincia de Córdoba de 1923”, en revista “Estudios” n° 3, UNC 1994
- Chañilao, “Nace un Imperio”, Editorial Namuncurá, 1962
- Corbière, Emilio J. “Orígenes del comunismo argentino” CEAL 1984.

- Del Campo, Hugo: “Los Anarquistas”, La Historia Popular n° 50, CEAL 1971
- Del Mazo, Gabriel: “El radicalismo”, Editorial Raigal, 1958
- De la Sota, José Manuel, “El gobierno del brigadier San Martín, Eudecor, 1998.
- Delich, Francisco J: “Crisis y Protesta Social”, Siglo XXI 1974
- DINFIA: “Síntesis de la evolución de la Fábrica Militar de Aviones”, FMA 1959.
- DINFIA: “Reseña histórica”, FMA 1967.
- Dujovne, Miguel Alejandro, “El Partido Socialista en la provincia de Córdoba 1933-1936”, JPHC, 2002.
- Duval, Natalia: “Los sindicatos clasistas: SITRAC (1970-1971)” CEAL, 1988.
- Emiliani, Jorge R: “El Este Cordobés, especialmente el Departamento San Justo, en el siglo XIX”: Cuaderno de Historia n° 32 de la JPHC. 1993.
- Emiliani, Jorge Roberto, “Aspectos de la vida cotidiana en las colonias del departamento San Justo” en Cuadernos de Historia n° 44 de la JPHC 1994.
- Fabry, Julio R., “Historia de San Francisco”, Tiempo Impresiones, 2000.
- Fiorito, Susana, “Las huelgas de Santa Cruz 1921-1922”, CEAL 1985
- Falcón, Ricardo: “Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)” CEAL 1984.
- Falcón, Ricardo: “El mundo del trabajo urbano (1890-1914)” CEAL 1986

- Faure, Raúl: “La Primera Víctima”, Lerner Editora, 1989.
- Faure, Raúl: “La soledad de los precursores”, Editorial Imagen, 1979.
- Ferrero, Roberto A.: “Sabattini y la decadencia del yrigoyenismo”, dos tomos, CEAL 1984.
- Ferrero Roberto A.: “Breve historia de Córdoba (1528-1995)”, Alción Editora, 1999.
- Ferrero, Roberto A. “Historia crítica del movimiento estudiantil de Córdoba”, tres tomos, Alción Editora, 1999/2009
- Ferrero Roberto A.: “El Navarrazo y el gobierno de Obregón Cano”, Alción Editora 1995.
- Ferrero, Roberto A.: “El Cordobazo en la perspectiva histórica”, en Revista Emancipación n° 4, mayo/julio 1994
- Floresta. M. Paola: “Los gremios docentes de Córdoba en el contexto del post cordobazo”, en “Actores, práctica, discursos en la Córdoba combativa”, Ferreyra Editor, 2001.
- Frydenberg, Julio y Ruffo, Miguel, “La Semana Roja de 1909” dos tomos, CEAL 1992.
- García Costa, Víctor O., “Adrián Patroni y Los trabajadores en la Argentina”, 2 tomos, CEAL 1990.
- Gleser, Rosa A.: “El sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba: entre la ilusión de la Patria socialista y la ofensiva de la burocracia sindical”, en Actores, prácticas, etc, cit. supra.
- González Esteves, Luis A.: “Las elecciones de 1946 en la provincia de Córdoba”, en “El Voto Peronista”, Editorial Sudamericana 1980.
- Gordillo, Mónica R., “Córdoba en los '60”, U.N.C. 1996.

- Gordillo, Mónica R., “El movimiento obrero ferroviario desde el interior del país (1916-1922)”, CEAL, 1988
- Gordillo, Mónica R.: “La Fraternidad en el Movimiento obrero: un modelo especial de relación (1916-1922)”, en Conflictos y procesos n° 20, CEAL, 1988.
- Gregoratti, Luis: “Esa es la vida que había para nosotros”, Alción Editora 2003.
- Iparraguirre, Hilda y Pianetto, Ofelia: “La Organización de la Clase Obrera en Córdoba 1870-1895” en revista de la UNC, julio-diciembre 1967
- Irazusta, Julio: “El tránsito del siglo XIX al XX”, Ediciones La Bastilla, 1975
- Iscaro, Rubén: “Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino”, Editorial Anteo, 1958
- James, Daniel: “Resistencia e Integración”, Siglo XXI Editores, 2006.
- Lannot, Jorge O. et al, “Agustín Tosco, conducta de un dirigente obrero”, CEAL 1984.
- Lario, Eloy y Olmos, Juan Carlos del Valle, “El gobierno radical en Córdoba de 1929 a 1930”, en Cuadernos de Historia n° 51 de la JPHC 1994
- Latuada, Mario J. “La política agraria peronista 1943-1983” Dos tomos, CEAL, 1987.
- Lavroff, Mario C. “Atilio López, sus luchas, su vigencia” , Edición del autor, 1995
- Luna, Félix: “Perón y su tiempo”. Tres tomos, Editorial Sudamericana, 1985.
- Lusardi, Doralise, “Agustín Tosco” Cuadernos de historia n° 39, JPHC 1994

- Manachino de Pérez Roldán, Isabel, “Piamonteses en la Argentina 1876-1914”, Cuadernos del CITAL, 2003
- Marder, María Esther: “El último gobierno Demócrata de Córdoba” en Primeras Jornadas Municipales de Historia de Córdoba, Editorial EMCOR 1986.
- Marinucci, Héctor: “Vida y costumbres de la Pampa Gringa” Ediciones del CEPEN, 1997
- Marotta, Sebastián, “El movimiento sindical argentino-1”, Ediciones Libera 1975.
- Mascali, Humberto: “Desocupación y Conflictos laborales en el campo argentino (1940-1965)” CEAL 1986
- Matsushita, Hiroshi: “Movimiento obrero argentino 1930-1945”, Ediciones Siglo XX, 1983.
- Mignon, Carlos, “El comienzo de una difícil relación: la clase obrera argentina ante el Golpe Militar Juniano (1943-1945)”, en revista La Bastilla, Vol. 1, 2007.
- Mitre, Ana Belén y Germanito, Gabriel, “La huelga agraria de 1929 en Gigena: reclamo obrero y acción policial” , JPHC 2002
- Monsalvo, Luis, “Testigo de la primera hora del peronismo”, Pleamar Editora, 1974.
- Moreyra, Beatriz Inés: “El crecimiento económico y las condiciones de vida material en Córdoba en la primera década del siglo XX” en Cuadernos de Historia n° 52 , JPHC 1994.
- Obligado, Tomás, “La huelga de carreros en la ciudad de Córdoba del mes de marzo de 1921”, en Córdoba entre campanas, etc. cit. supra.



- Obregón, José María, “El sindicato de la carne de Córdoba” (inédito)
- Oliver, Isidro, “En el interior argentino”, Editorial Sol de Rosario, 1951
- Onis, Liliana I. de: “La situación laboral en Córdoba a fines de la década del ’20 y comienzos del ’30”, en Primeras jornadas municipales, etc., cit. supra.
- Ordoñez Pardal, Pedro: “Mi viejo San Vicente”, Córdoba 1981.
- Quiroga, Gabriela, “Río Cuarto de 1935. Los sectores populares vs. el espíritu de la época”, JPHC 2002
- Philp, Marta, “En nombre de Córdoba”, Ferreyra Editor, 1998.
- Pianetto, Ofelia: “Industria y formación de la clase obrera en la ciudad de Córdoba 1880-1906”, en Homenaje al Dr. Ceferino Garzón Maceda, UNC 1973.
- Ramos, Jorge Abelardo: “Revolución y Contrarrevolución en la Argentina”, dos tomos, Editorial Plus Ultra, 1965.
- Remedi, Fernando J., “La alimentación y las condiciones económicas en la Ciudad de Córdoba 1900-1929” en revista del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba n° 1, 2000
- Pont, Elena Susana: “Partido Laborista: estado y sindicatos”, CEAL 1984
- Repetto, Nicolás, “Mi paso por la agricultura”, Santiago Rueda Editor, 1959
- Repetto, Roberto Juan y Picco, Hugo Alberto “Villa Huidobro en la historia de su vida”, Edición de los autores, 1974

- Riquelme, Norma Dolores, “Historia de un fracaso: la industria textil en Córdoba hasta 1914”, en Cuadernos de Historia n° 65 JPHC 2002.
- Roze, Jorge Próspero, “Conflictos agrarios en la Argentina-El proceso liguista”, dos tomos, CEAL, 1992
- Romero Cabrera, Liliáns Betty, “La inserción de la mujer en el mercado laboral” en Cuadernos de Historia n° 68, JPHC 2002
- Salamone, Silvia: “El transporte en la ciudad de Córdoba (1870-1969)” en revista del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba n° 1, 2000
- Sánchez, Marta: “Movimientos de lucha y organización de la clase obrera en la ciudad de Córdoba, 1895-1905”, en Homenaje, etc. cit. supra.
- Sánchez, Pedro: “La presidencia de Illia” CEAL 1983.
- San Martín, Francisco Guillermo: “Historia de la Fábrica Militar de Aviones”, Ediciones del Corredor Austral, 2005.
- Sarmiento, Susana M., “La población migrante y el desarrollo agrícola en el Departamento San Justo” en Cuadernos de Historia n° 62, JPHC 1997
- Sartelli, Eduardo: “Rehacer todo lo destruido. Los conflictos obreros rurales en la década 1927-1937 y Sindicatos obreros rurales en la región pampeana 1900-1922”, en Conflictos obreros rurales pampeanos/3 1900-1937, CEAL, 1993.
- Selser, Gregorio: “El Onganiato. La espada y el hisopo”, Carlos Samonta Editor, 1972.
- Senén González, Santiago, “Diez años de sindicalismo argentino”, Ediciones Corregidor, 1984.

- Senén González, Santiago, “El sindicalismo después de Perón”, Editorial Galerna, 1971.
- Servetto, Alicia: “De la Córdoba combativa a la Córdoba militarizada 1973-1976”, Ferreyra Editor, 1998.
- Servetto, Alicia: “Córdoba en los prolegómenos de la Dictadura. La política del miedo en el gobierno de Lacabanne”, en revista “Estudios” n°15 UNC, 2004.
- SMATA: “50 Años de Vida... 50 Años de Lucha...”, Córdoba, 2000.
- Solveira, Beatriz R., “Ideas y actitudes de los cordobeses ante la Segunda Guerra Mundial y sus protagonistas” en revista del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba n° 2, 2001.
- Sommi, Luis V., “La crisis del liberalismo argentino”, Editorial Hoy, 1957.
- Sylvester, Hugo L. “Historia viva de la legislación del trabajo”, AOMA 1968.
- Tagle de Cuenca, Matilde, “La gobernación del Dr. Pedro J. Frías” en Primeras Jornadas municipales de historia de Córdoba, Editorial EMCOR, 1986.
- Tagle de Terán, Adriana, “La gestión de un gobernante de avanzada: Amadeo Sabattini”, en Primeras Jornadas Municipales... cit. supra
- Tampieri (h), Ricardo: “Crónicas de un inmigrante bolognés”, Triunfar 2000.
- Taravella, Ambrosio: “Setenta años de servicios aeronáuticos”, ECA, 1982.
- Tarcus, Horacio: “Diccionario biográfico de la izquierda argentina”. Editorial MC, Villa Ballester 2007.

- Tcach, César y Rodríguez, Celso, “Arturo Illia: un sueño breve” Editorial Edhasa, 2006.
- Tcach, César, “Ejército y Política en la Córdoba de Zanichelli, en revista “Estudios” n° 9, UNC, 1998
- Tcach, César, “Policía y Sacristía en una ciudad de enclave (Córdoba 1962-63)”, en revista “Estudios” ns. 11-12, UNC 1999.
- Tcach, César, “Gobierno y oposición en la Córdoba de Illia” en revista de la JPHC n° 20, 2002.
- Tcach, César, “Sabattinismo y Peronismo”, Editorial Sudamericana, 1991
- Tcach, César: “Amadeo Sabattini”, Edit. Fondo Económico, 1999.
- Tcach, César: “Obreros rebeldes, sexo y religión en el origen del peronismo cordobés”, en La invención del peronismo en el interior del país, Editorial UNL 2003.
- Tecuanhuey Sandoval, Alicia, “La revolución de 1943: políticas y conflictos rurales”, CEAL, 1988.
- Terzaga, Alfredo, “Geografía de Córdoba”, Editorial Assandri, 1963
- Torre, Juan Carlos, “La vieja guardia sindical y Perón” Editorial Sudamericana, 1990.
- Torre, Juan Carlos: “Los sindicatos en el gobierno 1973-1976”, CEAL 1983
- Torres, Elpidio: “El Cordobazo-La historia”, Editorial Catálogos, 1999.
- Tortti, María Cristina: “Estrategia del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo sindical”, Conflictos y procesos n° 22, CEAL 1989.

- Trifone, Víctor y Svarzman, Gustavo: “La repercusión de la guerra civil española en la Argentina (1936-1939)”, CEAL 1993.
- Varios autores: “San Francisco de hoy y de ayer 1886-1986”, Municipalidad de San Francisco, 1986.
- Valdemarca, Laura: “Las estrategias de la dirigencia sindical combativa. El caso del SMATA Córdoba, 1973-1974”, en Actores, prácticas, etc. cit. supra.
- Vera de Flash, María Cristina, “Las colectividades extranjeras en Córdoba en el siglo XIX”, en Cuadernos de Historia n° 35, JPHC 1993.
- Vera de Flash, María Cristina y Riquelme de Lobos, Norma Dolores: “La industria molinera de Córdoba”, en Cuadernos de Historia n° 36, JPHC 1993.
- Vera de Flash, María Cristina, “Españoles en Argentina”, Ediciones del Copista, 1996.
- Vera de Flash, María Cristina, “Las colectividades extranjeras, Córdoba 1852-1930”, UNC 1999.
- Vera de Flash, María Cristina y Riquelme, Norma: “Acotaciones sobre la industria molinera de Córdoba, 1860-1914”, en revista n° 7 JPHC, 1978.
- Vidal, Gardenia, “Radicalismo de Córdoba 1912-1930”, UNC 1995.
- Viggiano, Esaín, Julio, “Los trabajos del bosque” en Anuario del Departamento de Historia n° 2, UNC 1964/65.
- JERÓNIMO, revista quincenal de Córdoba
- CUADERNOS LABORALES n° 1, Córdoba 1987.

- LA VOZ DEL INTERIOR, diario de Córdoba capital.

## TESTIMONIOS

- Miguel J. Ávila (1901-1998), dirigente socialista, diputado provincial, sindicalista y Secretario General de la FOP de 1935 a 1941
- Humberto P. Brondo: Abogado y ex-dirigente sindical del SMATA, participante del Cordobazo.
- Eladio Curtino (1901-1986), miembro de la familia Curtino de San Francisco, dueña del taller de construcción de carruajes en los años del Tampierazo.
- Abraham I. Kozak (1938-2007), abogado y ex-dirigente estudiantil, dos veces Presidente de la FUC en los años '60
- Héctor Menéndez: dirigente sindical del SMATA y la Fracción Trotskista de Mecánicos de los años '60.
- Silvio B. Mondazzi, ex dirigente estudiantil de ADER y del Frente de Izquierda Popular (FIP), candidato a Gobernador en 1972.
- Luís Moyano, historiador y ex-dirigente de la UEPC.
- Pedro Adrián Rivero, escritor y ex-obrero de Kaiser.
- Oscar Settembrino, sindicalista telefónico, dirigente ortodoxo de las 62 Organizaciones y de la CGT Regional Córdoba





Se terminó de imprimir en  
Imprenta Corintios 13  
Luis Agote 2028 - 5010 Córdoba  
(Tel. 0351- 4872965 - 4651799)  
en Junio de 2021.